# Para Todos

N.º 41
(30 xbre/19)

Es Propiedad
M. R.

BIBLIOTECA NACIONAL
MUSEOS
ARCHIVOS
Y BIBLIOTECAS
Chilenas
DE CHILE

$ 1.20

HECHO EN CHILE POR
UNIVERSO

## Una cabellera hermosa es capaz de trastornar al cerebro mejor equilibrado...

Imparte una suprema seducción a su cabellera, dejándola sedosa, brillante, suave, limpia, esponjosa, libre de canas y caspa, lo que se obtiene únicamente con el uso de la última creación de Gran Lujo:

# *"Mulsified Champú Aceite de Coco"*

Preparación científica y pura para lavar el cabello. Enteramente libre de grasa. Deliciosamente perfumada. Hace la cabellera divinamente hermosa.

**El Extracto de Flores de Manzanilla y el Aceite de Coco que lo componen, penetran en el cuero cabelludo y forman un excelente vigorizador de las raíces capilares.**

Precio de presentación: $ 4.40. Se vende en las buenas: BOTICAS, PERFUMERIAS, PELUQUERIAS Y TIENDAS de Chile.

**Desconfíese de productos "anónimos" fabricados por algún químico imaginario.....**

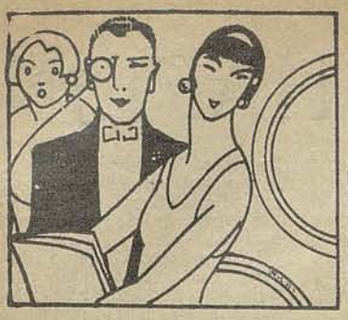
La "Parfumerie de la Narde", garantiza la preparación legítima y exclusiva del "MULSIFIED CHAMPÚ ACEITE DE COCO" por uno de los más prestigiosos químicos europeos que es ex-Jefe químico y colaborador científico de grandes e importantes Perfumerías y Laboratorios Internacionales de:

## London - Niza-B. - Ginebra - Munich - Buenos Aires

Depósito general para Chile:
"CIA. INDUSTRIAL"
Santiago. Casilla 757
Teléfono: 94-Yungay
Carrascal, 3353
Delicias, 3045

Perfumería de la Narde

CAPITAL: $ 16.088,070.75
Fábrica de Productos
Cosméticos científicos
y Perfumería.



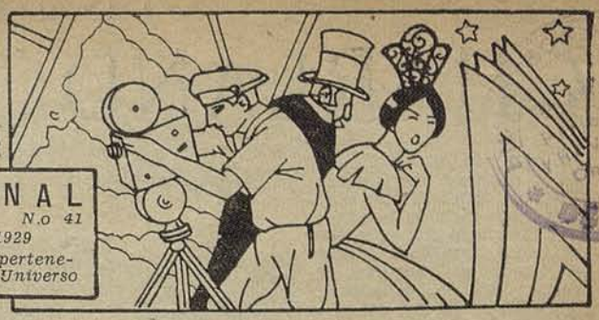
PARA TODOS M.R

REVISTA QUINCENAL

AÑO II N.o 41

Santiago de Chile, 30 de abril de 1929

Es propiedad de la Empresa "Zig-Zag" perteneciente a la Sociedad Imprenta y Litografía Universo



# PARA QUE RESPONDA A SU NOMBRE

Por J. AGUILAR CATENA

UN palacio suntuoso y moderno. Un jardín con grandes espacios para que se pose en ellos el sol. Triunfo de higienistas. Tributo a la infancia. Prados artificiales. Figuras geométricas. La coquetería de unos arbustillos. La solemnidad de un viejo ciprés — flecha cargada en el arco de la tierra en el proyecto no acabado de un cerrezuelo—que el viento bambolea como si estuviese lleno, más que de años, de vino. Arrayanes recortados pulidamente en el margen de las sendas enarenadas, filete verde en que el otoño no sabe escribir con su tinta amarilla.

Un palomar ruinoso, agrietado, con las cañas del techo podridas y disgregadas, rebosando algunas el chantilly rancio y mal trabado de un yeso que tuvo en su mocedad un leve reflejo azulenco y ahora es gris y casi terroso; con el suelo pródigo en hoyos como músculos que se hipertrofiaron en la red de los músculos que tensos por la juventud lo hacían llano y parejo, y ahora han cedido por más débiles, o por más cansados, hundiéndose y amenazando desplomarse sobre la habitación del jardinero que está debajo, con sus tejas partidas e incompletas dejando descarnados los alvéolos de las encías que antes mostraban su risa al sol y sus dientes al agua y al viento; con su trampilla desvencijada en la que la tela metálica se arrolló sobre sí, dejando espacio para que salgan y entren los cautivos, como si ya hubiera cumplido su misión enseñándoles, al principio, la fidelidad, y, obtenida la costumbre, fuera vano su cometido.

Una ventana rectangular, de pie, forastera, de una casa de vecindad, con lejanía que la hace extraña y elevación que casi la mete en el jardín por la perspectiva. Monóculo al que alguna vez se acerca el ojo de una curiosidad para ver paseando, por las avenidas soleadas, con un libro en la mano, o un joven señor, que tiene todas las apariencias nobles y delicadas de un gran señor. O con el bolso grande de la costura, a una bella señora, que es su señora. O con la pala y el carro y la pelota y el triciclo, a un arrapiezo de sus buenos ocho años, fuerte y rubicundo, que es su hijo.

Y de vez en vez unas voces que dicen:

—Federico.

Y el joven señor camina a su conjuro.

—Susana.

Y la bella señora mueve la cabeza en una atención.

—Ramonín.

Y el niño, sin moverse, espera a que repitan la llamada, porque la pala o el carro o el triciclo tienen sobre él más imperio que la voz.

El observador contrasta la opulencia del palacio con la miserable condición del palomar y se pregunta:

—¿Por qué tanta desigualdad para un solo arrullo?

Los señores han debido preguntárselo también. Y un buen día entran los albañiles al palomar, reparando, rehaciendo, equilibrando. Cuando los obreros salen, el observador no puede repetir su pregunta.

En un rincón del jardín los materiales viejos se encaraman sobre los escombros, como esos funcionarios que, jubilados, protestan de su suerte, gritando:

—Yo aún puedo servir.

El niño, detenido ante el montón de los materiales, siente nacer sus ansias constructivas. Su voz, que de ordinario clama por un muñeco o por un juguete, se alza ahora por una casa.

—¿Una casa con esto?—pregunta el joven señor.

—Una casa, papá. Una casa pequeña. Una casita para un perro que pudiera venir.

El padre accede. La pequeña casa se construye. Apenas si tiene la mitad de un metro cuadrado como base. Pero está tan acabada, tan pintada, tan reluciente, que Ramonín la contempla horas y más horas, como si en este juguete hubiese una aportación suya considerable; como si, por primera vez, en vez de buscar el aserrín que tienen dentro los caballos de cartón, hubiese puesto el cartón sobre el aserrín. Y no es lo mismo en la estimación lo que otro acabó para que uno lo destroce, que lo que otro disgregó para que uno lo junte y lo acabe y le dé vida.

Vida. La joven señora se ha opuesto a que se compre perro alguno. Ramonín quería un danés. Un danés grande y gris, como unos que viera en el paseo. El joven señor ha cedido a los deseos de su esposa.

—Nada de perro.

Pero el niño insiste. Sus miradas se van prendidas en los perros vagabundos, que alguna vez se acercan a la verja. Cuando se pierden a su vista, Ramonín siente que le invade una gran melancolía, la melancolía de la primera aspiración no lograda.

Hasta que el pan y la caricia captan a uno de ellos más cándido o más cansado de bohemia. Es feo, pequeño, vulgarísimo. Ramonín no lo cambiaría por ningún danés de este mundo. Y esta vez, ante el hecho, consumado ya, de que el animal está allí, transige la madre.

El observador puede oír desde su ventana:

—No es por el perro, mamá. Es por la casa. ¿Para qué sirven las casas que nadie habita? ¿Qué casas son las que no tienen dentro nada vivo? Ahora ya es una casa del todo, ¿verdad?

Y la mamá asiente complacidamente.

Cayó el ciprés a golpes de hacha. Era un peligro.

Y las ramas verdes del viejo tronco, como los materiales aún servibles del antiguo palomar, parecían pedir un nuevo acomodo, una nueva vida.

Ramonín, oyendo las voces de las ramas del ciprés, las plantó en una pequeña avenida. Y la calle formada por los diminutos cipreses ofrecía una sensación risueña y funeraria.

Ramonín, espoleado por confusas aspiraciones, hizo un gran hoyo en medio de la calle de los cipreses. Un gran hoyo que parecía una fosa. Una fosa que espero largo tiempo abierta. Y como por ningún natural venci-

*(Continúa en la página 75)*

# CHARLANDO CON CHAPLIN

Harry Crocker me llevó hasta la mesa de Chaplin. ¡Carlitos otra vez! Se acordaba muy bien de nosotros. Tendía una mano, su pequeña mano, sonriente y afectuoso, con sus ojos casi cerrados, como los pone cuando sonríe. Yo no he visto otro hombre que tenga un poder tan grande de simpatía como el de Carlitos. Toca directamente el corazón y uno siente de inmediato juntarse el afecto a la admiración. ¿Será que no puede separarse, al mirarlo y tratarlo, al hombrecito sentimental y errante, a Carlitos, que es un símbolo tierno, humilde y resignado de la pequeñez y de la vida solitaria del hombre, de este Mr. Charles Chaplin que jamás ha podido ocultar con sus carcajadas, tan fáciles y abundantes, la profunda tristeza de sus ojos?

Su traje es gris, inglés, como siempre, de saco cruzado, camisa blanca y blanda, y su cuello lucha eternamente por sostener la corbata obscura, de moño. Siempre muy cuidadosamente arreglada su persona en su aparente descuido, Chaplin es un hombre elegante en sí mismo.

Su cabello está más blanco que el año pasado, siempre ondulado y abundante, pero más blanco, más encanecido. Su cara está menos, mucho menos fresca; hay en ella muchas más arrugas y está más delgada. Y sus ojos mucho más tristes; sus ojos verde azulados tan extraordinariamente expresivos en su melancolía. Carlitos ha envejecido demasiado en un año.

—¡Oh, Mr. Chaplin, usted cada día más joven y más alegre! Siempre como un muchacho alegre...

Este nos parecía el mejor cumplido, casi al mismo tiempo en que él nos preguntaba cómo lo encontrábamos después de un año. Y agradecía el cumplido y parecía querer convencerse a sí mismo de que estaba igual o mejor que antes. Pero esa pena que está en el fondo de sus ojos, ¡esa pena tan grande!... Una amiga me contó en Hollywood, hablando de Chaplin, un amargo secreto. A lo mejor, a lo mejor, en él, que tantas cosas tiene, aquello podía originar una incurable tristeza...

—Otra vez me está mirando usted los ojos... Tengo su crónica, que sólo podré leer cuando la haga traducir. ¿Qué dijo de mis ojos?

—Que en sus ojos hay algo más que la tristeza de "un" hombre; que en sus ojos hay la tristeza "del" hombre.

—¿Ha visto usted? —dice Carlitos dirigiéndose a su amigo Crocker—. No me habían dicho eso todavía. Me gusta.

—Y dije también que usted tiene un muy fino sentido de la ironía.

—¡Ah, bravo, bravo!... Eso es atribuirme la cualidad que más admiro en los hombres y en los artistas, porque esa es la cualidad de las inteligencias maduras, la más noble y elegante cualidad de la inteligencia. Gracias, muchas gracias.

Yo sabía que lo dicho le iba a gustar a Chaplin y, por otra parte, es una de sus legítimas virtudes en su conversación corriente.

—Y dije también que a usted le gustan mucho las muchachas.

—Sí, sí, es cierto, muy cierto... Y, "that is true, that is true"—, repetía Chaplin golpeando la mesa y riendo de buena gana.

—...Y que el año pasado, en una fiesta de Virginia Valli andaba usted detrás de la hermosa Josephine Dunn...

—Sí, ahora recuerdo, sí; era en esa época... Yo siempre ando detrás de alguna muchacha...

Dije a Chaplín que durante varios días había tratado de verlo en su estudio, sin conseguirlo. Entonces me contó que está a punto de comenzar su nueva película, "La ciudad de las luces", y que su preocupación es muy grande, porque en ella quiere superar cuanto a hecho hasta ahora. Superar en sentimentalismo y dramaticidad, al modo suyo, su propia "Quimera del oro", que es la obra de toda su preferencia y cariño. Me preguntó luego si en Buenos Aires había gustado "El circo" y si lo consideraban, como él desea, una obra de pura comicidad, apenas sentimental, y diferente en todo sentido de "La quimera del oro". Y, por fin, me ha preguntado también si en la Argentina se le quiere y se le recuerda.

—Bien, Mr. Chaplin, ¿y las películas parlantes?...

De inmediato Chaplin ha hecho un gesto de desprecio, seguido de un ¡bah! con el típico movimiento de ambas manos.

—La voz—dice el actor—rompe la fantasía, la poesía, la belleza del cinematógrafo y de sus personajes. Los personajes del cinematógrafos son seres de ilusión y su naturaleza deriva precisamente del silencio en que viven. Bien entendido, el cinematógrafo es poesía y bellezas creadas en un mundo de silencio, y sólo desde ese mundo de silencio sus personajes pueden hablar a la imaginación y al alma de quienes los contemplan. Hacerlos hablar es hechar abajo todo su encanto. Y, sobre todo, en lo que respecta a los personajes femeninos. ¿Se imagina usted a cualquiera de las actrices que conocemos hablando en la pantalla? ¡Qué desastre, mi Dios! Las actrices no deben hablar, deben ser bellas, nada más, y callarse la boca. Porque las actrices sirven cuando no son inteligentes. O cuando son muy inteligentes. Pero es esa una excepción rarísima y, además, poco deseable. La belleza es la única gran cualidad de la mujer en el cinematógrafo. Ser bella y hacer lo que se le manda. He ahí la gran estrella. Ponerles voz a las sombras es una imbecilidad y un error, tolerable en todo caso como negocio para quienes lo hacen, pero que no hablen de arte. Espero que estas locuras de las películas habladas pase muy pronto y que los elementos de valer que existen en el cinematógrafo vuelvan al verdadero camino. Yo, por mi parte, nunca haré hablar a mi personaje ni a ninguno de los intérpretes de mis obras, porque todo eso es ridículo y absurdo. ¡Ah!, ¿ha visto usted la última novedad, "Old Arizona"?

—Sí, Mr. Chaplin, la misma noche que usted. ¡Qué preciosa compañera tenía usted en el teatro...! Me parece una tontería la película.

—¿Y qué dicen los personajes que hablan español?

## CHAPLIN NO TIENE MAL GUSTO

**LA RUBIA VIRGINIA CHERRILL, de veinte años de edad, que ganó un premio de belleza en Chicago, ha sido la agraciada con el codiciado papel de primera actriz en la película que está filmando Charles Chaplin.**

La afortunada muchacha, que triunfó en competencia con un centenar de bellezas tomadas en consideración por Chaplin de entre un número muchísimo mayor de aspirantes, pertenece a una acaudalada familia del Estado de Illinois.

Apenas se dió a conocer la noticia de que ella había sido la preferida, comenzaron a circular por Hollywood rumores de que la abuela de Virginia se proponía desheredar a ésta si insistía en seguir la carrera cinematográfica.

Pero miss Cherrill contestó a la supuesta amenaza que ella tenía veinte años de edad y que, por ende, su abuela no tenía derecho a meterse en sus asuntos; en vista de lo cual seguiría ella su vocación peliculera, aunque no heredara ni un centavo.

Pronto, sin embargo, la abuela desmintió las noticias que le atribuían tan exigente actitud.

Miss Cherrill nunca ha trabajado en las tablas ni en el "cine".

Llegó hace poco a Hollywood para pasar una temporada con Sue Carol, de quien es amiga íntima desde que iban a la misma escuela. No tenía, según dice, ni la más remota idea de dedicarse al cinematógrafo.

Una noche fué invitada a asistir a una pelea de boxeo; y asistió por primera vez en su vida. Durante la función, notó que un individuo la miraba con mucha fijeza. Era Charles Chaplin. Más tarde supo que el artista la miraba porque le halló un gran parecido con Edna Purviance, a quien, como se sabe, amó Chaplin años ha.

La próxima vez que miss Cherril asistió a otra función semejante, Chaplin estaba sentado a su lado. Creyendo ver en ella el tipo que necesitaba para su película, la propuso una prueba fotogénica; y la cámara confirmó la creencia del artista. En vista de lo cual, miss Cherrill quedó encarrilada en la vida peliculera, bajo la protección del descubridor de Jackie Coogan, Edna Purviance y Adolphe Menjou.

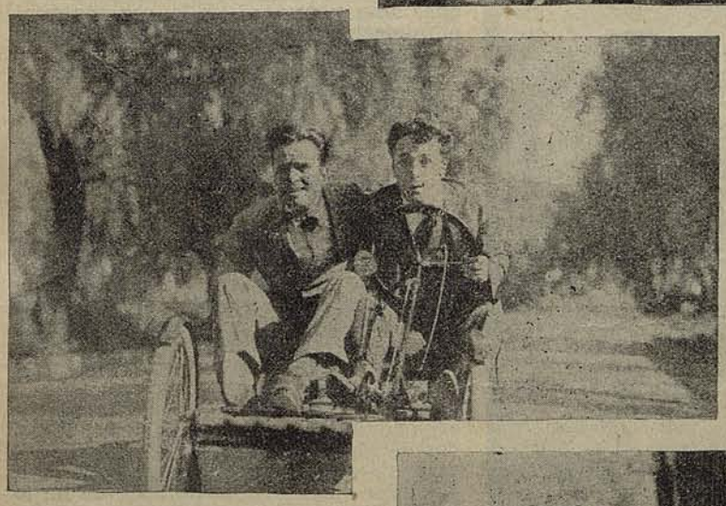
Como no estaba preparada para quedarse en Hollywood, se le dió un plazo de diez días para que vaya al Este a cerrar su casa y a buscar a la mamá, a quien quiere tener a su lado en Cinelandia.

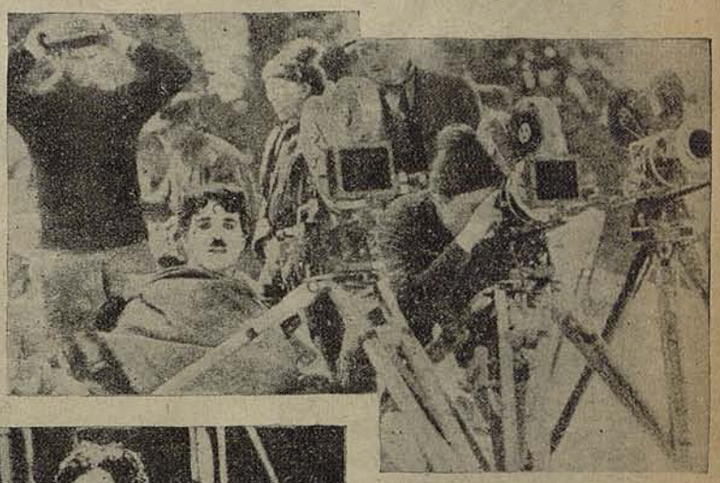
—Cosas sin importancia, Mr. Chaplin como los que hablan inglés.

Para conservar el color local de la obra, dos o tres de sus personajes hablan de cuando en cuando en español, porque en el tiempo de los hechos, fines del siglo pasado, en toda la región de la frontera del Arizona y Méjico se hablaba más español que inglés. Y aun ahora mismo es muy corriente oír hablar en español en Tejas, Arizona, Nuevo Méjico y California. La heroína de la obra habla una mezcla de inglés y español sumamente cómica en muchas de sus expresiones. A su galán, por ejemplo, un bandido romántico de O. Henry, se le conoce con el apodo de Conejito. Y cada vez que este caballero pintoresco sale al galope de su caballo, galope cuyo ruido registran los altoparlantes, se oye a la heroína, que es su amante, gritarle así: "Adios, mai Coneguitou..." En el afán de registrar ruidos, no se ha perdido ni uno solo, y esto provoca las francas carcajadas de Chaplin durante nuestro comentario en el Henry's, y toda la concurrencia estaba pendiente de su risa. Además, todos sabían que se hablaba de películas parlantes y, sobre todo, de la película citada.

—¿Ha visto usted qué cosa más artística el ruido de los huevos friéndose y el que hace aquel viejo con su pipa?

En efecto: el freírse de los huevos en una sartén durante una





comida y el ruido de la pipa del viejo podían haberse evitado. Uno por estúpido y el otro por sospechoso. Hay en la obra un personaje antipático que aparece diciendo: "Yo soy de Portugal". Como a tal personaje había que darle una nacionalidad, Chaplin, haciendo crítica, decía: "Usted sabrá que Mr. Fox se veía en un serio problema, pues no se sabía qué nacionalidad darle al antipático ése, por temor de herir susceptibilidades internacionales. Entonces, previa reunión de directorio, preguntó a su secretario cuál era el país que consumía menos películas Fox. El secretario fué a hacer la averiguación y volvió diciendo: "Portugal, Mr. Fox". Entonces Mr. Fox ordenó al director de la película: "Que el miserable ése sea de Portugal".

Y como Chaplin es el primero en reírse de sus propias gracias, lo hacía a gritos y sin preocuparse de nada.

---

—Nada más triste en su íntima realidad que tener fortuna y éxito... ¿Recuerda, Mr. Chaplin? Esto me lo dijo usted el año pasado.

Ibamos ahora caminando despacio por el "boulevard", ya casi desierto a la una y pico de la mañana. Carlitos miraba como a lo lejos y, a pesar de su eterno sonreír, parecía brillar más aun la tristeza de sus ojos bajo el ala del chambergo negro, blando y puesto al desgaire. Ahora yo creía haber adivinado lo que Carlitos quería decir con aquellas palabras. Debe haber en su corazón, extraordinariamente tierno, un gran vacío de amor. Sus ilusiones, acaso su certeza de amor, sufrieron amargos quebrantos, brutales derrumbes. Y ahora él sabe que toda la fresca belleza que le sonríe y se lé entrega es una máscara del interés y de la ambición. Y, sin duda, ama o ha amado a cualquiera de esas dulces y peligrosas muchachas; alguna debió tocarle el corazón, y su corazón, acobardado y lleno ya de una incurable desconfianza, vive retraído en su orgullo o en su timidez solitaria. Hay un grande vacío de amor en quien, con tan concentrada amargura florecida de sonrisas, ha dicho estas palabras: "Créame, nada más triste que tener éxito y dinero". ¿No hay entonces una leal muchacha capaz de comprender y amar a este hombre por todo lo que lleva en sí mismo, más grande que su fortuna y que su gloria? ¿No hay entonces una tierna muchacha que se haya sentido seducir por el hondo sentimentalismo de este poeta?

—Sí, yo dije o pude decir eso—contestaba Carlitos,—porque a veces habla, aún contra nuestra voluntad de reprimirlo, cualquier íntimo sentimiento herido. Pero se llega un día por fin a la serenidad; un día usted conquista para siempre su serenidad, y entonces ha llegado a la más alta cúspide de su vida. Y todo lo que usted ha ansiado o ansía pasa a su lado y comprende bien, muy bien, el valor de la felicidad perdida o de la dicha no alcanzada; pero ya no hay herida que sangra ni dolores que tiemblan, y usted comprueba que al fin está por encima de todo para comprender, para sentir, para olvidar acaso. Ha conquistado entonces su verdadero tesoro: la serenidad...

Sí; cualquiera de los dos o tres coches que

(Continúa en la pág. 75.

Nuevos Discos Nacional

Exclusividad Max Glucksmann

# LA MUJER LE ESTA HACIENDO ABIERTA

Se trata de un hecho: desde que se obtuvo la victoria de la guerra europea, casi todas las mujeres pretenden trabajar. ¿Es que en ausencia del marido experimentaron la necesidad de exteriorizar cualidades inutilizables cuando aquel se hallaba presente? ¿Han tomado tal vez gusto a la actividad? ¿Acaso las condiciones de la vida nueva — de la vida cara — la necesidad, siempre creciente, del lujo o del bienestar cuando menos, han determindo vocaciones que sin aquellas habrían permanecido ignoradas?

La jovencita que ensoñaba reuniendo pacientemente las prendas constitutivas de su ajuar, como la ociosa que bostezaba espiando tras el bordado visillo a los o a las pasantes, no tardarán en pertenecer a una especie totalmente desaparecida. No hay una sola hoy día que ignore el precio de la hora que pasa; y en mi concepto, ni aun en las provincias más lejanas se encuentran ya muchos de esos suspirantes que, en espera de una mirada, estacionan bajo la ventana de una hermosa. Las hermosas, que hoy son mujeres prácticas, no tendrían por otra parte en muy buen concepto al hombre que perdiese tanto tiempo inútilmente. Los deportes y el automóvil han relegado al olvido las hembras crueles y los enamorados perdidos, con todo su baratillo sentimental. Esa literatura sentimental prescribió ya y hoy no circula. Lo cual ni quiero decir que no se ame, o se ame menos bien que antes.

Ahora bien, si el trabajo es para muchas una necesidad, a la vez material e intelectual, es también para algunas un snobismo.

—Yo trabajo; — dirá con énfasis la mujer de mundo que se percata por fin con satisfacción de que en la vida hay algo más que hacer que visitas. Y pondrá alegre ardor en su trabajo, y hasta se sentirá orgullosa de ejecutarlo.

El trabajo ha ganado su ejecutoria de nobleza. Hoy no es ya cosa rara ver cómo mujeres blasonadas cuyos nombres figuran en el Gotha, los inscriben así mismo — a veces con verdadero acierto — en cabeza de sus obras, cómo abren almacenes, ejercen más o menos ostensiblemente el comercio de antigüedades y dirigen salones de costura o representan una marca de automóviles.

Es tanto lo que se ha ponderado la capacidad, la inteligencia o las cualidades de algunas de nosotras, que las demás, así estimuladas, se preguntan: "¿Y yo? ¿Por qué no se ha de decir de mí lo mismo?"

Y así vemos princesas que gustan los éxitos de librerías, por otra parte perfectamente justificados, y mujeres de mundo que exponen en los salones de pintura y de escultura, y otras que se han hecho moldeadoras o que se han descubierto extraordinarias aptitudes comerciales. En pasados tiempos, cuando las señoras jóvenes o las muchachas se veían afligidas por reveses de fortuna luego de haber vivido en la opulencia, no se les ocurrió jamás sacar partido de su instrucción o de su conocimiento de las artes de adorno. Veíaselas dar lecciones de piano o de acuarela, a domicilio, cuando no entraban como lectoras en casa de alguna anciana acomodada. Andaban con rapidez, afectando una posición humilde, y bajaban la cabeza. Se las compadecía sin duda; pero más de que se vieran precisadas a ganar su vida que de que fueran víctimas de la ruina. Parecía como si el trabajo fuese una decadencia social que las sacase de su natural esfera.

Esa mentalidad no es ya la nuestra. Las mujeres del día, sobrado realistas, no escogen profesiones tan poco lucrativas. Gracias a la juventud artificialmente prolongada, como a la cirugía plástica, ya apenas quedan señoras maduras. Si algunas hay, éstas no precisan de que las hagan la lectura, porque en nuestros días de radiadores ya no hay ninguna que largue los pies hacia los morillos de la chimenea. Ya no retienen a nadie en su hogar los relatos de las aventuras de Madame Bonacieux ni los de las de Adriana de Cardoville.

Ya no se avergüenzan las mujeres de mundo del dinero ganado por ellas; antes al contrario, pretenden ganar todo lo más posible, y rápidamente. Sólo las tímidas disimulan aún su gusto por el comercio o por los negocios; las otras, por el contrario, hacen alegre ostentación de él, como ostentan una flor en el sombrero.

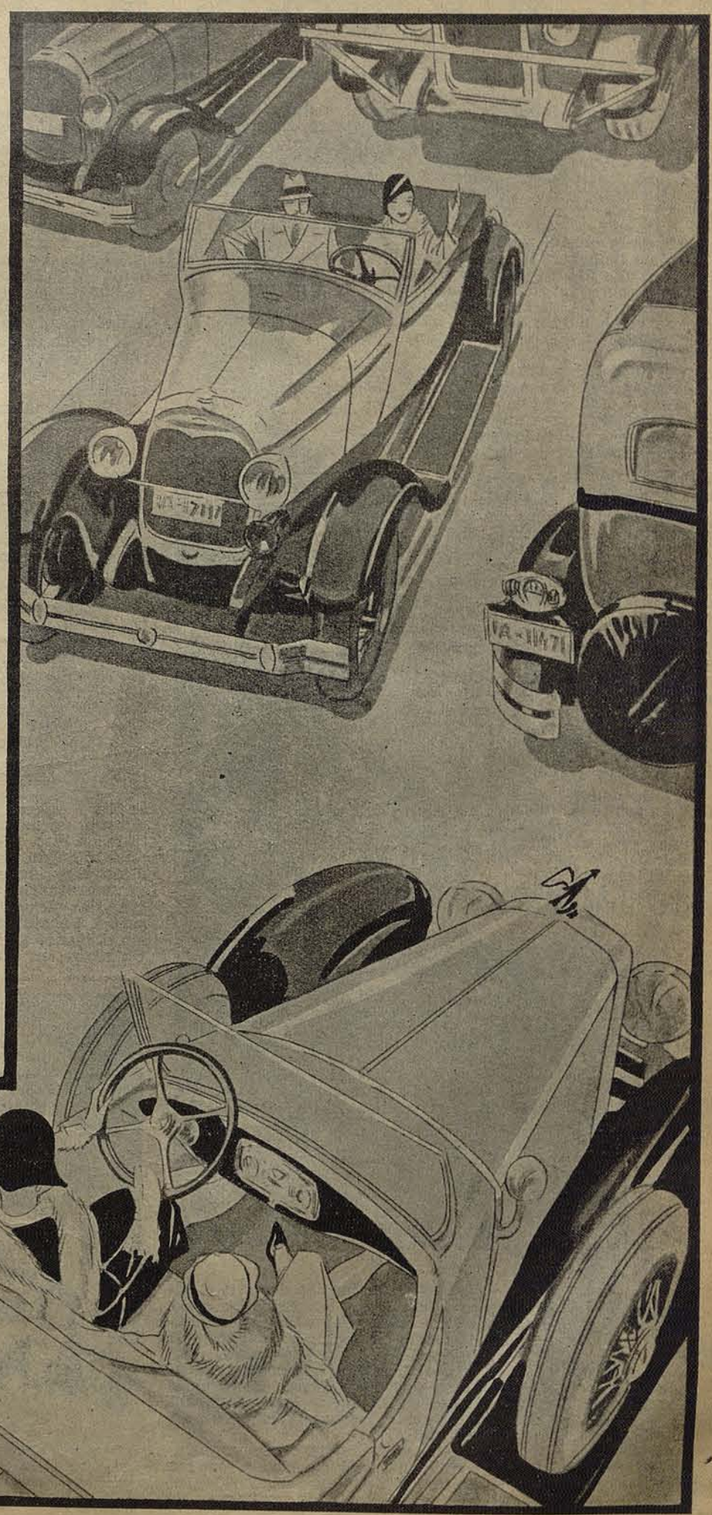
—Como me aburría soberanamente — dirán las primeras — y me invadía la neurastenia, el médico me ha aconsejado que haga algo, que busque una ocupación; y como siempre me ha gustado curiosear, acudo al Hotel Drouot y allí presencio las grandes subastas. Figúrese usted que el otro día descubrí un bargueño que es una preciosidad; una verdadera ganga... Tal vez pueda interesarle a usted...

Tampoco es cosa rara encontrar en las redacciones una mujer de mundo que procura colocar su prosa o sus versos; una mujer de mundo que propone algún negocio de publicidad obtenido "por relación"; una mujer de mundo que patrocina un instituto de belleza. Y si en Pa-

*(Continúa en la página 75)*

# COMPETENCIA AL HOMBRE

Por HUGUETTE GARNIE



# EL PRETENDIENTE

Por JOSE BAEZA

APARTADO el visillo y la cara pegada al cristal, Alma escudriñaba las sombras de la calle. Dentro, en el gabinete, la oscuridad era aún más completa, lo que obligó a Pepita a buscar con el tacto un sitio donde dejar la piel y el abrigo de que acababa de despojarse, en tanto su hermana se enfrascaba en su juego favorito.

Era la canción de siempre. Alma no salía una sola vez a la calle sin que, al regresar, se trajera la escolta de un corazón inflamado cuando menos.

Esta noche habían ido al cine con tiita y, como de costumbre, a la vuelta habían tenido la custodia de unos ojos apasionados, ojos que aún ahora, a buen seguro, se alzarían hacia los balcones de la casa, esforzándose por descubrir algún indicio del ser que les había impedido fijarse un sólo segundo en la pantalla.

Al entrar en el gabinete, Pepita había encendido la luz, pero Alma se apresuró a apagarla y a correr hacia el balcón, invitando a su hermana a que la siguiera.

Pepita había rehusado con unas palabras que pretendían ser indiferentes.

—¡Qué loca eres!

¿Celos?... Sí. Pese a las incontables virtudes que hacían de Pepita una muchacha excepcional, su alma no tenía fuerzas para libertarse de las garras de este monstruo que diariamente hallaba ocasión de imponerle su feroz voluntad.

Pepita no sabía lo que era un pretendiente. Su extrema delgadez, su excesiva seriedad y las muchas imperfecciones de su rostro no acertaban a sembrar en torno suyo más que una respetuosa indiferencia.

Acaso si no hubiera tenido una hermana que en el arte de agradar era su antípoda, no habría experimentado aquella sed tan viva y tan dolorosa, aquella necesidad vehemente de dar satisfacción a los anhelos más íntimos de su alma de mujer.

Pero, ¡aquellos éxitos constantes de Alma!, ¡aquellas continuas pruebas de que la felicidad sólo para ella dejaba de existir!...

Alma cerró los postigos e hizo girar la llave de la luz.

La súbita iluminación devolvió el color y delineó las formas de las cosas.

Alma apareció en toda su esplendidez. La envolvía aún un abrigo de crespón negro, con vueltas de piel blanca. Sus ojos tenían un inquietante y risueño fulgor. De la blancura suavísima del rostro, destacaba la nitidez fulgurante, diamantina, de los dientes.

A su lado, Pepita quedaba obscurecida, casi anulada. No era más que un indicio de lo que la belleza femenina debía ser. Sin embargo, sus ojos... Eran realmente unos ojos magníficos, menos oscuros, pero más grandes, dulces y brillantes que los de su hermana.

Esta, que se había detenido ante Pepita y la miraba fijamente, preguntó de pronto:

—¿Qué te parece ese chico?

—No puede parecerme nada, porque ni siquiera sé qué cara tiene.

—¿A mí con esas? Parece (y tan enterada estás tú como yo) un muchacho distinguido, discreto y de noble corazón. Guapo lo es. De su figura no hay nada que decir. Es lo que se llama un real mozo.

—Pues, nada, hijita, que sea enhorabuena.

—¡Calla, tonta! Si lo quisiera para mí, ¿caería en la inmodestia de hacer de él tantas alabanzas?

Y como Pepita le dirigiera una mirada en la que se mezclaban la extrañeza y la curiosidad, añadió:

—Este va a ser para ti. Se me ha ocurrido una idea genial.

Pepita, animada por el aspecto que iba tomando el asunto, cogió el rasgo de generosidad con una carcajada.

—Muy reconocida, pero puedes quedarte con él.

—No seas tonta y atiende. Tú vales mucho, pero desconoces en absoluto el arte de echar el anzuelo. Estamos en la época de la carcajada, y tu humilde y discreta sonrisa, lejos de atraer, ahuyenta a los hombres. Tú serías una esposa ideal, pero los jóvenes de hoy quieren ante todo una novia agradable. Elegir deliberadamente una esposa, sólo se estila hoy entre los viudos. Y supongo que tú no te resignarás a casarte con un viudo, ¿verdad?

—¡Qué horror!

—Entonces, elige: o te espabilas o te quedas para vestir santos.

Pepita, que se había repetido a sí misma esta frase infinitas veces, no pudo evitar un gesto de amargura.

Alma le cogió las manos dulcemente y le dijo:

—Felizmente, estoy yo aquí para evitarlo. Ese joven pasará a ser pretendiente tuyo.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Desde mañana, tú serás yo.

Y antes que Pepita pudiera expresar con palabras la extrañeza que ya se reflejaba en su rostro, continuó:

—Nuestro hombre ha entrado en el cine cuando la luz se iba a apagar por última vez. Ha podido contemplarnos durante un minuto, y durante otro después, porque la cinta se ha roto. ¿Es esto suficiente para que nuestras fisonomías se hayan grabado en su memoria? De cuando salimos y él nos esperaba en el "hall" no hablemos. Entonces íbamos tan embozadas que sólo ha podido ver de nosotras los abrigos y las pieles. He aquí, precisamente, la base de mis proyectos. Un abrigo y más teniendo colores tan definidos como el blanco y el negro, no se borra jamás de la memoria. Un rostro, en cambio, comienza a esfumarse y a transfor-

EFICAZ Y DELICIOSO.

Hay que tener muchas ganas de cuidarse uno para tomar una cucharada de aceite de hígado de bacalao. Pero Ud. tomará gustoso este "excelente" sucedáneo, infinitamente más activo y digerible:

el Elixir de PANGADUINE (MR)

a base de Vino de Oporto, de venta en la botica de su farmacéutico. Para las personas delicadas y los niños, existe también la Pandaguine bajo forma de granulado. Extracto hígado bacalao, glicerina, jarabe.

marse en nuestra mente apenas le dejamos de contemplar. ¿Qué sucedería, pues, si la próxima vez que ese jóven te viera llevaras puesto mi abrigo?

—Pues, que—se apresuró a responder Pepita—aunque no notara el cambio, perdería instantáneamente toda la ilusión. Con la misma rapidez que esta noche te ha juzgado adecuada a sus gustos, advertiría mañana, o cuando fuera, que yo no era de su agrado. Pensaría que había sufrido una equivocación y se marcharía a otro cine en busca de mejor suerte.

—¡Qué poco sabes de estas cosas, Pepita! La mujer más hermosa del mundo, todo cuanto puede hacer en su primer encuentro con un hombre es atraerse su atención. Lo que separa a esta primera sensación de la suprema, es decir, de la determinada por la cristalización del amor, es un lento y complicado proceso que, más que de nuestra belleza y de nuestros méritos reales, depende de la imaginación del hombre. En estos casos, el pensamiento actúa como un escultor piadoso y que tiene por cincel el idealismo. La mujer más insignificante, merced a esta labor imaginativa, puede convertirse en el más alto ideal de un hombre. Si la fortuna quiere que hayamos impresionado a "nuestro" pretendiente hasta el punto de poner en actividad su imaginación, dentro de veinticuatro horas la joven del abrigo blanco y negro, será una mujer superior y distinta a la entrevista fugazmente en el cine. No sólo dejará de notar el cambio nuestro hombre, sino que producirás en él una impresión mucho más honda que la que haya podido producirle yo esta noche. Naturalmente, puede darse el caso de que el joven no vuelva a ocuparse de mí, pero... ¿y si vuelve? Puede también suceder que, aún volviendo, mi proyecto se malogre antes de llegar al remoto pero feliz término que deseo para él. Mas tampoco esta posibilidad debe hacernos desistir de nuestros propósitos. Nada podemos perder y, en cambio, nos exponemos a ganar mucho. De un modo u otro, fracasemos o triunfemos, este ejercicio ha de serte provechoso, ya que te iniciará en las lides del **flirt**. Ahora, bien: como yo estoy mucho más enterada de estas cosas que tú, habrás de seguir al pie de la letra mis instrucciones. Mas dejemos esto para mañana. Es ya muy tarde y tiíta podría enfadarse si se enterara de que aún estamos en pie. Adiós, nenita, hasta mañana.

Y dándole apenas tiempo para contestar a la despedida, la besó y salió ligeramente, pero de puntillas, del gabinete.

Pepita permaneció un momento inmóvil. Una extraña excitación y una confusión mental jamás sentida, le impedían tomar resolución ninguna.

Al fin, oyendo crujir el lecho del cercano dormitorio de tiíta, volvió a la realidad.

Pasó a su alcoba y encendió la luz. Antes de apagar la del gabinete, dirigió una pueril mirada de tristeza y adiós a su abriguito gris y a su piel oscura.

Poco después daba vueltas en la cama, sin conseguir conciliar el sueño.

* * *

A la tarde siguiente, cuando comenzaba a oscurecer, Alma, que leía sentada al lado del balcón, se puso de súbito en pie y, corriendo hacia Pepita, la cual, muy repantigada en un sillón, se zurcía unas medias, le dijo:

—¡El!

Pepita se estremeció y se puso pálida.

Alma le quitó de las manos las medias y la aguja y la empujó hacia la alcoba.

—Anda... arréglate antes de que se desespere y se vaya.

Y ella misma le quitó las zapatillas y sacó del armario su mejor vestido.

Pepita, mientras Alma le tiraba de una manga del vestido como si quisiera arrancarle el brazo, acertó a decir:

—¿No te vistes tú?

—¿Yo? ¡Pues, buena la haríamos si volviera a verme!

—¿Y voy a salir yo sola?

—Naturalmente.

—¿Y qué voy a hacer por esas calles de Dios y sin compañía?

—Ve a visitar a tía Consuelo. Está enferma y necesita que la distraigan, cuando menos un ratito cada tarde.

—¿Lo sabe, tiíta?

—¡Claro, mujer, claro!

—Y...

—Está todo arreglado. No te preocupes. Anda, ven que te peine y te empolve... Ahora, el sombrero... Y ahora, ¡el abrigo!

Le puso el bolso en las manos, le dió un beso y la empujó hacia la puerta de la escalera.

Pepita creyó que iba a desvanecerse antes de llegar al último tramo. Le temblaban las piernas y por dos veces hubo de detenerse, afianzándose fuertemente a la baranda.

Antes de poner el pie en el portal, mantuvo una lucha desesperada consigo misma. Al fin se armó de valor y salió a la calle.

No levantó los ojos del suelo, pero se dió perfecta cuenta de que el pretendiente la miraba desde la otra acera. Oyó sus pasos e instintivamente apretó el suyo. Dobló por la primera transversal y, ansiosamente, dirigió una mirada a la próxima parada del tranvía, donde uno acababa de detenerse. ¿Llegaría a tiempo?

Nunca debe faltar en su tocador una caja del sin igual

JABON DE ROSS

(Certificado Puro)

M. R.

Nerviosamente, dió una carrerita y lo alcanzó. Saltó al estribo cuando el tranvía estaba ya en marcha. Una hora después hablaba con Alma en el gabinetito de las confidencias y la hermana comprendía por qué el pretendiente habíase detenido en la esquina próxima, continuando después sus paseos por la acera de enfrente.

Así no vamos a adelantar nada — dijo Alma, henchida de indignación. —Una muchacha tímida y vergonzosa es hoy una muchacha ridícula. Y una mujer ridícula no puede ser para ningún hombre una

novia deseable. Hoy, por ser el primer día, pase; pero mañana que no vea yo que el pretendiente se detiene en la esquina y comienza después a pasear por la acera de enfrente hasta que se cansa y se va.

Pero al día siguiente, y al otro, y al otro, Alma volvió a ver cómo el joven se detenía en la esquina próxima, volvía atrás y comenzaba en nerviosos paseos por la acera de enfrente.

La cuarta noche, apenas regresó Pepita de casa de tía Consuelo, Alma la cogió de un brazo, se la llevó al gabinete y arremetió contra ella sin compasión.

—¡Eres una necia!... ¿Otro tranviita?

Pepita se echó a llorar.

—¡Es que no puedo! — comenzó a decir entre sollozos. — ¡Me da un temblor, un frío!... Hoy, te juro que estaba decidida a ir a pie y despacito. Pero apenas llego a la esquina, un autobús. "Esto es un envío de la providencia — he pensado. — Dios no quiere que vaya esta tarde a pie". Y de un salto me he plantado en la plataforma.

Se enjugó los ojos.

—Y te juro, Alma de mi vida, que daría cualquier cosa por no tener miedo. Ese hombre me interesa ya más de lo que tú te figuras.

Alma, pasando de la aspereza a la dulzura, rodeó con sus brazos el cuerpo de Pepita y le dedicó toda especie de frases consoladoras.

Entretanto pensaba en la forma de solucionar el problema y, como era más ingeniosa aún que linda, con ser linda en grando superlativo, dió al fin con la anhelada solución.

—¡Ya está! — dijo, dando a Pepita una palmada en el hombro. — Mañana, en vez de ir calle arriba, te vas calle abajo. Después tuerces por la primera transversal y no vuelves a subir hasta que llegues a la misma calle en que vive tía Consuelo. Así no te tropezarás ningún tranvía ni autobús y no podrán acometerte malas tentaciones.

La idea fué acogida con entusiasmo por Pepita, y a la tarde siguiente, a la hora acostumbrada, se lanzó decididamente escaleras abajo, y tomó con valentía la dirección que Alma le indicara.

Estaba emocionadísima, verdad es; pero esto no impidió que incluso refrenara el paso y levantara la cabeza, cosa que hasta entonces no se había atrevido a hacer.

Poco antes de llegar a la esquina por la que había de doblar la fué asaltando poco a poco una sospecha inquietante que al fin se convirtió en convicción dolorosa. El pretendiente no la seguía. No oía sus pasos, no notaba en la espalda esa singular molestia que se siente cuando una mirada próxima se clava en ella con insistencia.

La tensión nerviosa convirtióse en laxitud y, anulada su timidez por el hondo sentimiento de desventura que la poseía, volvió la cabeza antes de tomar la calle transversal.

¡Nunca lo hubiera hecho! Por la acera de enfrente, con una mano en el bolsillo del gabán y en la otra el bastón y los guantes, el galán avanzaba en la misma dirección que ella y mirándola.

Impulsada por una sacudida nervio-

*(Continúa en la página 74).*

# LA TRANSFORMACION DEL ROSTRO FEMENINO

Es a usted misma a quien debe reprochar si los hombres no la consideran en la forma debida. Observe su cutis y hallará usted la razón de la indiferencia masculina para con usted. Su cutis tiene la culpa de todo y, por lo tanto, usted debe renovarlo. El pequeño velo mortecino de cutícula vieja es un verdadero estorbo y hay que quitarlo para que a la superficie pueda aparecer la nueva y vigorosa piel que hay debajo. Para ello aplíquese al rostro todas las noches, antes de acostarse, cera pura mercolizada, la que usted hallará en cualquier farmacia. Siguiendo este procedimiento, todas las imperfecciones de la epidermis, tales como pecas, manchas, barrillos, quemaduras de sol, raspaduras invernales, etcétera, desaparecen en breve tiempo, y esto en todas las estaciones y en todos los climas. Sometiéndose a este sencillísimo tratamiento a base de cera mercolizada, se logra que en pocos días el rostro aparezca completamente rejuvenecido. El cutis se vuelve tan fresco y tan hermoso como el de un niño.

### UN SECRETO CONTRA LOS BARRILLOS

Los puntos negros, la graseza del cutis y la dilatación de los poros cutáneos del rostro, son molestias que, en general, nos asaltan juntas. Pero, tenemos la ventaja de poder combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua caliente una tableta de stymol, que al disolverse, produce una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha cesado, se usa el agua, así "stymolizada", para bañarse el rostro, secándose, luego, con una toalla. Los intrusos puntos negros salen del cutis para desaparecer en la toalla; los grandes poros grasos se contraen como por encanto y se borran de la cara; y todo esto sin que el cutis tenga que sufrir ni la más pequeña acción de fuerza, violencia u opresión. Merced al stymol, que se halla en venta en todas las farmacias, la piel queda alisada, blanca y fresca, sin experimentar daño alguno. Repitiendo algunas veces este tratamiento, con intervalos de tres o cuatro días, se logra rápidamente la limpieza total del rostro, dando a este embellecimiento un carácter de permanente y definitivo.

### COMO CONSERVAR EL CABELLO EN BUEN ESTADO

No importa que su cabello sea rubio, negro, castaño, o de color rojo. Si quiere Ud. conservarlo abundante, brillante y en buenas condiciones generales, debe cuidarlo prolijamente. Muchas señoritas descuidan su pelo totalmente, creyendo que, a pesar de ello, siempre parecerá bien. Esto es absurdo. Voy a decirles cómo trato yo mi cabello: Ante todo, no dejo de cepillarlo ni una noche, por cansada que me sienta. Después, cada dos semanas, lo lavo bien, usando a ese fin una cucharada de stallax granulado disuelto en agua caliente, enjuagándolo bien después y secándolo con toallas calientes. El resultado es sencillamente maravilloso.

M. R.

# Pola Negri compra un collar de más de un millón de pesos

Pola Negri, que, según anuncia un cablegrama, va a divorciarse.

San Sebastián, 3 de marzo:

Desde el verano pasado estaban esperando en San Sebastián a Pola Negri. Para una de las corridas de agosto tenía ya reservadas dos entradas de delantera de grada. Yo sabía cuáles eran y me frotaba las manos con la esperanza de hacerle una buena información.

Pero la «star» no llegó entonces: aquellos dos asientos de grada estuvieron vacíos durante la corrida. Sabe Dios por qué capricho de mujer rica y mimada hubo de diferir el viaje aquel día. Luego le ocurrió aquel accidente en el Bosque de Bolonia, donde se cayó del caballo, teniendo que permanecer algún tiempo en una clínica.

Y hoy ha llegado inopinadamente, cuando nadie la esperaba.

¿A qué ha venido? Pues a nada: a comprarse un collar. Estaba en París, y alguien le dijo que aquí, en un escaparate del "boulevard" denostiarra había un collar maravilloso de brillantes. Vino, le vió, le encontró magnífico para su gargata de princesa y se ha marchado con él.

¡800.000 pesetas! ¡Más de un millón de pesos!

Un poco caro, sí. Pero en París le hubiera costado unas 100.000 pesetas más, a consecuencia del impueso sobre las ventas de lujo.

Es una mujercita de su casa la "Princesa Mdivani". Le ha querido evitar a su marido este pequeño gasto superfluo.

Esos son los que arruinan las casas.

En la joyería hemos hablado con Pola Negri los periodistas. Sobre la butaca en que está sentada tiene el mismo aire elegantemente desmadejado con que la hemos visto en todas sus películas. Sólo se endereza alguna que otra vez para mirarse a un espejo que tiene enfrente. Su marido, el joven Príncipe Mdivani, mozo atlético y elegantísimo, parece ir sosteniéndola por el mundo para que no se quiebre.

El es un muchachote risueño y deportivo, cara de niño sobre cuerpo de boxeador; reparte cigarrillos y apretones de manos con elegante complacencia. Entiende un poco el español, y hasta aventura en la conversación alguna que otra palabra de nuestro idioma. Es de Georgia, y aquí, entre nosotros, se precia de ser vasco, ya que su patria fué, en opinión de muchos historiadores, cuna de la raza vasca.

* * *

En esto llega un compañero de Madrid. Entra jadeante. Venía en avión y el aparato se le ha estropeado en mitad del camino. Ha tenido que hacer en «taxi» la última parte del viaje. Bella historia, que merece una sonrisa de la Negri y tiene la virtud de hacerla apearse de su «posse» ensimismada.

Los periódicos de la tarde han salido ya, y, al dar la noticia de la llegada de la artista, nombran a Rodolfo Valentino.

—¡Bah, histoires pour rigoler!—comenta Pola con displicencia. El mocetón de Georgia se sonríe también. Se ve que no le inquieta gran cosa la sombra del empalagoso galán de Hollywood.

Pola empieza a mostrarse comunicativa y nos pregunta si torea Belmonte todavía. Le interesa también Gitanillo de Triana, de cuyo arte dice que ha leído grandes elogios. A Marcial Lalanda le conoce por haberle visto en una película.

Se lamenta de que estos días no haya una corrida de toros en San Sebastián. Tiene muchas ganas de asistir a una. Tal vez se decida a venir este verano a pasar una temporada en una villa de Igueldo o de Miraconcha. Le gustaría mucho hacer una película con toreros y manolas.

Collar y pendientes valorados en 800.000 pesetas, adquiridos en San Sebastián por Pola Negri.

El Príncipe Mdivani, esposo de Pola Negri.

* * *

Pola y su marido llegaban en este momento de dar un paseo en automóvil por la carretera de Igueldo. Ambos vienen encantados de los panoramas bellísimos que se divisan desde aquella altura. Hacen elogios a porfía de nuestra playa, de nuestra ciudad limpísima y moderna.

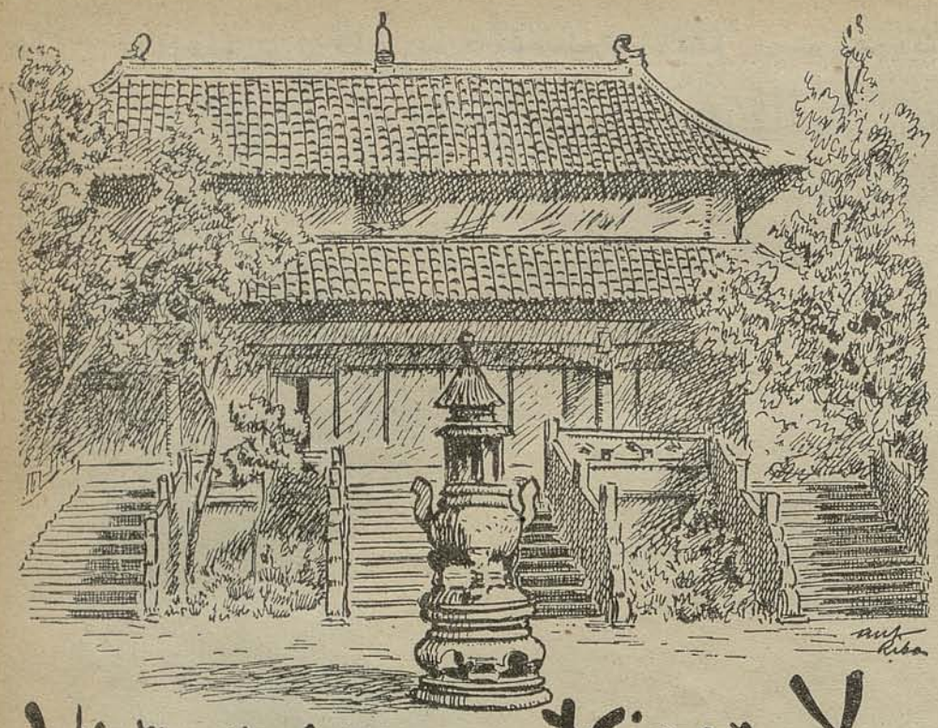
A Pola le extraña sinceramente que con la temperatura que aquí se disfruta y teniendo en España una ciudad tan bella, haya españoles que vayan a pasar el invierno a la Costa Azul y el verano en Biarritz.

. . . . . .

Y mientras habla, sus dedos largos y bellísimos acarician constantemente los brillantes del collar, que el joyero le ha puesto sobre la mesa. Se lo arrolla en la mano, se lo coloca sobre el busto y mira el efecto en el espejo.

Se lo lleva, se lo lleva, no nos cabe duda. El joyero se sonríe con satisfacción.

JOSE R. RAMOS.



# Historia de Ming-Y

**La extensa literatura china es relativamente pobre en producciones narrativas: las novelas y los cuentos eran tenidos en poco aprecio. Sin embargo, existe una novelita de autor anónimo y que se supone escrita en el siglo XV, que es de asunto bellísimo y delicado. Esa novelita es la Historia de Ming-Y, que hoy damos a conocer a nuestros lectores.**

Hace quinientos años, reinando el emperador Hung-Wu, de la dinastía de los *Ming*, vivía en la ciudad de Genii, la ciudad de Kuang-tchau-fu, un hombre famoso por su saber y por su piedad, llamado Tien-Pelú.

Este Tien-Pelú tenía un hijo, un guapo muchacho que por su aplicación, su belleza y su cortesía no tenía igual entre los jóvenes de su edad. Y era su nombre Ming-Y.

Había cumplido los dieciocho años cuando ocurrió que Pelú, su padre, fué nombrado inspector de Instrucción Pública de la ciudad de Tching-tu, y acompañando a sus padres marchó a ella Ming-Y.

Cerca de la ciudad de Tching-tu vivía un hombre rico y de elevada posición, un alto empleado del Gobierno, llamado Tchang y que necesitaba un buen maestro para sus hijos. Al enterarse de la llegada del nuevo inspector de Instrucción Pública, el noble Tchang fué a visitarle para pedirle consejo respecto a la elección, y sucedió que, habiendo encontrado y entablado conversación con el hijo de Pelú, tan buena impresión le produjo su discreción y buen talante, que inmediatamente contrató a Ming-Y como preceptor de su prole.

Pero como la casa de este señor Tchang estaba situada a unas cuantas millas de la ciudad, resultaba mucho mejor que Ming-Y residiese en casa de su patrono. Una vez de acuerdo, el joven se proveyó de todo lo necesario para establecerse allí, y sus padres se despidieron de él, dándole prudentes consejos y citándole las palabras de Lao-tseu y de los sabios antiguos:

"Por una cara bonita el hombre se siente lleno de amor; pero el cielo nunca debe ser olvidado por él. Si ves que una mujer viene por el este, mira hacia el oeste; si notas que una muchacha se aproxima a ti por el oeste, vuelve la mirada al este."

Si Ming-Y no tuvo en cuenta este consejo en los días sucesivos, era debido únicamente a su juventud y a la despreocupación natural de un corazón alegre.

Y se fué a vivir a casa del señor Tchang, y pasó el otoño y el invierno también.

Cuando se aproximaba la época de la segunda luna de primavera y el día feliz que los chinos llaman *Hoatchao*, o el "Día del nacimiento de las cien flores", le entró a Ming-Y el deseo de ver a sus padres, y se lo comunicó al buen Tchang, que no sólo le dió el permiso que el joven deseaba, sino que le puso en la mano un regalo de dos onzas de plata, pensando que el muchacho quería llevar algún pequeño recuerdo a sus padres, porque es costumbre entre los chinos hacer presentes en la fiesta de Hoa-tchao a los amigos y conocidos.

El aire aquel día era ténue y cargado de perfumes de las flores, y en él vibraba el zumbido de las abejas. A Ming-Y le parecía que por el camino que seguía no había pasado ningún otro hombre hacía muchos años: la hierba había crecido en él y era alta; grandes árboles a uno y otro lado entrecruzaban sus ramas recias y frondosas por encima de él, obscureciendo el camino; pero la obscura frondosidad se estremecía con el canto de los pájaros, y las profundas perspectivas del bosque aparecían glorificadas por los vapores de oro y olorosas con las emanaciones de las flores, como un templo con el incienso.

La ensoñadora alegría del día le había llenado el corazón a Ming-Y, y se sentó entre las nuevas flores, bajo las ramas que se elevaban hacia el cielo violeta, para embriagarse de perfumes y de luz y gozar la dulzura del gran silencio.

Mientras así reposaba, un sonido le obligó a dirigir la mirada hacia un punto envuelto en la sombra, donde los melocotoneros estaban en flor, y descubrió a una joven tan bella como las mismas flores rosadas, tratando de ocultarse entre ellas.

Aunque sólo se detuvo a mirar un instante, Ming-Y no pudo evitar el reconocer la hermosura de su rostro, la admirable estructura de su persona y el brillo de sus grandes ojos, que fulguraban bajo unas cejas tan deliciosamente arqueadas como las alas sedosas de una mriposa al tenderse.

Ming-Y apartó la vista de aquella visión, y levantándose rápidamente, prosiguió su camino, pero tan preocupado por la idea de aquellos ojos encantadores que le habían mirado a través de las hojas, que no se dió cuenta de que el dinero que llevaba consigo se le iba cayendo.

Pocos momentos después oyó unos pasos precipitados detrás de él y la voz de una mujer que le llamaba por su nombre.

Volvió la cabeza, sorprendido, y vió una graciosa camarera que se le dirigió, diciéndole:

—Señor, mi ama me envía para devolverle este dinero que se le ha caído a usted en el camino.

Ming-Y dió las gracias a la muchacha, amablemente, y le rogó que saludara en su nombre a su señora.

Inmediatamente reanudó su camino a través del perfumado silencio, por entre las sombras, que daban un aspecto fantástico al olvidado sendero, llena de fantasías su propia mente y sintiendo que su corazón latía con extraña precipitación al pensar en la belleza que había visto.

*Cerca de la ciudad de Tching-tu vivía un hombre rico y de elevada posición...*

Al otro día regresaba Ming-Y precisamente por el mismo camino, y se detuvo de nuevo en el punto en que la deliciosa criatura se le había aparecido momentáneamente. Pero esta vez advirtió, no sin gran sorpresa, a través de los árboles gigantescos del vasto bosque, una morada que el día anterior no había visto; una quinta de campo, no muy grande, pero de una elegancia poco usual.

Las azules tejas relucientes de su doble techumbre, sobresaliendo por encima del follaje, parecían mezclar su color con el luminoso azur del día; los dibujos verdes y dorados de sus pórticos eran exquisitos y artísticos remedos de hojas y flores bañadas en el crepúsculo.

Y en lo alto de la escalinata que conducía a la entrada, guardada por grandes tortugas de porcelana, Ming-Y divisó a la dueña de la casa, de pie—al ídolo de su apasionada fantasía—acompañada de la misma muchacha con la que le había enviado su mensaje de gratitud.

Mientras Ming-Y miraba, notó que ellas, a su vez, tenían fijos sus ojos en él, que sonreían y hablaban como si de él se tratase, y aunque era muy tímido, encontró el valor suficiente para dirigirles un leve saludo a aquella distancia.

Con gran asombro suyo, la linda camarera le hizo una seña para que se aproximara, y abriendo una rústica puertecilla medio oculta por las plantas trepadoras cargadas de flores rojas, Ming-Y avanzó por la larga y verde avenida que conducía a la terraza, con una mezcla de sentimientos de sorpresa y tímida alegría.

Así que estuvo cerca, la hermosa señora se retiró, pero la doncella esperaba en el arranque de la escalinata para recibirle, y dijo cuando él llegó:

—Señor, mi señora comprende que desee usted darle las gracias por el pequeño servicio que ayer me encargó que le hiciera a usted, y le ruega que entre en la casa, pues le conoce por su reputación y quiere tener el placer de darle los buenos días.

Ming-Y entró, avergonzado; sus pasos no sonaban sobre la estera flexible y suave como el musgo del bosque, y así penetró en una sala de recibir, amplia, tibia y fragante por el perfume de las flores recién cortadas.

Una deliciosa quietud reinaba en la casa; sombras de pájaros volando pasaban por las franjas de luz que atravesaban las persianas de bambú; grandes mariposas, con alas de brillantes colores, revoloteaban un momento alrededor de los vasos pintados y seguían luego su vuelo hacia el misterioso bosque.

*—¡Que los espíritus me castiguen—murmuró él—si conscientemente te doy alguna vez motivo de reproche!...*

*Ming-Y apartó la vista de aquella visión, levantándose...*

Y silenciosa, como ellas, la joven dueña de la casa entró por otra puerta, y amablemente saludó al joven, que elevó las manos hasta el pecho y las bajó a guisa de saludo. La bella dama era más alta de lo que a él le había parecido, grácil y flexible como un lirio; sus cabellos, negros, estaban entretejidos con las flores amarillas del *chu-sha-gih;* su vestido de seda, de color pálido, adquiría diversos tonos cuando se movía, como los vapores mudan de matiz con los cambiantes de la luz.

—Si no estoy equivocada—dijo, cuando ambos hubieron tomado asiento, después de los consuetudinarios cumplidos y frases obligadas—mi distinguido visitante no es otro que Tien-chu, llamado Ming-Y, preceptor de los hijos del alto comisario Tchang, mi respetable pariente. Como la familia del señor Tchang es mi propia familia, no puedo menos de considerar al profesor de sus hijos como pariente mío.

—Señora—repelió Ming-Y, no sin cierto asombro—¿me será permitido preguntar el nombre de su respetable familia y el parentesco que tiene usted con mi patrono?

—El nombre de mi pobre familia—respondió la hermosa dama—es *Ping*..., una antigua familia de la ciudad de Tchingtu. Yo soy hija de un cierto Sie de Mun-hao; mi nombre es también Sie; y estuve casada con un joven de la familia Ping, que se llamaba Khang. Por este matrimonio emparenté con su excelente patrono; pero mi marido murió poco después de nuestra boda, y entonces elegí este lugar solitario para residir durante el período de mi viudez.

Había en su voz una música adormecedora, como en la melodía de los arroyos y en el murmullo de las fuentes, y una tan extraña gracia en su manera de hablar como Min-Y no había oído nunca antes.

Mas al enterarse de que era viuda, el joven se dispuso a marcharse si una formal invitación por parte de ella no le retenía. Así, pues, cuando hubo tomado una taza de excelente té, que le fué ofrecida, se levantó para despedirse. Sie no consintió que se marchara tan pronto.

—No, amigo mío—le dijo:—esté un poco más todavía en mi casa, se lo ruego, porque si su respetable patrono supiera que usted había venido y que yo no le había tratado como a un huésped distinguido y obsequiado como a él mismo, sé que se enojaría profundamente. Quédese, por lo menos, a cenar.

Y Ming-Y se quedó, regocijándose secretamente en su corazón, porque Sie le parecía la más linda y dulce criatura que había conocido en el mundo y sentía que la amaba más que a su padre y a su madre.

Y mientras ellos hablaban, las largas sombras del crepúsculo poco a poco invadieron la sala hasta dejarla sumida en una obscuridad violácea; la luz del «gran limón», ya en el ocaso, iba desapareciendo en el exterior, y los seres estrellados que tienen por nombre los Tres Consejeros, y que presiden la vida, la muerte y los destinos del hombre, abrían sus ojos fríos y brillantes en la parte norte del cielo.

En el interior de la morada de Sie las pintadas linter-

nas estaban encendidas; la mesa estaba puesta para la comida de la noche, y Ming-Y tomó asiento en ella, con muy poco apetito, ocupado su pensamiento por completo en el encantador semblante que tenía frente a él.

Observando que apenas probaba los manjares que le servían, Sie instó a su joven huésped para que bebiera vino, y los dos bebieron algunas copas. Era un vino de color de púrpura, tan frío, que las copas que lo contenían en seguida se empañaron; pero al beberlo parecía abrasar las venas con un fuego extraño.

Tan pronto como hubo bebido Ming-Y, todas las cosas se le hicieron más luminosas como por arte de encantamiento; las paredes de la habitación parecieron retroceder y el techo elevarse; las lámparas lucían como estrellas, y la voz de Sie sonaba en los oídos del joven como una dulce melodía que se oyera a través de los espacios en una noche de ensueños. Su corazón se ensanchaba, su lengua se desataba y a sus labios acudían palabras que él nunca imaginó que pudiese pronunciar.

Pero Sie no trató de contenerlo; sus labios no sonrieron; sin embargo, sus ojos habríase dicho que reían complacidos por aquellas frases halagadoras, y correspondía a su mirada de apasionada admiración con afectuoso interés.

—Yo había oído hablar—dijo—de su raro talento y de sus elegantes modales. Sé cantar un poco, aunque no puedo envanecerme de poseer conocimientos musicales, y ahora que tengo el honor de encontrarme sola en compañía de un profesor de música, dejando a un lado la modestia, me atrevo a suplicarle que cantemos algo juntos. Para mí será la mayor satisfacción el que usted se digne examinar mis composiciones musicales.

—El honor y la satisfacción, querida señora—replicó Ming-Y—serán míos, y me siento incapaz de expresar la gratitud a que me obliga el ofrecimiento de tan raro favor.

La doncella, obediente al llamamiento de un pequeño gong de plata, trajo la música y se retiró. Ming-Y cogió los manuscritos y empezó a examinarlos con singular delicia.

El papel en que estaban escritos tenía un color amarillento y era fino y ligero, pero los caracteres tenían la belleza de los antiguos, como si hubieran sido trazados por el pincel de Hei-Song Ché-Tchoo mismo, este divino Genio de la Tinta, que no es mayor que una mosca, y las firmas que llevavan las composiciones eran las de Yuen-tchin, Kao-pien y Thu-mu, grandes poetas y músicos de la dinastía de Tchang.

Ming-Y no pudo reprimir una exclamación de alegría a la vista de tesoros tan inestimables y tan únicos; apenas si tuvo resolución bastante para soltarlos de la mano un momento.

—¡Oh, señora!—exclamó.—Estas son cosas verdaderamente inapreciables, que superan en valor a los tesoros de todos los reyes. Estos son manuscritos de los grandes maestros que cantaron quinientos años antes de nacer nosotros. ¿Cómo se han podido conservar tan maravillosamente?... ¿No es ésta la portentosa tinta de la que se ha escrito: "Después de centurias permanezco firme como la piedra, y las letras que yo hago, como laca"? ¡Y cuán divino el encanto de esta composición!... El canto de Kaopien, príncipe de los poetas y gobernador de Escetchuen, hace quinientos años!

—¡Kao-pien! ¡Amado Kao-pien!—murmuró Sie con un brillo singular en sus ojos.—¡Kao-pien es también mi favorito! Querido Ming-Y, cantemos juntos sus versos, con la melodía antigua..., con la música de aquellos años tan distantes en que los hombres eran más nobles y más sabios que hoy.

Y sus voces se elevaron en la noche perfumada como las voces de los pájaros maravillosos del Fung-hoang, mezclándose y confundiéndose con líquida dulzura.

Pero hubo un momento en que Ming-Y, subyugado por el hechizo de la voz de su compañera, pudo oír únicamente en silencioso éxtasis, mientras las lámparas de la sala se iban obscureciendo ante su vista y lágrimas de deleite corrían por sus mejillas.

Así pasó la hora novena, y ellos continuaban hablando y bebiendo el frío vino purpurino y cantando los cantos de la época de Tchang, hasta muy avanzada la noche.

Más de una vez pensó Ming-Y en marcharse, pero siempre a Sie se le ocurría empezar, con aquella voz suya argentina, la historia maravillosa de los grandes poetas del pasado y de las mujeres que ellos amaron, y la voluntad del joven quedaba en suspenso; o quería ella cantar para él un canto tan extraño que todos sus sentidos, parecían morir, excepto el del oído.

Y por último, como Sie hiciera una pausa para brindarle una copa de vino, Ming-Y no pudo retener su brazo, que rodeó el cuello de la hechicera y la atrajo hacia sí, manteniéndola estrechamente abrazada con los rostros juntos, y la besó en los labios, que eran mucho más rojos que el vino.

*(Continúa en la página 70).*

# MADRE

Por E. PARDO BAZAN

Cuando me enseñaron a la condesa de Serená no pude creer que aquella señora fuera, hará cosa de cinco o seis años, una hermosura de esas que en la calle obligan a volver la cabeza y en los salones abren surco.

La dama, a quien vi con un niño en brazos y vigilando los juegos de otro, tenía el semblante enteramente desfigurado, monstruoso, surcado en todas direcciones por repugnantes cicatrices blancuzcas, sobre una tez denegrida y amoratada; un ala de la nariz era distinta de la compañera, y hasta los mismos labios los afeaba profundo costurón. Sólo los ojos persistían magníficamente bellos, grandes, rasgados, húmedos, negrísimos; pero si cabía compararlos al sol, sería al sol en el momento de iluminar una comarca devastada y esterilizada por la tormenta.

Noté que el amigo que nos acompañaba, al pasar por delante de la condesa, se quitó el sombrero hasta los pies y saludó como únicamente se saluda a las reinas o a las santas; y mientras dábamos vueltas por el paseo, casi solitario, el mismo amigo me refirió la historia o leyenda de las cicatrices y de la perdida hermosura, bajando la voz siempre que nos acercábamos al banco que ocupaba la heroína del relato siguiente:

—La condesa de Serená se casó muy niña, y enviudó a los veintiún años, quedándole una hija a la cual se consagró con devoción idolátrica.

La hija tenía la enfermiza constitución del padre y la condesa pasó años de angustia cuidando a su Irene lo mismo que a planta delicada de invernadero. Y sucedió lo natural: Irene salió antojadiza, voluntariosa, exigente, convencida de que su capricho y su gusto eran lo único importante en la tierra.

Desde el primer año de viudez rodearon a la condesa los pretendientes, acudiendo al cebo de una beldad espléndida y un envidiable caudal. De la beldad podemos hablar los que la conocimos en todo su brillo y, ¿a qué negarlo?, también suspiramos por ella.

Para imaginarse lo que fué la cara de la condesa hay que recordar las cabezas admirables de la Virgen creadas por Guido Reni: facciones muy regulares y a la vez muy expresivas; tez ni morena ni blanca, sino como dorada por un reflejo solar; agregue usted la gallardía del cuerpo, la morbidez de las formas, la riqueza del pelo y de los dientes, y esos ojos que aun pueden verse ahora... y comprenderá que tantos hombres de bien anduviesen vueltos tarumba por consolar a la dama.

Perdieron, digo, perdimos el tiempo lastimosamente; ella se zafó de sus adoradores, despachando a los tercos, convirtiendo en amigos desinteresados a los demás, convenciendo a todos de que ni se volvía a casar ni pensaba en otra cosa sino en su hija, en fortalecerle la salud, en acrecentarle la hacienda.

Vimos que era sincero el propósito; comprendimos que nada sacábamos en limpio; observamos que la condesa se vestía y peinaba de cierto modo que indica en la mujer desarme y neutralidad absoluta, y nos conformamos con mirar a la hermosa lo mismo que se mira un cuadro o una estatua.

Y empleo la palabra «mirar» porque hasta las palabras lisonjeras y galantes conocimos que no eran gratas a la condesa, sobre todo desde que Irene empezó a espigar y presumir.

Quiso la mala suerte que la hija de tan guapa señora heredase, al par que el temperamento de su padre, por lo cual Irene, en la flor de la juventud, era una mocita delgada y pálida, sin más encantos que eso que suele llamarse «belleza del diablo» y yo comparo al saborete del agraz.

Y la misma suerte caprichosa hizo que la condesa, acaso por efecto de la vida metódica y retirada en que economizó sus fuerzas vitales, entrase en el período de treinta a treinta y cinco, luciendo tan asombrosa frescura, tal plenitud de todas sus gracias, que a su lado la chiquilla daba compasión.

De nada servía que su madre la emperejilase y se impusiese a sí propia la mayor modestia en trajes y adornos: los ojos de las gentes se fijaban en el soberano otoño, apartándose de la primavera mustia; y en la calle, en la iglesia, en el campo, en los baños, doquiera que la madre y la hija apareciesen juntas, indiscretas y francas exclamaciones humillaban a Irene en lo más delicado de su vanidad femenil, y herían a la condesa en lo más íntimo de su ternura maternal.

Fué peor todavía cuando, llegado el momento de introducir a Irene en lo que por antonomasia se llama «sociedad», la condesa, que no había de presentarse hecha la criada de su hija, tuvo que adornarse, despotarse y lucir otra vez joyas y galas.

Por más que ajustase su vestir a reglas de severidad y seriedad que nunca infringía; por más que los colores obscuros, las hechuras sencillas, la proscripción de toda coquetería picante en el tocado dijesen bien a las claras que sólo por decoro se engalanaba la condesa, lo cierto es que el marco de riqueza y distinción duplicaba su hermosura divina, y de nuevo la asediaban los hombres, engolosinados y locos.

De Irene apenas si hacía caso algún muchachuelo imberbe, y hubo ocasiones en que la madre, con piadosa astucia, toleró las asiduidades de apuesto galán para adquirir el derecho de que sacase a bailar a Irene o la llevase al comedor.

Lo triste era que ya Irene, mortificada, ulcerado su amor propio se mostraba desabrida con su madre y pasaba semanas enteras sin hablarle. Notaba también la condesa que los párpados de la muchacha estaban enrojecidos, y varias veces, al animarla a que se vistiese para alguna fiesta, Irene había respondido:

—Ve tú; yo no voy: no me divierto.

De estas señales infería la condesa que roían a Irene la envidia y el despecho; y en vez de enojo, sentía la madre lástima infinita.

Con vida y alma se hubiese quitado, a ser posible, aquella tez de alabastro y nácar, aquellos ojos de sol, y poniéndolos en una bandeja, como los de Santa Lucía, se los hubiese ofrecido a su niña, al ídolo de toda su honrada y noble existencia.

No pudiendo regalar su beldad a Irene, pensó que resolvería el conflicto buscándole novio. Satisfecha con el amor de su esposo, pudiendo ir con él a todas partes y retirada la condesa en su hogar, cesaba la tirante situación de madre e hija.

Encontrar marido para la rica Irene no era difícil, pero la condesa aspiraba a un hombre de mérito, y su instinto de madre la guió para descubrirle y para aproximarle a Irene, preparando los sucesos.

El elegido, Enrique de Acuña, era uno de los muchos admiradores y veneradores de la condesa, y puede asegurarse que influyó en él ese sentimiento que nos lleva a preferr para esposas a las hijas de las mujeres a quienes profesamos estimación altísima y a quienes no hemos amado pura y simplemente porque sabemos que no se dejarían amar.

Persuadida la condesa de que Enrique reunía prendas no comunes de talento y corazón; viéndole tan guapo, tan digno de ser querido, tan hombre y tan caballero, en suma, trabajó con inocente diplomacia y triunfó, pues no tardaron Irene y Enrique en ser amartelados prometidos.

Casáronse pronto y salieron a hacer el acostumbrado viaje de luna de miel, que fué un siglo de dolor para la condesa.

Acostumbrada a absorber su vida en la de su hija, a existir por ella y para ella solamente, ni sabía qué hacer del tiempo ni podía habituarse a no ver a Irene apenas despertaba, a no besarla dormida. Ya se sentía enferma de nostalgia cuando regresaron a Madrid los novios.

La condesa notó con alegría que su yerno le demostraba vivo cariño, gran deferencia y familiaridad como de hermano. Le consultaba todo; juntos trabajaban en el arreglo de las cuestiones de interés, y en broma solía repetir Enrique que, sólo por tener tal suegra, cien veces volvería a casarse con Irene Serená.

La satisfacción de la condesa, no obstante, duró poco, pues advirtió que, según Enrique extremaba los halagos y el afecto, Irene reincidía en la antigua sequedad y durexa y en los desplantes y murrias.

Delante de su marido conteníase, pero apenas él volvía la espalda ella daba suelta al mal humor y a la acritud de su genio.

Cierto día, saliendo la condesa a ver unos solares que deseaba adquirir, encontró en la puerta a Enrique, que se ofreció a acompañarla. A la mesa por la noche, Enrique

Al oír esto, Irene se levantó de la mesa.

habló de la excursión, y dijo, riendo, que por poco le cuesta un lance acompañar a su suegra, pues todos le decían flores, y hasta un necio la siguió, requebrándola...

—¿No sabes? — añadió Enrique, dirigiéndose a Irene. — Tuve que llamarle al orden al caballerito... Lo gracioso es que me tomó por marido de tu mamá, y yo, para hacerlo rabiar, le dije que sí lo era...

Al oír esto, Irene se levantó de la mesa, arrojando la servilleta al suelo; corriendo salió del comedor, y la oyeron cerrar con estrépito la puerta de su cuarto. Miráronse la madre y el esposo, y aquella mirada todo lo reveló: no necesitaron hablar. Enrique, ceñudo siguió a su mujer y se encerró con ella.

Al cabo de media hora vino, inmutadísimo, a decir a la condesa que Irene no quería vivir más en la casa materna, y que era tal su empeño de irse, que si no se realizaba la separación, amenazaba con hacer «cualquier disparate».

—Pero tranquilícese usted — añadió, en amargo tono de reconcentrada cólera: — he sabido imponerme y la he tratado con severidad, porque lo merece su locura.

Y como la condesa, más pálida que un difunto, se apoyase en un mueble para no caer, exclamó Enrique:

—¡Señora, el carácter de su hija de usted preveo que nos costará muchas penas a todos!...

Estas interioridades se supieron, según costumbre, por los criados, que las cazaron al vuelo entre cortinas y puertas; y ellos los enemigos domésticos, fueron también los que divulgaron que el día del disgusto, la señora condesa se acostó dolorida y preocupada, y no se fijó en que quedaba luz ardiendo cerca de las cortinas; de modo que a medianoche despertó envuelta en llamas, y aunque pudo evitar la desgracia mayor de perder la vida no evitó que la cara padeciese quemaduras terribles.

Con el susto y la impresión y la asistencia, Irene olvidó su enfado, y desde aquel día vivieron en paz: el señorito Enrique, muy metido en sí, la señora cada vez más retirada del mundo, pensando sólo en cuidar a los niños que fueron naciendo a la señorita.

—¿Que opina usted de las quemaduras de la condesa? — preguntó al llegar aquí el narrador.

—Que esta María Coronel vale más que la otra — respondí, inclinándome a mi vez ante la madre de Irene, la cual, sospechando que hablábamos de ella, se levantó y se retiró del paseo con sus nietecillos de la mano.

## VEINTE AÑOS EN BUSCA DE UN DATIL

"Por espacio de cerca de veinte años, el departamento de Agricultura de los Estados Unidos ha estado buscando vástagos de un dátil de gran tamaño conocido en el comercio con el nombre de Wahi. Esta variedad es considerada como la más fina de cuantas se crían en Egipto, pudiendo competir con las variedades tan renombradas Deglet Noor, de Argelia y Túnez, y con esta diferencia: que mientras que la variedad Deglet Noor produce pocos vástagos que puedan criar árboles, la variedad Wahi es prolífica a este respecto, pues echa de veinte a treinta vástagos durante el período de vida del árbol. No obstante, todos los esfuerzos que se hicieron para dar con la fuente de procedencia de dicha variedad, se habían malogrado año tras año.

El profesor Mason, del departamento de Agricultura de los Estados, fué a Dakhla (desierto Líbico) en 1913, siendo él el primer representante de dicho departamento que visitaba aquel histórico oasis de tierra adentro: llegó en la estación de la cosecha de los dátiles. Habiéndole preguntado a un jeque, que era su huésped, algo respecto de unos dátiles, pues Dokhla tiene unas 200.000 datileras, le contestó: "Este es el único artículo que podemos exportar en todos estos cinco oasis. Este dátil se empaqueta tan bien, que podemos mandarlo hasta el valle, muy lejos de aquí." El profesor Mason preguntó el nombre del dátil.

"Los del desierto lo llamamos Saidi, contestó el jeque, pero cuando estos traficantes beduinos llegan al valle con su cargamento, llaman a ese mismo dátil Wahi."

A tan amable jeque se debió el descubrimiento del verdadero nombre de esta preciosa variedad de dátil y el paradero de un cuarto de millón de árboles en las profundidades del desierto Líbico.

El profesor Mason no pudo conseguir más que 108 vástagos Saidi en su expedición de 1913. Estos, con unos cuantos que de origen desconocido había conseguido pocos años antes, eran las únicas fuentes para la introducción de la variedad en los Estados Unidos hasta la fecha de una reciente visita.

El profesor Mason salió otra vez de Nueva York, en marzo de 1920, y desembarcó en Alejandría en abril. Con un experto jardinero Egipcio de la Estación de Giza se hicieron contratas en los mejores puntos para la adquisición de 1.000 vástagos de dátiles Sewi, de más arriba de Giza, con entrega en las barracas de empaque de la estación hortícola. Otra contrata se hizo con un jeque árabe de confianza, cuya amistad había sido ganada en un viaje anterior, en el oasis de Kharga, para la adquisición de 1.000 vástagos de la variedad de Saidi, puestos en los vagones de la línea de ferrocarril de vía estrecha que corre desde el Nilo por la meseta hasta dicho oasis."

# La Actitud Humana y el Arte

Por RENE BORIAC

**Movimiento admirable que Isadora repitió varias veces ante los ases de la escultura francesa.**

El teatro de Wagner es uno de los mayores factores de renovación, no sólo escénica sino también plástica de los tiempos modernos.

En su tendencia a producir sensaciones visuales elevadas y nobles, Wagner tuvo que luchar en su teatro de Beyreusth contra los actores vulgares y desengañados, que dominaban en esos tiempos no sólo en la ópera, sino también en el otro teatro.

Sobre todo en «Parsifal», Wagner exigía tal sublimidad de expresiones, no sólo faciales sino también de los brazos el torzo y las piernas, que, a no dudarlo, sin su influencia, aún estaríamos a mitad del camino recorrido.

**Estudio de la mímica danzante Wigman-Schule.**

Es verdad que ya el teatro griego había cultivado la plástica viva; pero esas grandes tradiciones de belleza actuante, se habían perdido en la reacción anti-griega de la edad media.

A Isadora Duncan se debe mucho del grado ideal de belleza que han alcanzado últimamente los movimientos eurítmicos de la forma humana.

**Gesto grotesco de Ursula Falke.**

Ahora que las danzas rítmicas se practican en las escuelas y en que la higiene está ligada a la belleza práctica, poco nos sorprenden los grandes grupos esculturales que se exhiben en las soberbias revistas de «Folies», «Moulin» y el «Casino».

Pero, en realidad, este nuevo estado de cosas tan grato a la vista y al sentimiento estético, es la obra de tres o cuatro mujeres constantes y tenaces en el culto de la belleza del gesto humano.

En Alemania actual, este culto de la eurítmica, ha llegado a un alto grado de perfección.

**La bonita y graciosa Marion Herrmann, embeleso de Berlín, Münich y Dresden.**

**Original actitud de la señorita Falke.**

Y ya es tiempo de que aprendamos el nombre de algunas celebridads, que son en la hora actual una nota verdaderamente personal y nueva.

Una de las originalidades del estudio del gesto humano en Alemania actual, es su amplitud de miras.

Y así no sólo comprende el gesto bello, sino también lo grotesco y caricatural.

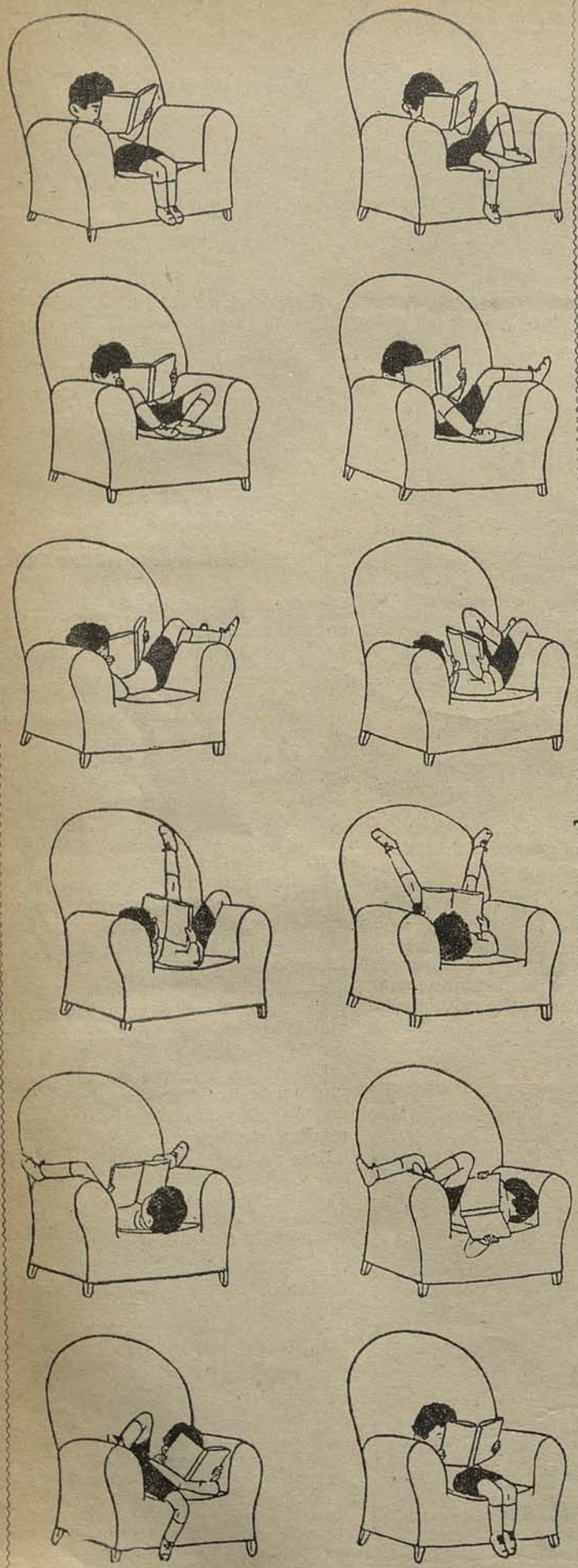
Se ha preguntado repetidas veces quién es la sucesora de Isadora Duncan.

Se han dado muchas respuestas; pero no se ha llegado a concentrar en ninguna de las estrellas actuales un número tal de sufragios que le dé derecho a esa sucesión.

¿Cuál es la actitud más difícil? ha preguntado, hace poco, a Marion Herrmann, uno de las más notables escultores de Münich.

Ella se ha quedado un rato perpleja, y, después de retirarse el dedo de la boca, ha contestado, sin palabras, de la manera siguiente:

Hela aquí:



CÓMO LEEN LOS NIÑOS, por Williams

## LOS BRILLANTES EN NORTE AMERICA

La ambición de poseer brillantes, difundida entre las damas norteamericanas, está agotando las reservas inglesas y europeas de las piedras finas, cuyo valor aumenta. En los últimos diez y ocho meses el Sindicato Anglo-Americano, que encabeza míster S. B. Joch, mandó a Estados Unidos brillantes por valor de sesenta y seis millones y medio de pesos. Los brillantes se venden en Norte América a novecientos cincuenta pesos el quilate, o sea exactamente el doble precio de veinte años atrás.

En el mes de febrero próximo pasado fueron enviados de Amsterdam a Estados Unidos catorce mil ochocientos once quilates de diamantes, y se calcula que poseen diez millones de quilates en estas piedras preciosas.

# Recuerde

**que las CANAS le quitan hermosura. Que a ellas debe esa fría expresión de vejez prematura que se nota en su rostro**

***RECUERDE***

***y NO OLVIDE***

**que para devolver a las CANAS su primitivo color — rubio, castaño o negro — no hay nada mejor que el Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA".**

**—Que "LA CARMELA" es de uso muy agradable y completamente inofensiva.**

**—Que se aplica por las mañanas, al peinarse, como una loción.**

**—Que a los pocos días de usarla Ud. verá cómo sus CANAS recobran su original color.**

**—Que no engrasa ni mancha la piel ni la ropa.**

**El Agua de Colonia Higiénica "LA CARMELA" está en venta en todas las buenas tiendas, farmacias y perfumerías.**

***De venta en todas las farmacias y perfumerías.***
***Precio del frasco: $ 18.— m/l.***

Agentes Exclusivos para Chile:

**Droguería del Pacífico S. A.**

**Suc. de DAUBE y Cía.**

VALPARAISO - SANTIAGO - CONCEPCION - ANTOFAGASTA

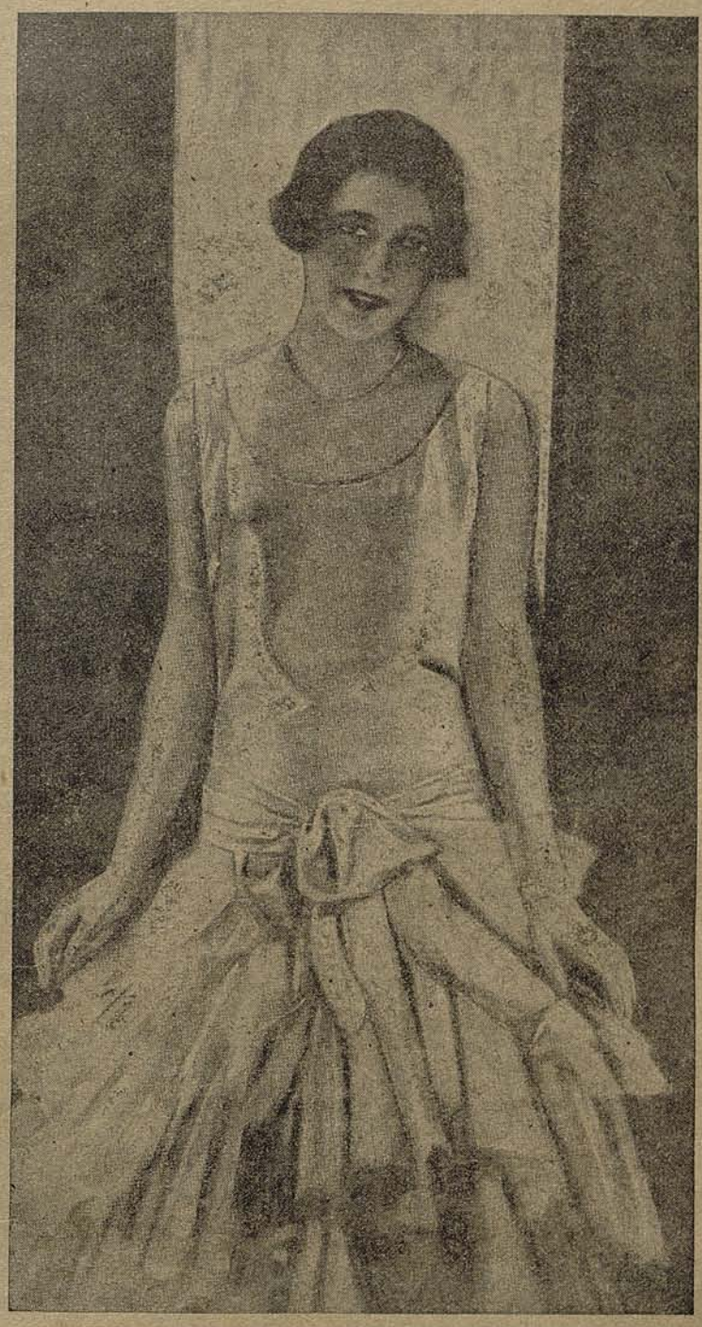
**Agua de Colonia Higiénica**

**"La Carmela"**

M. R.

# El Libro de la Vida

## Por Pierre Louys



Cuando la puerta de calle se cerró con fuerza, la pequeña Lía no supo si tenía que reír o llorar, pues ella ignoraba completamente la soledad.

Tenía doce años y nunca se había encontrado sola. Por la noche dormía en la habitación de su mamá; por la mañana trabajaba con su institutriz y de tarde se encontraba rodeada por toda su familia, pues era la joya predilecta de la casa. Con diez o doce personas siempre a su alrededor, sólo conocía la soledad como Sigfrido conocía el miedo.

Pero, así mismo, ese día permanecía sola por espacio de dos horas largas.

Su papá estaba de caza con algunos amigos; su mamá se había ido en el coche a visitar a una enferma, llevándose a la mucama; el valet, el cocinero y el pinche tenían salida aquel domingo.

Lía se había quedado, pues, bajo la custodia de su joven institutriz. Desgraciadamente, mademoiselle, como la llamaba su alumna, tuvo que salir urgentemente. Estaba la institutriz aquel día muy nerviosa y con ganas de llorar. Lía le preguntó qué pena tenía, y la señorita le contestó que no podía llevarla con ella, pero que dentro de dos horas estaría de vuelta, y que Lía le probaría su afecto quedándose quietita hasta su regreso.

Lía dijo que sí sin saber lo que prometía, pues la soledad y ella nunca se habían encontrado. La señorita abrazó con cariño a la niña, y antes de que ésta hubiese hecho el menor movimiento, cerró la puerta y se alejó con rapidez.

Melancólica, la niña se sentó suspirando profundamente. Todos la habían abandonado: sus padres y sus abuelos, los sirvientes, su institutriz, todos, ni un alma había quedado para acompañarla. Jamás había previsto Lía semejante desolación.

Se puso a recorrer los salones, las habitaciones de la casa donde había nacido; temerosa, la casa desierta parecíale misteriosa como cuando en plena noche se desvelaba.

Se sentó al piano, abrió el primer tomo de Schumann y empezó a estudiar, pero el primer acorde la hizo estremecer y cerró en seguida el piano. Después estuvo un rato revolviendo sus libros y cuadernos, pero no podía fijar su imaginación en nada.

Miró por la ventana; todo le pareció desierto, hasta la casilla del perro tomaba un aire de casa vacía. Lía escribió sobre el cristal empañado estas palabras: «¡Qué aburrida estoy!»

Pero, de repente, una idea iluminó su pequeño cerebro; la casa constaba de tres pisos; el tercero estaba ocupado por una enorme biblioteca, cuyo acceso le era totalmente prohibido.

La niña se había imaginado que dos cosas eran inaccesibles: el cielo y la biblioteca. ¿Quién le impedía, durante esa hora de libertad, hacer una incursión en la más tentadora de las cosas que no conocía?

—¿Quién se lo impedía? ¿Su conciencia? Lía tenía mucha conciencia, pero sólo para las faltas o los pecados que consideraba malos. Ya fuera en el tercer piso, como en el primero, estaba resuelta a no hacer nada malo.

Andaría con cuidado, no rompería nada, caminaría en puntas de pies, no dejaría ningún rastro de su visita secreta.

Subió temblando cada peldaño en que descansaban sus zapatitos; le causaba a la vez una impresión de temor y de interés como si hiciera un viaje de descubrimientos. Y así subió los veintiocho escalones; cuando llegó a lo alto le pareció que de allí dominaba el mundo entero. La biblioteca era muy amplia, muy profunda y muy obscura, con unos vitreaux encima de los estantes.

Una cantidad asombrosa de libros cubría las paredes de derecha e izquierda. Lía tenía pasión por los libros. ¡Qué bien podía pasar el rato con tantas historias! Pues podía leer algunas; nadie lo sabría, y, además, con eso no haría mal a nadie.

—¿Por qué se lo prohibían?

Sólo estaba indecisa sobre la elección de un volumen en medio de tantos.

— ¿Cuál leería? El más bello, y para ella el más bello era el más grande. Justamente enfrente de ella se encontraba uno gigantesco, de tapas negras con letras de oro.

Pero eso no era un libro; no se hacían libros semejantes, y Lía recordaba que cuando pequeña, para Navidad, le habían regalado una gran caja de juegos en forma de libro.

—¡Si fuera un juego!—dijo ella.

Y miró el título de letras de oro. Leyó estas extrañas palabras: «Hadiograph Hispanor.»

Conocía muy poco el latín; se puso a pensar y dijo:

—Un Hadiograph Hispanor debe ser un juego mecánico.

Sin más, abrazó el enorme libro, casi tan grande como ella, y con mucha dificultad lo retiró de su lugar; pero el peso del libro era demasiado para sus débiles bracitos, y éste cayó de canto, quedándose completamente derecho, como parado, en el suelo.

Lía respiró satisfecha, muy ufana de su fuerza y más aún de su audacia; pero no se animó a mover una carga tan pesada. Con las dos manos abrió la tapa del libro y retrocedió, temerosa. La obscuridad invadía la estancia, pues la noche había llegado; sólo un rayo de luz penetraba por una de las ventanas e iluminaba el libro.

En la primera página se veía un grabado muy antiguo: una santa española en traje de Carmelita; tenía un látigo en una mano y en la otra un corazón que manaba sangre.

Lía retrocedió aun más. Ya la penumbra había invadido la extensa biblioteca, y... sólo el fantasma de la santa, triste y pálida, iluminado de blanco, parecía moverse, agrandarse, los ojos se abrían, una brisa suave parecía hacer flotar los pliegues de su amplio vestido.

La santa movió la cabeza y habló:

«Lía».

La pobre niña, temblando de miedo, cayó de rodillas.

—Señora... — murmuró.

Luego, recordando que hay que decir «hermana» a todas las religiosas, balbuceó:

—Hermana...

La aparición le contestó:

—No temas nada.

—No tengo miedo — dijo Lía, suavemente, pálida. — Perdóname, Santa mía — agregó, cada vez más intimidada.

—Ven más cerca — dijo la Santa. — ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Tienes algo que pedirme? ¿Algo que preguntarme?

Lía cobró ánimo y dijo:

—Tendría muchas cosas que deseo saber, y usted no debe ignorarlas, ya que viene del cielo.

—Te permito me hagas tres preguntas. Te escucho y te contestaré, hija mía.

En seguida, la niña preguntó:

—¿Por qué me prohiben venir aquí?

La Santa contestó, después de breve pausa:

—Porque las vigas, las tablas, las hojas, las figuras de toda esta biblioteca, son el tronco, las ramas, las hojas y las flores del Arbol de la Ciencia del bien y del mal.

—La Ciencia del bien y del mal — repite Lía. — ¿Qué es eso?

—Es el conocimiento de la vida.

—La vida... — repitió Lía. — ¡Oh! ¿Qué será mi vida?

La Santa se estremeció imperceptiblemente.

—Esta será tu última pregunta, niña querida; piénsalo bien. ¿No prefieres hacerme cualquier otra pregunta?

Pero la niña insistió:

—No, no, es eso todo lo que quiero saber.

—Si te contesto, te arrepentirás de haberme interrogado.

Lía palideció aun más, y con voz trémula, imploró:

—¡Santa mía, respóndeme!

Entonces, la aparición levantó hasta el cielo la mano que sostenía el corazón y las gotas de sangre empezaron a caer, una a una, como lágrimas.

—Podría — dijo la Santa — abrir el libro de tu vida, pero, ¿para qué? Todas las vidas humanas están niveladas en el mismo molde, y cual fuere tu vida, será siempre la Vida. Escúchame bien, pobre niña, tú vives de ilusión y esperanza; tu ilusión se esfumará, tus esperanzas se troncharán y jamás conseguirás conservar lo que amas, poseer lo que deseas ni realizar lo que anheles. En carrera insensata perseguirás la felicidad, la verás siempre a tu alcance, pero siempre tu mano caerá en el vacío y con las rodillas en el duro suelo y la frente sobre tus rodillas, sollozando, creerás morir, y cien veces morirás con todos tus ensueños.

Un chorro de sangre cayó del corazón.

—Escúchame bien. Amarás; un sentimiento nuevo, extraño, luminoso, tierno, iluminará tu alma. Y este sentimiento, cuando más alegría te prometa, más castigará tu cuerpo y tu espíritu con una triple ponzoña de horror, de desesperación y de desaliento.

Escúchame aún. Serás madre, y entonces creerás haber encontrado el camino de la vida feliz. ¡Un hijo! ¡Tu hijo! ¡Cómo lo desearás! ¡Qué porvenir encantado soñarás para él cuando lo arrulles en tu regazo! Pero desde el día en que Dios te lo prometa, ya no dejarás de derramar lágrimas; de zozobra si está enfermo, de desconsuelo si Dios te lo vuelve a quitar.

Entonces te darás cuenta de que la desgracia sube como una marejada al asalto de la vida, y que año por año sus olas de sollozos aumentan.

El corazón continuaba sangrando abundante. La santa prosiguió:

—Debes saber que ninguno de los que amas estarán a tu cabecera el día de tu muerte. Después de haber visto morir a tus abuelos, tan buenos y tan queridos, verás expiar a tus padres, tras horrenda agonía, y los verás desaparecer encerrados en un ataúd de roble.

—¡Oh!—

Lía, espantada, lloraba, gritaba, extendía los brazos en angustiosa súplica.

—¡No, no, mi Santa, no me diga más!

Y a través de la visión imponderable sus manos extendidas tocaron el enorme libro que había permanecido parado en el suelo. Este cayó hacia atrás, produciendo un estruendo semejante al trueno; y en medio de una nube de polvo se esfumó la visión de la santa. Al mismo tiempo, la puerta de la biblioteca se abrió, y la luz penetró a raudales. Lía oyó la voz de su padre, que decía, encolerizado:

—¡Lía! ¿Es aquí dónde te encuentro?

La pobre criatura no podía contestar. Atónita ante la ira paternal, parecía presa de una especie de estupidez. Vió en esa voz brusca el principio de su desventura en la vida y en el paroxismo de la desesperación se arrojó al suelo, anegada en lágrimas.

El padre, muy asustado, la levantó, la sentó sobre sus rodillas y le preguntó dulcemente:

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué has entrado aquí? ¿Por qué esa aflicción?

Pero Lía no contestaba; ella quería morir.

*(Pasa a la pág. 22)*

**Un Remedio Inofensivo y Rápido Contra los Dolores**

FENALGINA NO DEPRIME EL CORAZON
RECETADA EN EL MUNDO ENTERO

Todos los dolores son perjudiciales. Afectan y debilitan las fuerzas físicas y el vigor mental, abatiendo el ánimo de la persona que sufre.
La FENALGINA debe tenerse siempre en la casa para tomarla en el momento que se experimente un ataque de REUMATISMO, DOLOR DE CABEZA, NEURITIS, DOLOR DE MUELAS, NEURALGIA, LUMBAGO.
Tomando una tableta de FENALGINA, en cuanto empiece a sentir dolor, impedirá usted que los dolores pequeños se conviertan en dolores mayores. La FENALGINA ofrece un alivio seguro, rápido e inofensivo contra todo dolor, tanto para los adultos como para los niños.
*Tómese según las instrucciones impresas en cada cajita.*

NO ACEPTE SUBSTITUTOS. INSISTA SIEMPRE EN QUE LE DEN

PHENALGIN
(FENALGINA)

FENALGINA M. R.: *Fenilacetamida carbo-amoniatada.*
*Se vende también en sobrecitos de 4 tabletas a $0.60 cada uno.*
Unico distribuidor: AM. FERRARIS—Casilla 29 D, Santiago de Chile

SAL DIGESTIVA
Bémecé
M. R.
Bicarbonato de Sosa, Magnesia, Carbonato de Cal

ESPECIFICO DE LAS ENFERMEDADES del ESTOMAGO

*Ardores y Dolores de ESTOMAGO*
*Acideces — Flatulencias — Bostezos*
*Pesadez e Hinchazon de ESTOMAGO*
*Bochornos — Rojez del Rostro y*
*Somnolencia despues de las comidas*
*Dispepsias. Gastritis, Hiperacidez. etc.*

DOSIS Una cucharadita despues de cada comida

*de Venta en todas las Farmacias*

# De Gloria Swanson habla su padre

Gloria podía haber sido dactilógrafa en una de tantas oficinas, modesta dependiente de mostrador en una tienda de chucherías, quizá maestra de escuela en cualquier población rural, o abogada defensora de causas más o menos justas. Pero el Destino, que todo lo revuelve y altera, dispuso las cosas de diferente modo, y hoy Gloria, todavía entre los veinte y los treinta, es una de las actrices cinematográficas (perdóneseme la inmodestia), más conocidas del público.

Nunca tratamos de reprimir las emociones de Gloria; jamás le dijimos: «no hagas esto o aquello, o no grites tanto». Por las tardes, cuando Gloria regresaba de un paseo a caballo, y, entusiasmada por lo que había visto u oído, nos instaba para que la escuchásemos, jamás dejamos de hacerlo, con el pretexto de leer el periódico o de hacer cualquier otra cosa.

Desde muy niña, Gloria demostró estar dotada de intensa vitalidad. Siempre tenía que estar ocupada en algo; y nosotros, por nuestra parte, nunca intentamos interrumpirla. En otros términos, no nos opusimos al desarrollo de sus naturales impulsos. La guiamos, pero no la obligamos a hacer nada para lo cual ella no demostrase inclinación. Esto me induce a creer que el espíritu de iniciativa que Gloria ha demostrado desde su más tierna infancia, se debe, principalmente, a la carencia absoluta de intromisión paterna.

Gloria nació en Chicago el 27 de marzo de 1899. Aparte de las dolencias propias de la infancia, Gloria jamás ha tenido enfermedades graves. Alguien preguntará la razón de por qué a nuestra hija le pusimos Gloria. La respuesta es sencilla. Antes de nacer Gloria, convine con mi esposa en que, si nuestro futuro vástago era varón, mi esposa escogería el nombre que habría de llevar, y si era hembra yo la bautizaría. Recuerdo que la semana en que nació Gloria era la de Pascua de Resurrección, y yo acababa de leer la novela «The Christian», en la cual la heroína se llamaba Gloria Quail. Nada más lógico pues, que me decidiese a poner a nuestra hija el nombre de Gloria; y estoy muy satisfecho con la elección, aunque no haya sido más que para sugerir un nombre a los agentes de publicidad, quienes se han empeñado en llamar a mi hija «Gloria la Gloriosa».

Hace muchos años que pertenezco al ejército de los Estados Unidos, y las exigencias de mi profesión me obligaron a frecuentes cambios de población, en los cuales mi hija me acompañaba invariablemente. No hay duda que estos viajes contribuyeron a formar el carácter de la chica.

Del cuartel general de la división fuí trasladado a Fort Meyers, en el Estado de Virginia, en donde Gloria jugaba con los hijos de los oficiales de más alto rango del ejército, que tenían su residencia en Washington, pues Fort Meyers está a corta distancia de la capital. De allí fuí trasladado a Key West, y más tarde a Puerto Rico. A la edad de ocho años, cuando estábamos en Cayo Hueso, o Key West, Gloria comenzó a montar a caballo como un consumado jinete, y a demostrar una marcada inclinación hacia todos los deportes al aire libre.

La mayoría de los padres, en igualdad de circunstancias, habrían tratado de poner freno a las inclinaciones masculinas de sus hijas; pero como Gloria estaba dotada de un cuerpo robusto, constitución sana y desprovista de miedo, no me opuse a sus aficiones y caprichos.

Gloria poseía y aún posee una voz dulcísima. A la edad de siete años, el empresario de un teatro de Cayo Hueso oyó cantar a mi hija, y, entusiasmado con su voz, me propuso que permitiese a Gloria cantar en su teatro para llenar un número del programa. Gloria cantó sin el menor asombro de miedo, causando admiración en el público.

Como he dicho antes, de Cayo Hueso fuí trasladado a San Juan de Puerto Rico, siendo en la bellísima Borinquen, en sus bosques espesos, sus gloriosas puestas de sol, donde Gloria adquirió el gusto de lo bello y lo que la indujo años más tarde, a preferir el clima apacible y sereno de California a las nieves y cielos grises de las ciudades nórdicas, donde naciera. Aunque Gloria a la sazón no tenía más que trece años de edad, sus pretendientes eran numerosos entre los oficiales jóvenes de la guarnición; pero Gloria, aunque los trataba a todos con amabilidad, no se decidía a dar esperanzas a ninguno.

Fué en Puerto Rico, en el Teatro Municipal de San Juan, donde Gloria apareció por primera vez en las tablas de un teatro, interpretando un papel central en el drama «La Duquesa Americana». El teatro ha sido siempre mi espectáculo favorito. Las funciones de aficionados me agradan aún más que las de actores profesionales. Gloria esperaba en su camerino la hora de salir a escena, y yo tenía oportunidad de estudiar sus emociones. Gloria se sentía orgullosa de tener pintada en la puerta del camerino la estrella que designaba su calidad en la compañía de aficionados. La función dió principio a la hora señalada, y mi hija puso los pies en las tablas de un teatro por la primera vez en su vida, con el mismo aplomo y dominio de sí misma que si hubiese sido una actriz consumada. Cuando entró en el camerino recuerdo que me dijo: «Papá, estoy tan contenta, que me gustaría repetir mi papel ahora mismo». Aquel día me entró la convicción de que Gloria, aunque hasta entonces no había declarado sus intenciones o sus gustos por determinada profesión, cuando lo hicie-

se, se decidiría por ser actriz, dada su afición a la escena. Sin embargo, esta oportunidad no se presentó hasta después de algunos años. Las exigencias de mi profesión militar me llevaron nuevamente a Fort Meyers, en Virginia, y, al cabo de algún tiempo, a Nueva York. En Washington y en Nueva York, Gloria tuvo oportunidad de frecuentar los mejores círculos, como corresponde a la hija de un oficial del ejército norteamericano. Recuerdo que mis amigos y relacionados solían llamar a Gloria la «Reina de Cuba», debido sin duda al araigo que tomaron en ella las costumbres de las bellas islas del Caribe. Gloria además de hablar perfectamente el idioma de Cuba y Puerto Rico, se sabía de memoria sus sentimentales canciones.

«¿Dónde tomó Gloria la afición y el buen gusto por los trajes?», algunas personas amigas me han preguntado con frecuencia.

El vestir bien fué una verdadera pasión de mi hija, desde su infancia. Recuerdo que cuando niña lo que más la deleitaba era vestirse de jovencita, poniéndose los trajes de mi esposa, revolviendo el ropero en busca de vestidos viejos con que acicalarse, y adornándolos con pedazos de cintas de diferentes colores. Gloria ama los trajes elegantes como otras mujeres las joyas, los automóviles o los yates. Aún hoy, cuando sus quehaceres en el estudio cinematográfico se lo permiten, Gloria se dedica a crear los dibujos de los trajes que ha de lucir en futuras películas. Por ejemplo, los esplendorosos trajes que lució en las películas «The Imposible Mrs Belle» y «Her Gilden Gage» (Su jaula dorada), y que tanto llamaron la atención del público, fueron de su propia creación.

Gloria viste como es debido, porque tiene un gusto excelente en el vestir. Ha hecho un verdadero estudio del arte suntuario, y tiene especial cuidado de no cometer esos errores tan frecuentes que destruyen el encanto del traje más costoso. Algunas hijas de Eva se preocupan demasiado de lo que llevan otras mujeres, y, al contrario, jamás se preocupan de lo que otras mujeres hacen. Gloria se viste a su manera, sin que la cause ningún quebranto de cabeza el temor de no ir vestida a la última moda. La originalidad en el vestir, como en todas las demás cosas, es precisamente lo que revela la individualidad perfecta.

En una ocasión en que el gobierno me dió el traslado a las Filipinas, mi hija no me siguió al archipiélago. Gloria se había decidido, por fin, a ingresar en el teatro cinemático, en cuya decisión no tuve arte ni parte, cumpliendo en esto, como en otras cosas, su libérrima voluntad. Además, mi hija había entrado ya a la mayor edad y el destino estaba en sus propias manos.

Cuando regresé de las Filipinas, Gloria andaba ya muy cerca de las regiones estelares. El nombre de Gloria Swanson comenzaba a aparecer ya entre los de las grandes figuras del arte cinematográfico.

Lo único de su profesión que a veces me preocupa es el exceso de trabajo que mi hija tiene que soportar. La generalidad del público que asiste a las proyecciones cinematográficas en su teatro predilecto, está muy lejos de darse cuenta de que la vida de las «estrellas» no es la descansada que generalmente se supone.

JOSEPH SWANSON,
capitán del Ejército
Norteamericano.


# NO TEMA LOS DOLORES DIGESTIVOS

Tome Ud. «Magnesia Bisurada» y poco le costará olvidar que jamás haya sufrido del estómago. La «Magnesia Bisurada» le asegura que gozará Ud. de una digestión normal y sin dolor, neutralizando casi instantáneamente el exceso de acidez estomacal que casi siempre es la causa de los dolores de estómago. No se repetirán las sensaciones agrias, pesadez, acedías, ni flatulencias, etc., etc., provisto que tome Ud. media cucharadita de las de café de «Magnesia Bisurada» (M. R.), después de cada comida. Se halla de venta en todas las farmacias. Se garantiza completa satisfacción o se devuelve su importe.

Base: Magnesia y Bismuto.

*Un producto recomendado por sus propios consumidores, que no debe faltar en su tocador.*

*De uso indispensable en todos los hogares.*

*Exija la marca de "ROSS"*

THE SYDNEY ROSS Co.,
NEWARK. N. J.


## CURIOSIDADES

Los científicos proponen, actualmente, el uso de los gases asfixiantes para matar mosquitos.

Los pasajeros de los aviones que hacen servicio aéreo entre Paris y Londres pueden salvarse por las proyecciones cinematográficas que se les presenta en ruta. Un pequeño proyector que se coloca en el interior del avión, traslada a la pantalla las advertencias del piloto en caso de peligro.

Los mejores pisos para habitaciones se hacen en Rusia.

## ¿PUEDEN PREDECIRSE LOS TERREMOTOS?

"Hay sabios que pretenden poder predecir las fechas y lugares de los terremotos. Una de las teorías más modernas sobre tal asunto pertenece a un astrónomo del Instituto Tecnológico "Carnegie", quien, a semejanza de quienes han pensado antes que él en la predicción de esos fenómenos, no nos dice la certeza que su descubrimiento puede tener.

Siendo los terremotos fenómenos que no ocurren en periodos de tiempo regulares, es mucho más práctico y más útil tener reglas para construir edificios a prueba de sus efectos que el no saber las fechas probables en las que deban esperarse. Más importancia tiene para los ingenieros saber construir columnas y muros que resistan los efectos de los grandes sismos, que el saber que un terremoto se verifica en Nochebuena o en Año Nuevo.

Aun pudiendo predecir con exactitud las fechas de los terremotos y otros fenómenos naturales, como son los maremotos y los huracanes, ningún valor práctico pueden tener esas predicciones, puesto que los preparativos para resistir esos fenómenos no pueden improvisarse de un día para otro y la predicción sola de las fechas en que se realizarán no puede salvar de sus efectos destructores sobre lo que no está construído para resistirlos.

Desgraciadamente, los pueblos no cobran experiencia con las desgracias ocurridas por los fenómenos naturales, y así vemos pueblos levantados en las faldas de los volcanes que vomitan mares de lava, construcciones ligeras en zonas fuertemente sacudidas por terremotos, y edificios construídos en las trayectorias de huracanes y tornados enteramente inadecuados para resistir los azotes de las rachas."


ACEITE BETUS

Bordeaux-France

PURO de OLIVA

# Es fácil conservar la juventud

Por ENRIQUE VERRIER

En el otoño de la vida, los músculos de la cara descienden y transforman la fisonomía.

*El viejo anhelo de Fausto parece que lleva camino de realizarse. Dentro de poco podrá uno, cuando lo necesite y cuando lo quiera, transformarse en un pimpollo de diez y siete años, así tenga más que Matusalén, y con la ventaja de que para eso no será preciso firmar — como el pobre «Doctor Fausto» — ningún comprometedor trato con el Diablo. Bastará o bien ponerse en las manos de Voronoff, o bien someterse a los cuidados de la «Cirugía estética».*

*¿Qué es la Cirugía estética? Un distinguido médico barcelonés, el doctor Verrier, lo explica en el artículo que sigue*

## DESPUES DE LA GUERRA...

Entre las consecuencias de la Gran Guerra, una de las más imprevistas ha sido seguramente la aparición de la Cirugía estética, o, hablando más exactamente, de la Cirugía del rejuvenecimiento. Actualmente, tanto en París como en Londres, Nueva York y Berlín, la mujer que se precia de elegante no permite que el Tiempo estampe su garra en su rostro, y cuando las cremas y el masaje no bastan ya para conservarle el esplendor de la juventud, pide al cirujano repare de los años el ultraje «reparable».

## ¿HACE JOVEN LA CIRUGIA?

La Cirugía estética no devuelve la verdadera juventud, ¿pero quién puede decir que el rejuvenecimiento de los rasgos no contribuye al rejuvecimiento del corazón?; y, ¿quién osaría afirmar que los cuidados de la cara no van acompañados forzosamente de los cuidados de la higiene general? La mujer que vela por conservar la frescura de su rostro, se preocupa también de su alimentación para evitar un adelgazamiento o un aumento de peso exagerado, hace ejercicio para prevenir el entumecimiento de su cuerpo, cuida su piel para conservarla al abrigo de las pequeñas infecciones. Animada por la apariencia juvenil de su rostro, se esfuerza por conservar la gracia de sus formas, y así, indirectamente, la Cirugía estética le proporciona un rejuvenecimiento real que se traducirá más tarde en una vejez tardía y prolongada.

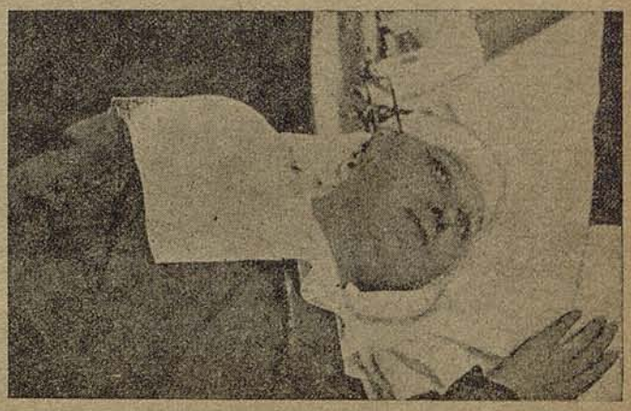
Una hora después, la operación ha terminado. Sólo falta hacer desaparecer la cicatriz.

## LA BASE CIENTIFICA

Tampoco es una Cirugía de engaño, porque reposa sobre una base científica verdadera y, cuando se realiza como conviene, da resultados absolutamente ciertos, satisfactorios y duraderos. Actualmente, la Cirugía de las arrugas está reglamentada y se puede afirmar que situándose en condiciones apropiadas, la operación debe dar un resultado constante, conocido de antemano matemáticamente.

## POR QUE Y COMO SE DEVUELVE LA JUVENTUD

La base en que reposa esta Cirugía es la de la Cirugía en general; esto es, la Anatomía. El estudio de la lesión indica el medio de suprimirla. Cuando se conoce la causa de las manifestaciones exteriores de la vejez, es fácil deducir el tratamiento. Algunas palabras de Anatomía general lo harán comprender.



La paciente no sufre nada. Piensa solamente en el elixir de la juventud que el doctor infiltra en su rostro.

El cuerpo humano puede dividirse en dos capas superpuestas, una capa profunda, en la cual están situados los principales órganos de la locomoción, y una capa superficial que sirve de protección al organismo.

La segunda capa, o capa superficial, está formada por la piel, forrada de un tejido más o menos espeso, fácilmente distensible, llamado tejido celular subcutáneo. Las mallas de este tejido están llenas de grasa, cuyo volumen es variable, según los individuos, según la edad y según la región del cuerpo. Mientras el tejido celular del cuero cabelludo contiene muy poca, el de la pared abdominal puede tener un espesor de seis a siete centímetros. Su importancia se acrecienta desde la juventud hasta la edad madura; después disminuye. La acumulación de grasa al aumentar el peso del tejido celular distiende las mallas y provoca el deslizamiento sobre la aponeurosa superficial. El hombre grueso tiene doble barba, no porque la grasa se haya acumulado en su barba, sino porque sus mejillas, que han aumentado de peso, se han deslizado sobre la mucosa de la boca y han descendido más abajo de la mandíbula. Cuando adelgaza, estos tejidos no se retractan y, en lugar de la doble barba, tie-

Quince días después de la operación, la que había comenzado a envejecer, queda hecha una verdadera jovencita.

ne los carrillos flácidos y colgantes. Por la misma razón, el pliegue que va desde el ala de la nariz a la comisura de los labios, se acentúa y forma una prominencia.

Así, la causa de las manifestaciones exteriores más características de la vejez es el deslizamiento de la capa superficial del cuerpo sobre la capa profunda bajo la influencia de las variaciones de la masa grasosa que llena las mallas del tejido celular subcutáneo.

La primera regla de la Cirugía estética debe ser, pues, restituir a su sitio el tejido celular subcutáneo y fijarlo sólidamente.

La segunda regla es evitar que la cicatriz de esta pequeña operación sea visible. Se puede disimular haciendo la incisión en un punto oculto, en el límite del cuero cabelludo para la supresión de las arrugas, en el sobaco, para la corrección de la caída de los senos. Pero es mejor hacerla completamente invisible. Se obtiene cuidando de que los dos labios de la herida cutánea queden exactamente enlazados entre sí, qué no haya entre ellos la menor fisura y que no se ejerza entre ellos la menor tracción. Este resultado sólo puede alcanzarse si la corrección de las arrugas se hace, no por tracción de la piel, sino por tracción sobre los tejidos celulares subcutáneos, esto es, observando la primera regla.

Practicada con arreglo a estos principios, la operación es lógica. Se dirige directamente a la lesión que determina las manifestaciones exteriores de la vejez. No es posible que no dé un resultado excelente y duradero.

Por esto, la Cirugía del rejuvenecimiento constituye un progreso real en el dominio de la técnica quirúrgica.

Como, por otra parte, tiende a aligerar una de las cargas más pesadas e inevitables de la vida, la vejez, con todos sus achaques, constituye también un verdadero progreso social y está llamada a tener el más legítimo éxito.

(De la página 18)

## EL LIBRO DE LA VIDA

Lloró durante una hora sin poder explicar su pena. Lloraba sin consuelo, con la cabeza apoyada en el hombro de su padre, quien la arrullaba dulcemente. De pronto, le confió lo que le había dicho la santa; hablaba con una voz trémula, monótona, desesperada, parecida a esa voz que tienen los que van a morir y, pronuncian las postreras palabras.

El padre la escuchaba, queriendo ocultar su emoción, pero, a pesar de los esfuerzos de su voluntad, no pudo impedir que se le llenaran los ojos de lágrimas cuando la niña terminó su relato.

Entonces la abrazó con frenesí; sus dos manos envolvían la cabecita rubia, bañada en lágrimas, y le dijo, con cariño:

—¡Hijita mía! ¡Hijita mía! Consuélate. He aquí lo que pasa a las chicas desobedientes; leen sobre la vida ciertas cosas que deberían ignorar...

Y agregó, con cierta vacilación en la voz:

—Y cosas que no son ciertas.

Lía levantó la vista y preguntó:

—¿Qué no son ciertas? ¿Cómo? ¿No son ciertas? ¿Lo que me dijo la Santa no es verdad?

—La santa ha querido castigar tu desobediencia; pero la vida, hija mía, es todo lo contrario de lo que te ha dicho. La vida es bella. La vida es dulce. La vida es buena. Todo en ella es felicidad y alegría.

Y de nuevo, el padre se esforzó en sonreír... La niña lo miró fijamente y él la estrechó contra su pecho, temblando de emoción.

## LOS PRIMEROS BARBEROS FUERON ROMANOS

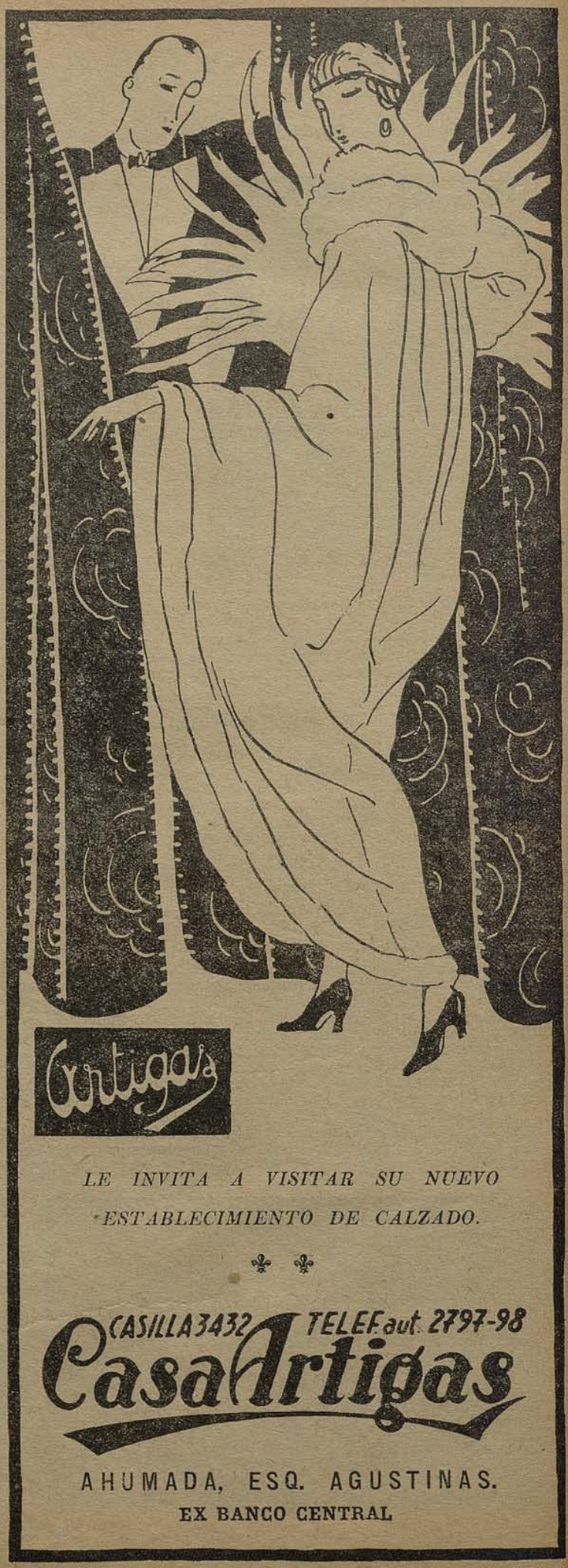
"Roma tuvo los primeros barberos del mundo, tres siglos después de haber sido fundada la gran capital de las siete colinas. En un principio, el afeitarse era un privilegio especial concedido por los emperadores y que fué interrumpido por el emperador Adriano, el cual, a causa de unas cicatrices que le desfiguraban la cara, comenzó a dejarse crecer la barba y estableció el uso de la barba como moda universal.

Muchos años después, los barberos de Roma se dedicaron a otros varios oficios: usaban como emblema una bacía toscamente pintada, con un brazo y una pierna que tenían las venas abiertas y presentaban sanguijuelas en las incisiones.

"Aquí se extrae sangre", decía un letrero pintado junto a los ensangrentados miembros.

Para afeitar a los parroquianes con una mayor comodidad y perfección, introducíanle en la boca una hoja de madera que servía para hacer más dura la piel. El barbero romano, además, había de poseer, para obtener su título, conocimientos especiales que de ningún modo se exigen al barbero moderno.

Andando el tiempo, se estableció, por medio de los "Estatutos de la Venerable Compañía y Universidad de los barberos de Stufaroli", que nadie pudiese ejercer el arte del afeitado si antes no poseía un exacto y preciso conocimiento de todas las venas del cuerpo humano, y ello con objeto de que pudiera sangrar o aplicar sanguijuelas, ventosas, cauterios o las restantes especies de remedios que la remota ciencia quirúrgica de aquellos tiempos aconsejan.»



# ARLEQUIN

Por UGY MARIO

I

«Con toda mi alma acepto su invitación, querida tía; pero le advierto que no iré muy elegante, pues sólo tengo un mal traje de arlequín de seda paja, verde y malva, bastante deslucido. Usted me perdonará que no compre otro, ¿verdad?

Llegaré en el tren de las seis, el mismo día de la fiesta. ¡Ojalá encuentre en el baile alguna distracción! En todas partes me aburro. Tengo muchas ganas de volver a mis viajes.

Reciba, querida tía, un cariñoso abrazo. MAX».

Después de haber garrapateado estas líneas en una tarjeta, el joven y valiente explorador Max Pellquer sacó de una caja el famoso traje.

No estaba deslucido del todo el «arlequín» malva, paja y verde. Era, por el contrario, muy bonito con su gorguera de muselina vaporosa y sus enormes botones de estrás, y afortunadamente no le faltaba ninguna prenda complementaria.

¡Perfectamente! — murmuró el joven. — No me creía tan rico.

Ocho días después Max ayudaba a su tía a hacer los honores en los salones del palacio de la Prefectura de L...

Alborozado, admiraba las siluetas de las más bonitas mujeres de la ciudad: disfraces de marquesas, doncellas, «pierrots», demonios, bufones, payasos, odaliscas y bailarinas pasaban ante sus ojos maravillados. Detrás de los antifaces de terciopelo centellaban ojos azules o negros. Hermosos hombros emergían de los escotes; nucas deliciosas, veladas por una sutil capa de polvos, parecían blancas como la nieve, aterciopeladas. Verdaderamente era soberbio el espectaculo y nunca hubiese supuesto Max que pudiera haber tantas criaturas encantadoras en una ciudad tan pequeña.

A pesar de que acababa de pasarse dos años viajando por la India, se acordó de que había sido un elegante bailarín y se lanzó locamente en el torbellino.

Al terminar el tercer vals quedó deslumbrado.

Gentilmente apoyada en el brazo de un brillante mosquetero, estaba mirándole una «arlequina», cuyos hombros, de línea impecable, eran de blancura resplandeciente, a pesar de que no llevaban, como bien se veía, ni afeite ni polvos. ¿Era juguete de un sueño? No, estaba muy despierto. Se sentía muy alegre y jovial. No se engañaba: aquella «arlequina» vestía un traje verde, malva y paja, igual al suyo.

Fué hacia ella.

—Señora o señorita, ¿quiere usted reservarme?...

—En un baile de máscaras hay que tutearse — interrumpió ella con voz fingida, irguiendo su talle grácil y apoyando en la cadera derecha su mano finamente enguantada.

—Perdona... Se me olvidaba. ¿Quieres bailar?

—Con mucho gusto: para eso he venido.

—Te advierto que soy incansable.

—Acaso no tanto como yo. Los valses siempre me parecen cortos.

—Vamos, pues.

Después de saludar al mosquetero con un gracioso movimiento de cabeza acompañado de otro del abanico, se lanzó, viva y ligera, en los brazos de Max.

Al cabo de cinco minutos ya charlaban como amigos de toda la vida.

—Debes de tener una cara encantadora.

—Dicen que no está mal.

—¿Podré verla pronto?

—¡Claro! Ya está convenido que se quiten las caretas a la hora de la cena.

—¡Ah!

—¿Suspiras?

—Sí. Estoy trastornado por tu voz tan dulce, tu perfume, tu...

—¡Chist! Nada de flirteo...

Y, escapando de los brazos de Max, se perdió en la barahunda del baile.

*—Perdona... Se me olvidaba. ¿Quieres bailar?*

II

Bajo el resplandor de las arañas de bronce y de cristal, suntuosamente servida y adornada, la mesa aguardaba a los convidados. A la tía de Max, la señora de Renouard, no le gustaban las mesas pequeñas porque, además de favorecer demasiado las intimidades, perjudican la conversación general y son, a menudo, origen de amoríos peligrosos.

Max buscaba por todas partes a su «arlequina», sin saber por dónde había desaparecido. Poco a poco las parejas se iban colocando a la mesa. No queriendo decidirse a ocupar un sitio cualquiera que seguramente le privaría de la vecindad de su seductora y nueva amiga, el joven recorrió, inquieto y nervioso, los salones desiertos. Todo fué en vano: la «arlequina» no aparecía.

—¿Qué buscas, hermoso Arlequín? — le preguntó una voz fresca y pura.

—A mi Arlequina. ¿Sabes tú dónde está?

—Yo la he visto contigo hace poco. Se habrá marchado, probablemente. ¿Puedo yo substituirla?

—¡No!

¡Oh! ¡Qué poco galante eres, Arlequín!

Max, con el corazón oprimido, se acercó a su tía para preguntarle:

—¿Podría usted decirme qué ha sido de aquella graciosa máscara cuyo traje...

—...se parece tanto al tuyo?...

—Luego te lo diré. Por ahora, cena y tranquilízate.

¡Cenar!... ¡Tranquilizarse! ¡Imposible!... Los ojos azules, tan dulces, que había visto detrás del antifaz los tenía aún presentes.

En cuanto hubo terminado la cena, Max insistió:

—Tía, se lo suplico, ¿qué ha sido de ella?

—¡Caramba! ¡Qué de prisa vas! ¿Estás ya enamorado?

—No lo creo; pero no puedo ocultar cierta curiosidad llena de simpatía.

—Te apruebo, hijo mío. Hasta me alegro del interés que demuestras por mi joven amiga. Puedo darte todos los detalles que desees. Es la viuda del comandante Maigrey. Tiene veinticuatro años y una bonita fortuna; es adorablemente bella, instruída, sencilla y buena. Mi sueño sería que os casarais. Pero...

—¿Hay un pero?

—Sí, una niña. — Lo de viuda poco me importaba. Pero tener que adoptar a una niña...

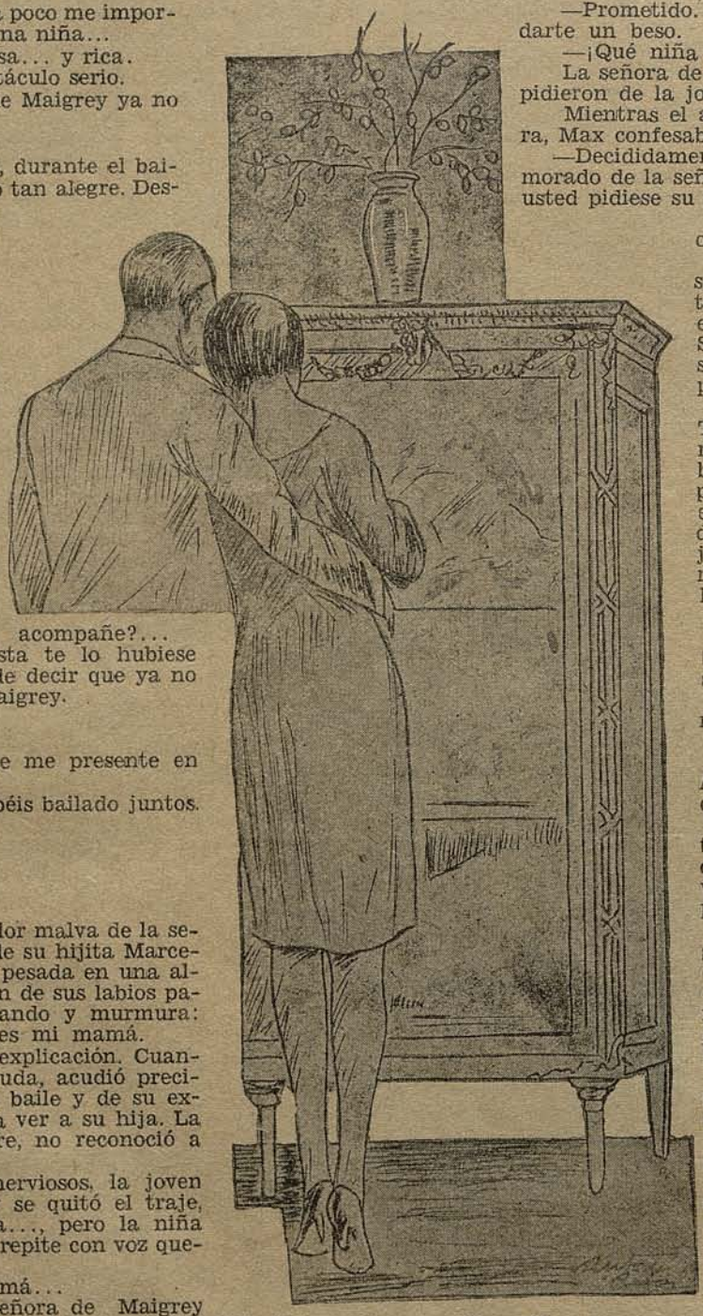
—La niña también es preciosa... y rica.

—A pesar de todo, es un obstáculo serio.

—¿De modo que la señora de Maigrey ya no te interesa?

—Mucho menos que antes.

—Lo siento, pues esta noche, durante el baile, era feliz. Nunca la había visto tan alegre. Desde que enviudó, está retirada de la vida de sociedad, dedicándose únicamente a su hija. Mi baile era su primera salida. Es de creer que una fatalidad se cierne sobre ella. En el preciso momento en que me confesaba que se estaba divirtiendo locamente, vinieron a llamarla con toda urgencia porque su adorada hijita se había puesto repentinamente enferma.



—¡Pobre señora!

—Puedes compadecerla, pues lo merece por todos conceptos, por lo desgraciada que fué con el viejo de su marido. Mañana iré a saber cómo sigue la niña.

—¿Me permitirá que la acompañe?...

—¡No faltaba más!... Hasta te lo hubiese pedido, a no ser que acabadas de decir que ya no te interesaba la señora de Maigrey.

—Ya que sufre y llora...

—Tienes buen corazón.

—¿No parecerá indiscreto que me presente en su casa?

—Conmigo, no. Además, habéis bailado juntos.

—Hasta mañana, pues.

—Sí, hasta mañana.

III

En la gran habitación de color malva de la señora de Maigrey está la cama de su hijita Marcela. La niña descansa su cabeza pesada en una almohada bordada. A veces brotan de sus labios palabras incoherentes. Está delirando y murmura:

—No, no: ese muñeco no es mi mamá.

Estas palabras tienen una explicación. Cuando avisaron ayer a la joven viuda, acudió precipitadamente y, olvidándose del baile y de su extraño atavío, entró, presurosa, a ver a su hija. La niña, devorada ya por la fiebre, no reconoció a su madre.

Entonces, con ademanes nerviosos, la joven señora desgarró su gorguera y se quitó el traje, tirando furiosamente la peluca..., pero la niña ve siempre el grotesco disfraz y repite con voz quejumbrosa:

—Ese muñeco no es mi mamá...

Con cara cadavérica, la señora de Maigrey vierte lágrimas de sangre. Suena el timbre del recibimiento. Tras un momento de silencio entran la señora de Renouard y su sobrino. No se recibe a nadie, pero la señora de Renouard es una segunda madre para la joven viuda.

Marcela abre los ojos, reconoce a su vieja amiga y, tendiéndole las manecitas ardientes, le dice:

—He visto una gran muñeca vestida de tres colores. Me asustó, ¿sabes?...

—Sin embargo, era bonita.

—Sí, bonita, pero muy grande. Quisiera una igual, pero más pequeña.

—La tendrás mañana rica.

Silenciosamente, Max contempla a la niña.

El doctor ha dicho: «¡Meningitis!»..., palabra que a los ojos del joven, conmovido, evoca la imagen de una inmensa catástrofe... Las lágrimas surcan sus mejillas. Sin decir una palabra, sale...

Una hora después, cuando, no pudiendo explicarse la ausencia de su sobrino, la señora de Renouard se decidía a retirarse, oyóse la voz de Max:

—Aquí está el arlequín. Ya lo traigo...

La pequeña dió un grito de alegría y estrechó en sus brazos temblorosos la muñeca inerte...

—Estáte quietecita, Marcela. Déjate cuidar. Y cuando estés buena, me vestiré de arlequín yo también para que te rías...

—¿Tú también tienes un traje de muñeca?...

—¡Ya lo creo! Un soberbio disfraz.

—¿Te lo prondrás mañana, cuando vengas a verme?

—Prometido. — Eres muy amable. Quiero darte un beso.

—¡Qué niña más rica!

La señora de Renouard y su sobrino se despidieron de la joven viuda.

Mientras el auto los llevaba a la Prefectura, Max confesaba a su tía:

—Decididamente, estoy completamente enamorado de la señora de Maigrey y desearía que usted pidiese su mano para mí.

—Así, la niña ¿ya no es un obstáculo?

—¡Oh, no! ¡Es tan graciosa y tan dulce! ¡Se parece tanto a su madre! Es para mí un encanto, un atractivo más. Sueño con pasearla, mimarla, sentarla en mis rodillas, ser su padre...

—Ese sueño se realizará. Tenlo por seguro. Antes de nuestro baile había hecho hablar a la hermosa viuda y me parece que no dudará mucho en aceptar un segundo marido... Le había ofrecido el traje de arlequín que llevaba para que pudiera, sin quererlo y hasta sin saberlo, interesarte.

—¿Cómo conocía usted?...

—¿...los colores de tu disfraz?... Pues por su tarjeta de aceptación, querido sobrino.

—¡Oh, perspicacia femenina!

—¿Querrás quejarte?

—No, a condición de que Arlequín se case con su Arlequina.

—Se casará, te lo prometo... En cuanto a la fantasía de disfrazarte mañana, para la visita, supongo que la dejarás por loca.

—No, tía, no. Debajo de un gabán largo o un guardapolvo cualquiera, el traje desaparecerá por completo... Por lo demás, el auto está cerrado. La peluca me la pondré cuando llegue allí.

—Haz lo que quieras, amigo mío. Se me antoja que quizás haces mal.

—Se lo he prometido a la niña.

Al día siguiente, cuando la señora de Renouard y Max llegaron a casa de la joven viuda, acudió, bañada en lágrimas, a recibirlos a la puerta de la habitación. Max se precipitó

—¡Arlequín! — murmuró la pequeña... Y con una graciosa sonrisa cerró sus grandes ojos azules color de cielo, durmiéndose para la eternidad.

. . . . . .

Entre las flores y las coronas que adornaron su fúnebre y lindo lecho, la niña se llevó la muñeca al cementerio.

. . . . . .

Un año después se celebraba la boda de Max y la encantadora viuda.

En recuerdo del querido angelito que voló, tienen cerca de ellos, en una elegante vitrina, el traje color malva, paja y verde...

Y ese Arlequín diluye un poco de melancolía sobre la alegre embriaguez de los esposos.

Que siempre hay algunas lágrimas en el fondo de toda felicidad. — UGY MARIO

# UN PRIMER ESTRENO

## Por MAX Y ALEX FISCHER

—*Estabais apoyada en el piano, en vuestro piano...*

I

Por correo recibió Juan Fardot una carta de Samson, el director del "Fantasías". La comedia que hacía siete años entregó, iba, por fin, a ponerse en ensayo.

Ante la mesa de trabajo, Fardot repasaba el ejemplar de "El Engranaje". Su mujer se recostó en sus espaldas.

—En tu alegría, esta mañana me has prometido, Juan, que ibas a obsequiarme con el piano que hace tanto tiempo deseo; pero ¿te has acordado de que el casero nos reclama sin cesar cuatrocientos francos de los dos alquileres vencidos?

—Te ruego, Juana, que me dejes trabajar.

Tres minutos después, la señora Fardot rompió nuevamente el silencio:

—Pienso, Juan, en que también es preciso pagar doscientos ochenta francos al sastre.

Las muestras de fastidio que dió Juan, interrumpido nuevamente en su tarea, obligaron a su mujer a retirarse a la habitación próxima. Sin embargo, y con pequeños intervalos, fué haciendo constar que debían ciento cincuenta francos a un tapicero, y además trescientos veinte francos a una costurera y también ochenta francos a un dentista, así como ciento dieciocho francos al pastelero.

Juan se enfadó.

—¡Supongamos que hemos contraído deudas por mil francos, por diez mil! "El engranaje" no me dará nunca esa cantidad, sobre todo si tú me impides repasarla. Por lo tanto, resígnate, renuncia a tu piano... ¡Tu piano!... ¡Tu piano!... ¡También yo he dicho que quería hacer un viaje a Suiza! ¡Llevamos ocho años de casados! ¿Hemos intentado el viaje de novios? Menos mal que la próxima semana ya no se nos verá en Emmenthal comiendo de postre el consabido *cruyére*.

II

Juan daba por descontado que "El engranaje" obtendría un excelente éxito. El público se apasionaría, sin duda alguna, con la conmovedora aventura de la exquisita Gisela, que, despreciando el bien parecer, abandonaba a su familia por seguir al hermoso Ludovico... ¡Ah! ¡Si Alberto Lambert, hijo, hubiera podido hacer este papel!

Por décima vez leyó las primeras frases de la gran escena del acto tercero:

Ludovico *(echándose a los pies de Gisela mientras que la obscuridad más profunda invade el salón).* — Os adoro, amada mía, os adoro.

Gisela *(temblando).*—¡Callad! Vuestras palabras me turban en extremo.

Ludovico.—En una noche como ésta nació nuestro amor. Estabais apoyada en el piano. De pronto lo abrísteis... y tocásteis una sonata de Beethoven... *(Llevándola al piano.)* Tocadla, si queréis, de nuevo... *(Gisela preludia la sonata. Ludovico la contempla. Ludovico cogiéndole las manos e interrumpiendo su acorde, con violencia).*—¡No, no, no! ¡No, Gisela! ¡Nuestra existencia no puede continuar así! Lejos de usted, lejos de ti..., de ti..., de ti... ¿Quere usted?... ¿Quieres tú?... Yo quiero llevarte conmigo... Hemos de hacer un viaje... un largo... viaje

Juan se da un golpe en la frente. Abre la puerta del comedor.

—Juana, ven un minuto, te lo ruego. He de decirte una cosa. ¿Te acuerdas de la gran escena del acto tercero?

—La sé de memoria.

—Pues creo que he descubierto un medio de satisfacer tu deseo sin gastar dinero. Creo que yo podría citar en la obra, hábilmente, sin que se advierta mucho el reclamo, el nombre...

—...¿de un constructor de pianos?... ¡Oh, querido, eres admirable!

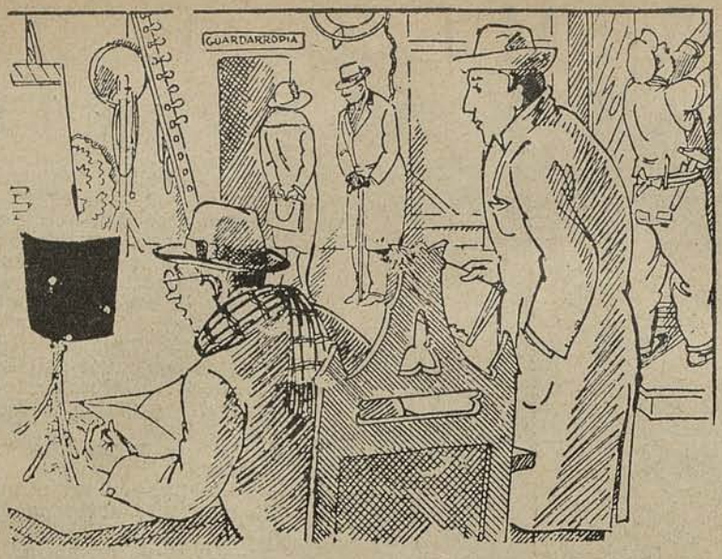
Juana se apoderó del manuscrito y después de repasar las frases de la escena séptima del acto tercero, exclamó:

—¡Tu idea no es solamente aplicable a mi piano! El viaje de Ludovico y de Gisela..., tu viaje...

Y se decidió que al día siguiente Juana haría las gestiones precisas cerca de una agencia de viajes circulares y cerca de un constructor de pianos, planteando esta sencilla cuestión: "En el caso de que se le nombrase en la obra que próximamente se va a estrenar en el *Fantasías*, ¿obsequiaría usted al autor?..."

Juan cogió una pluma y cogió la escena séptima, haciendo en ella algunas modificaciones.

Ludovico.—En una noche como ésta nació nuestro amor. Estábais apoyada en el piano, en vuestro piano, en vuestro piano Gavot. De pronto lo abrísteis... y tocásteis una sonata de Beethoven... *(Llevándola al piano.)* Tocadla de nuevo, si queréis, sobre vuestro piano Gavot... *(Gisela preludia la sonata. Ludovico la contempla. Ludovico, cogiéndole las manos e interrumpiendo su acorde, con violencia.)* ¡No, no, no! ¡No, Gisela! ¡Nuestra existencia no puede continuar así! Lejos de usted, lejos de ti... de ti... de ti... ¿Quiere usted?... ¿Quieres tú?... Yo quiero llevarte conmigo... Hemos de hacer un viaje... un largo viaje circular París - Basilea - Ginebra - Lausana, con paradas voluntarias, valedero por treinta días, todo por ciento veinticinco francos por persona, gracias a los billetes circulares que expide la "Empresa de viajes Delaroute". ¿Conoces, amada mía, adorada mía, los «Viajes Delaroute»?




*—En vuestros papeles dice "Gavot", ¿no es así?*

III

Juan leía "El engranaje" a los artistas del *Fantasías*. Iba a empezar la gran escena del acto tercero. Se preparaba un vaso de agua azucarada. Juana llegó muy sofocada. En voz baja le dijo:

—Delaroute ha contestado: «Que el autor nos cite y ya veremos después.» En cuanto a Gavot, todo es inútil. Pero me he informado y es posible que Bleyel...

—¡Ay, ay! — murmuró Juan.

Se volvió hacia sus intérpretes:

—Habíamos quedado en la escena sexta. Antes de continuar, querría hacer una ligera modificación en la escena séptima. Os ruego que vayáis revisando los papeles.

Ludovico.—En una noche como ésta nació nuestro amor. Estábais apoyada en el piano, en vuestro piano, en vuestro piano...

Juan interrumpe la lectura y pregunta:

—En vuestros papeles dice *Gavot*, ¿no es así?

—Repite dos veces:

—Dice *Gavot*, ¿no es así?

Y con toda energía añade:

—Nadie ignora que los pianos Gavot no valen nada. Escribí ese nombre al correr de la pluma. Poned Bleyel en su lugar. Y tendremos:

Ludovico.—...Estábais apoyada en el piano, en vuestro piano, en vuestro piano Bleyel... *(La lleva al piano Bleyel.)* Tocad de nuevo en vuestro piano Bleyel...

¿Qué pasó luego?

¿Comprendió Juan al día siguiente que los pianos Bleyel no eran, en definitiva, mejores que los pianos Gavot?

Durante el ensayo, se dirigió al galán joven:

—Perdone si le interrumpo, señor Stor. Me parece que os advierto cierta dificultad para pronunciar "piano Bleyel". Sí, sí. Estas sílabas, además, chocan desagradablemente: «Piano Bleyel, Piano Bleyel»... Diga, por tanto, con toda sencillez, «piano Pord».

—¿Piano Pord? ¡Sea! — asintió el señor Stor.

A petición del autor, al día siguiente, en lugar de Pord se dijo Kertz. En los siguientes días, Kertz se convirtió en Ayrard. Una esquela recibida durante el ensayo del martes pareció contrariar a Juan Fardot. Ayrard se transformó de pronto en Kreckelstein.

Cuarenta y ocho horas faltaban tan sólo para el estreno de "El engranaje". En realidad, el señor Stor, a fuerza de haber dicho sucesivamente Bleyel-Pord, Pord-Kertz, Kertz-Ayrard, no acertaba a pronunciar sin vacilaciones Krieckelstein.

El avisador dijo a Juan que el señor director deseaba hablarle.

Había experimentado numerosos contratiempos con su piano. Abrigaba algún temor. Samson había repetido a menudo que encontraba muy largo el acto tercero. ¿Iría a obligarle a cortar las frases que tanto interés tenían para él y, sobre todo, para Juana?

—Mire, amigo mío. Desde un principio he creído que su comedia es una obra maestra; ahora os acabo de conseguir lo que faltaba para que el éxito de la obra esté completamente asegurado.

—Diga, diga pronto. Mi agradecimiento... Toda la vida le estaré agradecido.

—Creo que acabo de alcanzar que Layrimard, el ilustre Layrimard, el autor de tantos éxitos, se decida a firmar vuestra obra. Puede usted gloriarse de ser un hombre de suerte. De su diez por ciento de derechos, Layrimard se conformará sólo con el ocho.

IV

"El engranaje" obtuvo un éxito positivo.

Al día siguiente del estreno, Layrimard, el ilustre Layrimard, invitó a Juan y a su esposa a comer. Se habló poco de la obra. Layrimard conocía muy por encima "El engranaje". Tenía, al mismo tiempo, otras cinco comedias en cartel. Una o dos veces dijo a Fardot con amable sonrisa:

—Estoy muy satisfecho de haberos conocido. ¡Nuestra obrita no está mal!

Iban a empezar una pava con castañas. La criada entró. Discretamente dijo a Layrimard:

—Señor, vienen de la casa Krieckelstein. Traen un piano.

—¿Un piano?

—Sí, señor, de cola.

Layrimard quiso aclarar este misterio. Salió al recibimiento. Tardó en volver. Su mujer, intrigada, pidió a los invitados permiso para levantarse de la mesa por un momento.

Desde el comedor se oía, sucesivamente, en la habitación contigua, ruido de puertas, rechinar de ruedecillas y a Layrimard que exclamaba:

—Den las gracias, de mi parte, a la casa Krieckelstein. En estas condiciones acepto con mucho gusto.

Cuando de nuevo empezaba a cortar el muslo de pava que había dejado en su plato, Layrimard se disponía a dar algunas explicaciones. Su mujer le dirigió una mirada severa:

—Vamos, vamos, Julio, no busques excusas. No hay de-

Exija películas de esta marca
Paramount Pictures
Son las mejores del mundo

SECCION ESPECIAL
AJUARES PARA NOVIAS
CONFECCIONES SOBRE MEDIDA
El Pumassa & Cía
CLARA 270 SANTIAGO
FABRICANTES EN
LENCERIA FINA
MANTELERIA
ROPA DE CAMA

# "PABLO I DE RUSIA"

## La última creación de Emil Jannings

Una fortuna ha sido para el arte de la pantalla, el que se hayan reunido dos grandes personalidades del cine en la realización de la película Paramount «PABLO I DE RUSIA», Ernest Lubitsch y Emil Jannings actúan en ella con una eficacia admirable.

El tema de esta gran producción es hermoso y valía la pena emplear elementos de tal calidad en su desarrollo. Lubitsch, como director y Jannings como intérprete han conseguido componer un film perfecto, de expresión sintética y pura.

«PABLO I DE RUSIA», según lo asegura Marcelo Alonso, un reputado crítico de Hollywood, es la obra más grande de este último tiempo. Después de «El Circo» de Chaplin — asegura — no se había hecho nada tan valioso.

Se comprende este elogio y es fácil creer en él. Emil Jannings, evidentemente, ha ganado mucho en los estudios de la Paramount. Cada nueva creación suya ha sido superior a la anterior. De su trabajo europeo sólo se destaca «Varieté». De lo que ha hecho en Norte América se destaca todo. El genio de Lubitsch vino en «PABLO I DE RUSIA» a reforzar el evidente progreso del gran intérprete de «El Camino de la Carne», a hacer más honda, más asombrosa su labor. El personaje que encarna, tomado de la historia, posee una fidelidad impecable. Aquel Pablo Petrovich, desconfiado, felino, cruel y vesánico vuelve a la vida, merced al milagro de Emil Jannings, después de ciento veintiocho años, con toda su verdad. Hasta sus rasgos faciales están revividos.

Debemos hacer notar que no sólo esta primera figura es meritoria. El actor Lewis Stone ha compuesto en la obra que comentamos un personaje de extraordinario interés, el conde Pahlen, favorito del monarca. Su intervención en el tema es importantísima, influye directamente en la acción y asegura los efectos dramáticos del tema.

El rol femenino que anima con raro talento la hermosa Florence Vidor lleva también en sí valores de primer orden.

«PABLO I DE RUSIA» no es una película de inútiles multitudes. Es una visión artística suprema, que apasiona, que subyuga, que deja huellas durables en el espíritu del espectador. En Estados Unidos se está dando desde hace un año, con llenos desbordantes, en un solo teatro, desde el día que salió de los estudios de la Paramount. Para verla es preciso adquirir la localidad con dos semanas de anticipación.

---

recho a ser tan distraído. Encarga un piano a la casa Krieckelstein y veinticuatro horas después ya no se acuerda.

—¡Ah, ah!... han adquirido ustedes un piano—murmuró Juana Fardot.

Para aparecer serena, añadió:

—¡Yo que soy tan aficionada a la música! ¡No me regalará uno Pedro!

Galante, Layrimard dijo respetuosamente:

—Permítame que os diga, señora, que éste lo tiene usted completamente a su disposición durante treinta días. Precisamente esta mañana he comprado dos billetes circulares de los "Viajes Delaroute". Mi mujer y yo vamos a visitar Suiza.

# EL INSTRUMENTO MUSICAL INCOMPARABLE

# *Brunswick*

**Cada Brunswick es la perfección máxima en construcción y reproducción musical. El modelo Madrid se destaca por la belleza exquisita de su diseñado y por dar una reproducción musical perfecta, tributo que ha sido logrado únicamente por la Compañía Brunswick, después de muchos años de costosos experimentos.**

**Los productos Brunswick se distribuyen en Chile por medio de Sucursales y agentes. Diríjase al comerciante Brunswick más cercano, quien siempre tendrá un placer en demostrarle, sin compromiso para Ud., los diversos modelos que componen el conjunto de estrellas Brunswick.**

DISTRIBUIDORES:

## *Casa Hans Frey*

***ECKHARDT & PIEPER***

CASAS EN ANTOFAGASTA — COPIAPO — LA SERENA — COQUIMBO — VALPARAISO — SANTIAGO — CONCEPCION — TEMUCO — VALDIVIA.

AGENCIAS EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DEL PAIS

# "LA DANZA ROJA"

## Hermosa Producción Fox de ambiente ruso

*Un drama de amor y fatalidad, de delirio y sacrificio que tiene por protagonistas a un príncipe ruso del antiguo régimen y a una mujer nacida del pueblo, y que gracias a su talento y sprit llegó a ser «La Bailarina Roja de Moscú». — Dolores del Río hace el mejor papel de su carrera artística, secundada por el galán Charles Farrell y el actor ruso Iván Linow. — El estreno de esta bella película Fox se hará en el Teatro Victoria. — El programa musical.*

«LA DANZA ROJA».— Aunque aún no se anunciaba nada respecto al estreno de «LA DANZA ROJA», ya este hermoso y vibrante nombre de película sonaba en los oídos de todos los aficionados al buen cine. En efecto, se sabía que la interpretación de esta magna producción FOX estaba a cargo de artistas de tanto prestigio y tanto valor real como DOLORES DEL RIO Y CHARLES FARREL, y bastaba este detalle para interesar a cualquier entendido en materias de cine.

Producción de alcances vastísimos, de una singular dramaticidad, de amor, pasión y sacrificio, nació destinada a triunfar. En Norte América y Estados Unidos, donde se ha exhibido recientemente, la prensa ha agotado sus adjetivos en elogio de esta cinta. Se reconoce en ella, en primer lugar, un prodigio de técnica, una labor honrada que ennoblece al cine y especialmente a los realizadores de la cinta. Después hay en ella un tema firme, humano, lógico, en el cual juega un implacable papel el destino, el dueño de todas nuestras acciones. Los personajes están llevados con un tan gran conocimiento de la psicología humana, que el espectador revive momentos de su propia vida en cada acción de los protagonistas. Es, pues, completa esta cinta, es impecable y su enorme valor será apreciado por el público. Película destinada a mantenerse mucho tiempo en las carteleras, será aplaudida por el público. No lo dudamos ni por un momento, nosotros, que hemos tenido ocasión de asistir al estreno privado de «LA DANZA ROJA».

*La labor de Dolores del Río.*— Bastaría el sólo nombre de la gloriosa estrella mejicana para hacer suponer lo grande que es la película que comentamos. La dirección de esta cinta, una de las más bellas salidas de los talleres de William FOX, quiso que nada pudiera reprochársele a ella, y es así como buscó artistas de prestigio incomparable, para que desempeñaran en la obra, que también es incomparable. Dolores del Río, la bella y dúctil estrella latina lleva el rol de Tasia, una campesina que gracias a su hermosura y a su talento llegó a escalar el camino de la fama, y de simple obrera en las minas de sal de Rusia, pasó a ser la más famosa bailarina del Teatro Real de Moscú y llegó, asimismo, a ser amada por el Gran Duque Eugenio, uno de los principales hombres de la nobleza. Dolores hace un papel incomparable, grande, único, en que se muestra íntegro, desnudo, su espíritu estupendo de artista, su temperamento abierto a infinitas sugerencias. Logra convencer, llevar al espectador a los más diversos estados de alma, desde la risa franca e incontenible hasta las lágrimas de noble y pura emoción. En resumen: en su rol está divina y si en sus creaciones anteriores logró gustar, entusiasmar al público, aquí sabe llevarlo hasta el delirio.

*Charles Farrell e Iván Linow.*— Para acompañar a Dolores. Raoul Walsh, el ilustre director de «LA DANZA ROJA», aquel que encontró su consagración con «EL PRECIO DE LA GLORIA», buscó al galán más noble, al de temperamento más real y dúctil. ¿Quién podía ser este? CHARLES FARRELL y nadie más que él. El joven astro que ya se ha hecho admirar por todos los públicos del mundo y se ha hecho adorar por el sexo femenino por su varonil hermosura y su simpatía irresistible, hace una bellísima creación en el rol de Gran Duque Eugenio, personaje de noble sangre que lucha entre dos amores: el de la princesa Bárbara y el de la campesina Tasia. Está en todos momentos a la altura de la divina Dolores del Río.

IVAN LINOW es otro de los artistas que actúan en «LA DANZA ROJA». Linow es nacido en Rusia, hijo del bajo pueblo y encarna el papel de un pobre soldado a quien los azares de la revolución llevaron a ocupar un gran puesto. En el papel del moujik estrecho de cerebro, brutal, inculto y aficionado al «vodka», está muy bien. Su actuación en esta grandiosa cinta le ha valido un largo contrato con la FOX.

Otros artistas que actúan en «LA DANZA ROJA» son DOROTHY REVIER, una rubia hermosa y sensual, que encarna con mucha propiedad el papel de la Princesa Bárbara, frenética enamorada del Gran Duque Eugenio. ANDRES DE SEGUROLA, el gran cantante que durante muchos años ha brillado en el mundo musical, lleva también un rol protagónico y se desempeña acertadamente. DIMITRI ALEXIS y BORIS CHARSKI son otros dos histriones rusos contratados expresamente. Fuera de esto, creemos que estaría de más hablar de la inmensidad de extras rusos que actúan en la cinta.

*El estreno.*— Como suponemos que los habitúes de las grandes cintas estarán de plácemes ante el anuncio de «La DANZA ROJA, queremos dar algunos pormenores acerca de este estreno. La fecha elegida es el miércoles 15 de mayo.

La excelente orquesta que acompaña los espectáculos del Victoria, prepara desde ya un programa musical que ha de llamar la atención por su belleza, y singular adaptación a la obra que ilustra.

No nos queda sino desear que este estreno obtenga el éxito que se merece una producción de tantos alcances artísticos y emocionales como «La DANZA ROJA».

# Una hermosa Pareja de Artistas

Ella es Liana Haid, la estrella más joven y popular de Europa. Tiene apenas 24 años y ya es celebridad. Y es que ha interpretado siempre cintas de verdadero valer, como «Lady Hamilton», «La Princesa de las Czardas», «El Hombre que vendió a su esposa», etc., etc. El es Luigi Serventi, un joven actor que encarna mejor que el propio Menjou los roles de hombre vividor, algo cínico y algo sentimental a la vez.

Esta pareja es la intérprete de «La Reina de mi corazón», película hermosísima, que luego conocerá el público de Santiago en la cual figura por primera vez Kate de Nagy, la actriz de dieciocho años que está haciendo furor en Europa.

# LAS FIERAS AMIGAS DEL HOMBRE

"El frío y la nieve han arrojado de las alturas a los animales de las montañas. Según afirman algunas noticias procedentes de Italia, en el Trentino las agrestes gamuzas se han guarnecido en los refugios de los pastores, y con ellos viven tranquila y confiadamente.

Este hecho viene una vez más a demostrar cuál es la actitud de los animales cuando el hombre les hace objeto de una acogida cariñosa. Los pastores del Trentino acogieron fraternalmente a aquellos hermanos inferiores, y las gamuzas, bestias salvajes entre todas las bestias, se han transformado en animales familiares.

En los Estados Unidos, y en el parque nacional de Yellowstone, donde las autoridades se esfuerzan en conservar algunas especies amenazadas de desaparición total, está absolutamente prohibido hacer fuego sobre los animales o matarlos de cualquier modo que sea. Gracias a esta prohibición, los animales han perdido todo miedo al hombre, y así se ve a las bestias consideradas como las más salvajes cómo se aproximan a los paseantes y se dejan acariciar por ellos...

"Los ciervos, escribe un periodista que visitó este parque, salen del bosque para contemplar con una cierta curiosidad al viajero; familias enteras de osos se aproximan a las inmediaciones de los campamentos para relamerse con los restos que quedan en el fondo de las latas de conservas; sería suficiente con alargar la mano para poder estrecharles las patas.

Nosotros podemos citar un caso más, tal vez un caso de los más característicos de la confianza natural de los animales: cuando el capitán Howard Bury y sus compañeros regresaron de su gran exploración al Monte Everest e hicieron el relato de aquel fantástico viaje a través de las montañas desconocidas, contaron, entre otras muchas anécdotas, que, a seis mil metros de altura sobre el nivel del mar, habían descubierto una especie de Edén.

Gran número de animales que, hasta entonces, no habían visto el menor ejemplar de la especie humana, no manifestaron ningún temor al verles llegar. Los carneros venían a tomar el alimento en las propias manos de los exploradores, y los pájaros se posaban en sus espaldas. Ninguno de los animales que encontraron en el curso de sus exploraciones manifestó el menor temor de aproximarse a ellos.

Todo ello prueba que desde el momento en que el hombre consiente en no hacer mal alguno a los animales, éstos son inmediatamente amigos suyos. ¡Cuántas simpatías consoladoras, cuántas alegrías sanas podría recoger el hombre si siempre tuviese para ellos un buen trato!..."

# La Reina de mi Corazón

**LA HISTORIETA DE AMOR MAS BELLA PRESENTADA EN LA PANTALLA**

**Liana Haid** hermosa y recordada protagonista de «Lady Hamilton», con la nueva estrella del cine: **Kate von Nagy**

**hacen los papeles principales de esta obra magnífica, secundadas por Ernst Verebes, Luigi Serventi y otros artistas de préstigio**

**«LA REINA DE MI CORAZON»** es un poema que canta el amor verdadero, aquel amor que es sacrificio, renunciación, generosidad. Su acción se desenvuelve en la Corte de un país de la Europa Central y sus protagonistas son una reina joven y seductora y un príncipe, también joven y seductor. Se casaron y fueron felices en los primeros tiempos. Pero, luego los formulismos de la Corte y la situación desmedrada del marido por su carácter de príncipe consorte, hicieron insoportable la vida a la joven pareja y vino el rompimiento... Luego una serie de incidencias ya emocionantes, ya risueñas, que terminan con una reconciliación y un pacto en que la reina renuncia a todos sus derechos para conformarse con ser la reina del corazón de su esposo...

Fiestas deslumbradoras, elegancia imponente, son los ornamentos externos de esta magnífica composición cinematográfica.

## VIERNES 3 de Mayo EN EL PRINCIPAL

EL 15 DE MAYO SE ESTRENARA EL POEMA MAS EMOCIONANTE QUE HA ENFOCADO EL CINE:

## "ABNEGACION"

PROGRAMA "TERRA"

# EMIL JANNINGS

EN

# *Pablo I de Rusia*

LA OBRA MAS PERFECTA
Y GRANDIOSA DEL CINEMATOGRAFO

ESTRENO:

## *"VICTORIA"*

## 7 DE MAYO

Paramount Pictures

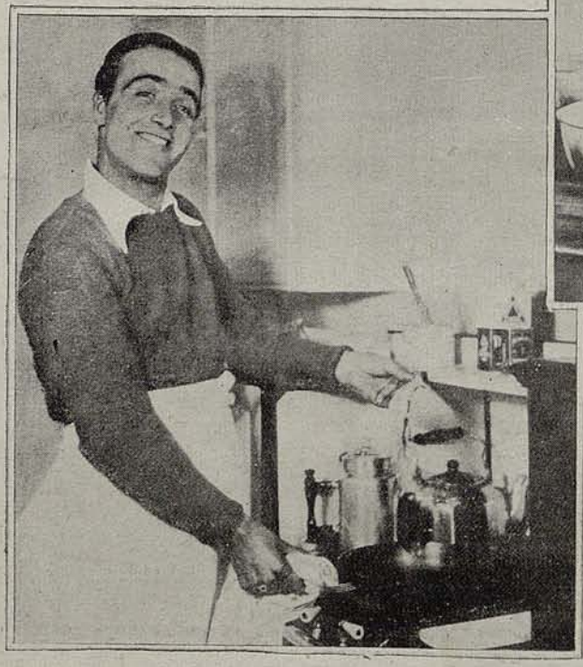
# Artistas de la pantalla dedicadas a tareas domésticas

Clara Bow, estrella de la Paramount, exprimiendo naranjas para su desayuno

Fay Wray, dedicada con todo entusiasmo a su nueva labor

Louise Brooks en plena tarea culinaria

Esther Ralston, no obstante estar lavando la loza, lleva vestido de mangas largas



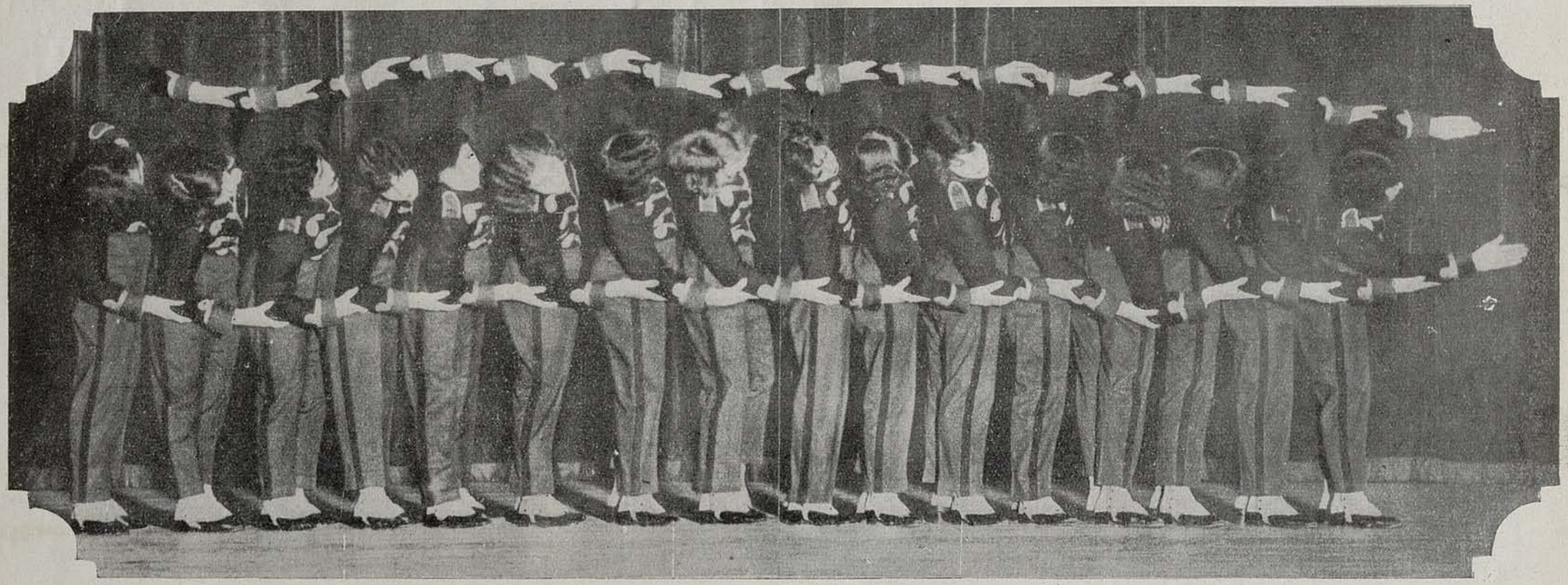
James Hall, sonriente, a pesar de todo

Nancy Carroll en acción

Jobina Ralston y su esposo, Richard Arlen, de la Paramount. A pesar de que Mrs. Arlen insiste en que sabe cocinar, su esposo desconfía, y prefiere la banana al natural. Fotografía tomada en Hollywood, en la casa de los artistas.

# Una Revista en el Teatro "SCALA de Berlín"

*Las Jackson Girls presentan "La Ola", con bailables llenos de novedad.*



*Las mismas, en otro cuadro, simulan la locomotora en movimiento.*

# Las madres y sus hijos

*Con su bebé.*

*Spinelly mira alegre a su pequeño Manuel.*

*Mistinguette tiene un hijo grande, que es ya un médico distinguido.*

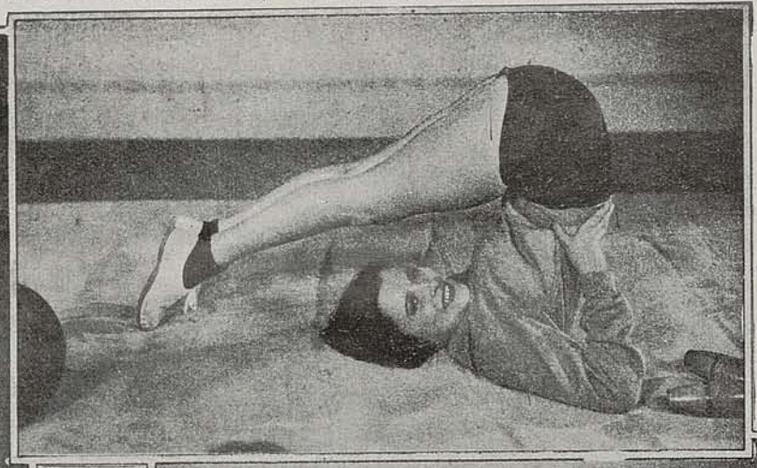
*Suzette O'nill, con su pequeña.*

*Simone Sudic y Clara Rambour tienen estos dos chicos deliciosos.*

# EN EL GIMNASIO DE LA UNIVERSAL

## PEGGY HOWARD, DOROTHY GULLIVER Y KATHERYN CRAWFORD, ARTISTAS DE LA UNIVERSAL

*Peggy Howard en el caballo de Gimnasia*

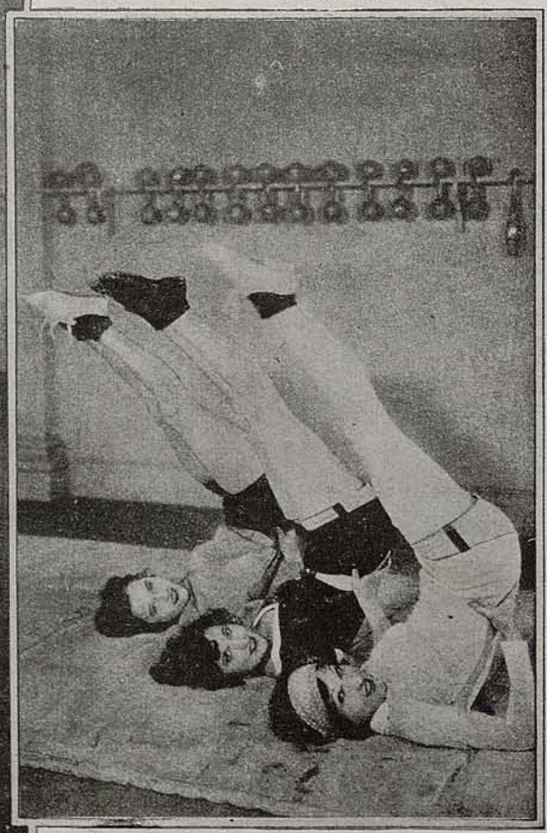


*Arriba: Katheryn Crawford en un ejercicio destinado a dar flexibilidad al cuerpo*

*Las tres compañeras de gimnasia, en pruebas de manubrios*

*Flexiones a compás*

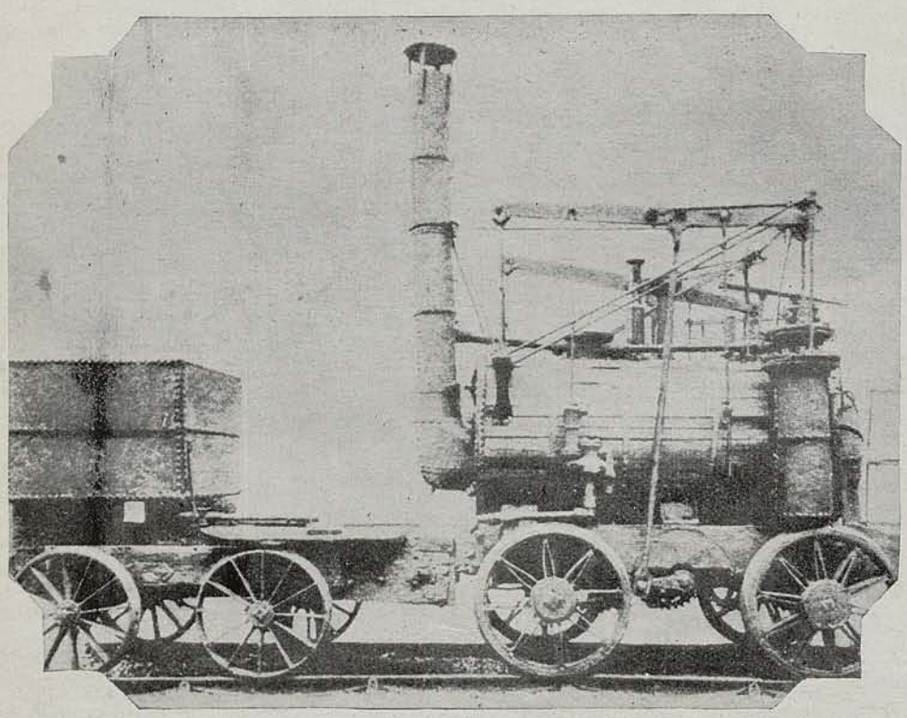
*Un arriesgado ejercicio circense*



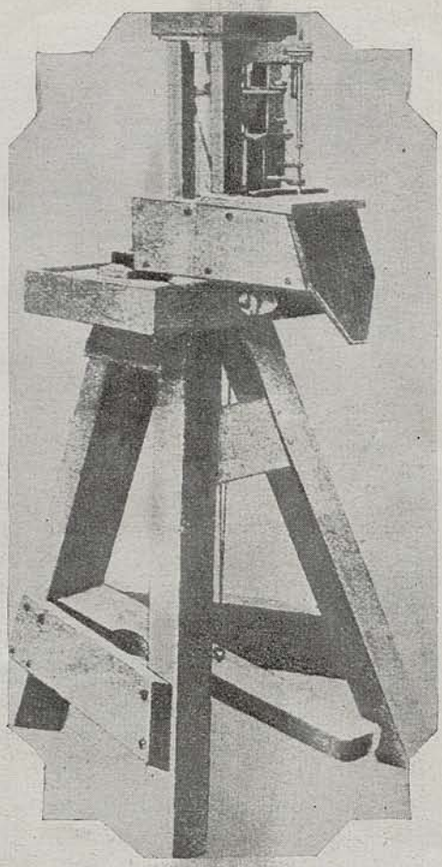
*Ejercicio muy apropiado para tonificar los músculos*

*CHARLES FARRELL.— En la maravillosa visión Fox la «Danza Roja»*

# Como se ven hoy los grandes inventos

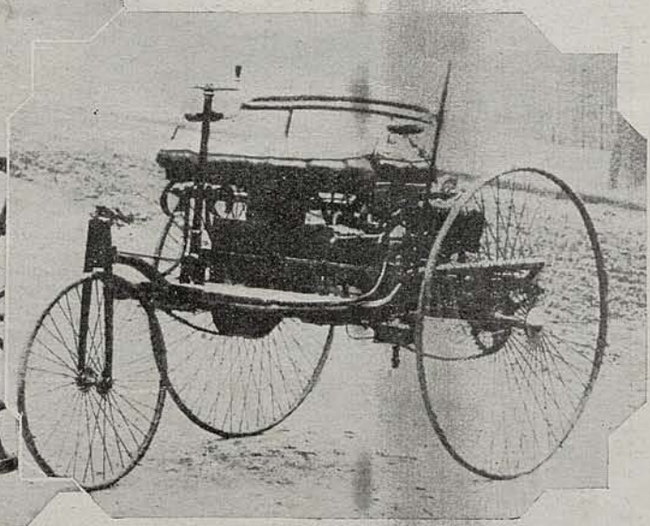


*La primera locomotora*



*La primera máquina de coser*

*La primera motocicleta*



*El primer automóvil*

*El primer carro eléctrico*

*La primera bicicleta*

# Los Sombreros Primaverales Europeos

Después del terrible invierno que acaba de pasar, Europa recibe con júbilo la primavera: mayo, con sus rosas y su sol ardiente.

Estos modelos, bonitos y originales de sombreros, dan la medida de la fantasía fina y agradable que ha ideado la moda.

Los dos modelos de arriba conservan el casquete ceñido a la cabeza y las alas caídas, transparentes, mientras el de abajo deja en descubierto la frente y cae hacia atrás como un casco romano.

# LAS TRECE ESTRELLAS -BEBES

*Mona Rico*

*Doris Dawson*

*Sally Blane*

*Ethlyne Clair*

*Betty Boyd*

*Joan Arthur*

*Anita Page*

*Loretta Young*

*Doris Hill*

*Helen Twelvetrees*

*Helen Foster*

*Caryl Lincoln*

*Josephine Dunn*

da en Saint Brendan's School, de Los Angeles, y en Ramona Convent de Alhambra, pueblo cercano a Los Angeles. Comenzó a trabajar en los estudios de la Paramount y pasó después a los de la Universal, donde desempeñó segundos papeles en las cintas denominadas "Colegiales". Actualmente pertenece al elenco permanente de la F. B. O.

*Loretta Young*, hermana menor de la anterior, nació en Salt Lake City, hace poco más de diez y seis años, y fué educada en Ramona Convent, como Sally. Trabajó por primera vez para el cine cuando tenía cuatro años, en una cinta de la veterana artista Fanny Ward. Su primer papel importante fué el que desempeñó en la cinta "Ríe, payaso, ríe", de Lon Chaney. Loreta está aún obligada por la ley a asistir a la escuela, y por esta razón, cuando toma parte en alguna película, tiene cerca de ella una maestra, que la obliga a estudiar en los momentos en que no trabaja.

*Betty Boyd* nació en Kansas City (Missouri) y lleva tres años como artista de cine. Durante todo ese tiempo ha estado tomando parte en las comedias "Educational". En estos momentos está trabajando en las tablas, con Lupino Lane, en el Teatro Music Box, de Hollywood.

*Ethlyne Clair* tiene veintiún años y procede de Talladega (Alabama). Comenzó a trabajar en películas en Nueva York. Llegada a Hollywood, tomó parte en películas de la Universal. Más tarde desempeñó un papel en una cinta vitafónica de Monte Blue. Actualmente está contratada por la Pathé.

*Doris Dawson* nació en Goldfild (Nevada), pero se trasladó luego al Este, donde recibió su educación. Comenzó a trabajar para la First National en películas de Barthelmess, Harry Langdon y Jack Mulhall. En la actualidad trabaja, bajo contrato, para Wagner Brothers.

*Josephine Dunn* ofrece el caso más curioso de todas. Es neoyorquina y empezó su carrera artística como corista en los teatros de Broadway, en Nueva York. Ingresó después a la Escuela Cinematográfica de la Paramount, de donde pasó, como sus condiscípulos, a desempeñar papeles de regular importancia en los estudios de la misma Empresa; pero, al fin se quedó cesante porque "no tenía tipo adecuado", que era una forma piadosa de decirla: "No sirve". Cerca de un año anduvo luego de ventanilla en ventanilla, por los diversos estudios, en busca de trabajo. Al fin consiguió el papel de primera actriz de William Haines en "Exceso de equipaje", que fué un gran triunfo para ella; y luego quedó consagrada con el que alcanzó en "El bobo cantor", al lado de Al Johnson.

*Helen Foster* comienza ahora a recoger el fruto de un prolongado esfuerzo, mucho más valioso que apreciado. Nació en Independencia (Kansas). Lleva años trabajando en películas para ocho o diez compañías. Ahora trabaja para la viuda de Wallace Reid, quien la tiene contratada por cinco años.

*Doris Hill* viene de Roswell (Nuevo Méjico), y fué educada en Fairfax High School, de Los Angeles, y en Saint Mary's Academy, de la misma ciudad. Está contratada por la Paramount.

*Caryl Lincoln* es la única californiana de las trece estrellas bebés. Nació en Oakland, pero hizo sus estudios en la Manual Arts High School, de Los Angeles, y en la Universidad de California. Comenzó como artista en los estudios Fox, pero también ha trabajado en comedias de Christie y de Hal Roach.

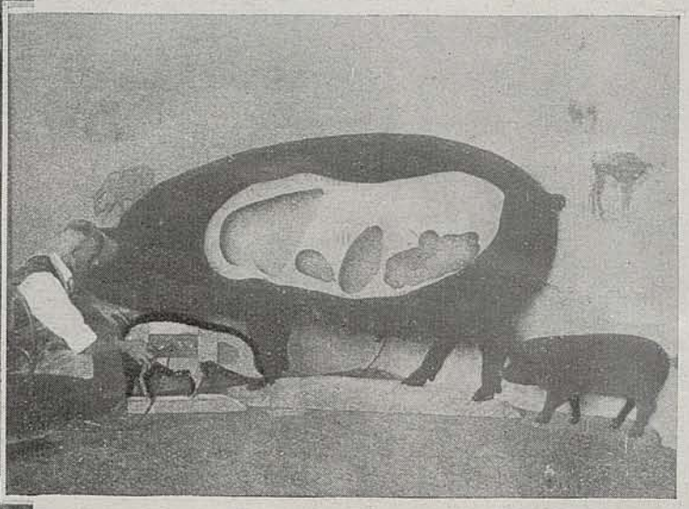
*Anita Page* (Anita Pomares, de origen español) es tal vez la que ha obtenido un triunfo más sensacional de todas las trece. Recordamos que cuando la vimos por primera vez, toda la gente que se hallaba en el escenario—desde el director al último "extra", sin excluir a sus colaboradoras Joan Crawford y Dorothy Sebastián—la miraba con admiración o con envidia extraordinarias. Acababa de revelar su talento. Era en "Our dancing daughters". Al estrenarse esta película, fué Anita la principianta, quien se llevó la mayor parte de los aplausos. Anita Page nació en Flushing (Long Island), y está contratada por la Metro.

*Mona Rico* nació en la ciudad de Méjico en 1909. Hace unos cuantos meses comenzó a trabajar como "extra". Pocos días después era contratada por Artistas Unidos para tomar parte en la película de John Barrymore, que entonces se llamaba "El rey de las montañas", y ahora se llama "Amor Eterno".

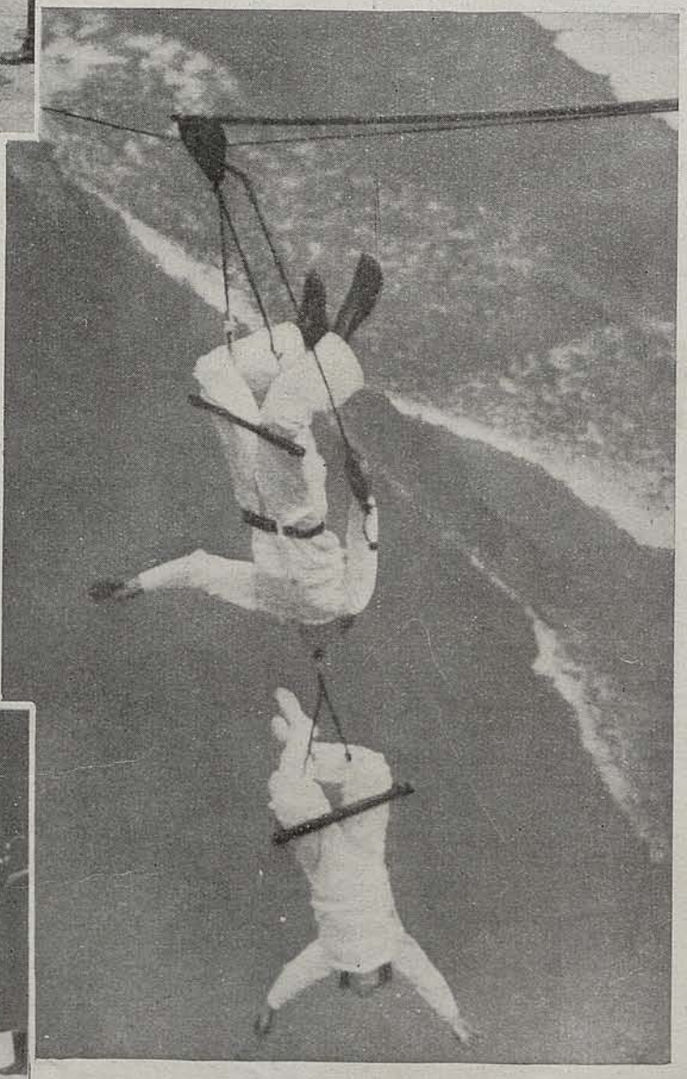
*Helen Twelvetrees*, natural de Brooklyn (Nueva York), comenzó su carrera artística en el teatro y pasó recientemente a las películas habladas. Está contratada por la Fox, en cuyos estudios filma ahora una cinta titulada "El aparecido habla".

# De Todo el Mundo

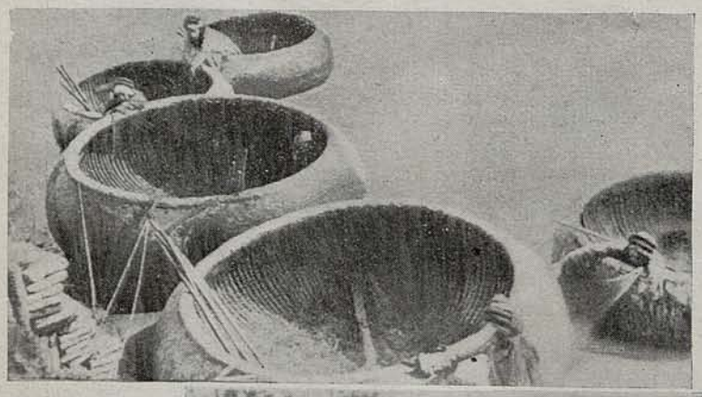
*Un rascadero para elefantes: estos animalitos, de piel suave y fina, sufren un endurecimiento que necesita curarse rascándolo. Como no pueden usar la pata para esto, se ha ideado un medio bien sencillo y eficaz, según puede verse en el grabado.*



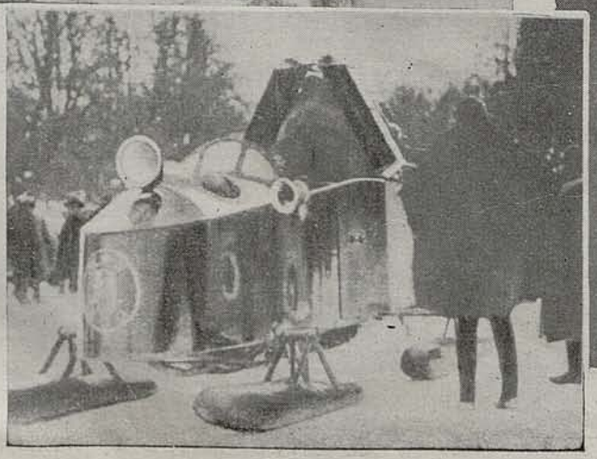
*Este cerdo que habla ha obrado un verdadero milagro, gracias a una combinación de radio y gramófono*



*Desafiando la muerte: Sloam y Cherie May dejándose deslizar a una altura de 1,500 pies sobre el vacio*



*Estos curiosos barcos se usan todavia en Persia*



*Este curioso trineo de hélice vromete tomar vuelo y revolucionar este deporte*

# MADRE E HIJAS

*No menos "chic" son sus hijas, las princesas María e Isabel, vestidas por Jean Patou, según puede verse en esta fotografía.*

*La Reina de los belgas es una de las mujeres más elegantes de Europa. Véasela vestida por el célebre Vionnet, el sastre más elegante de París.*

*FLORENCE VIDOR.— Una de las principales intérpretes de «Pablo I de Rusia»*

*GABRIEL GABRIO*

# Ejercicios de embellecimiento

*Estos ejercicios de arte y de gimnasia, dirigidos por Jutta Klamt, el célebre gimnasta, demuestran hasta dónde la flexibilidad corporal y la gracia de los movimientos convienen al cuerpo humano.*

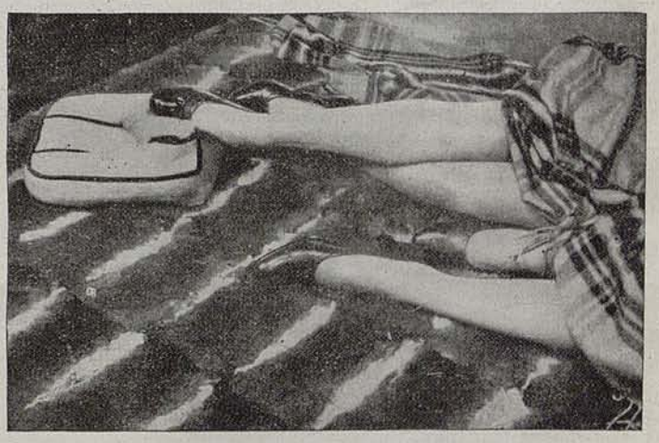
# Para Defenderse del Frío

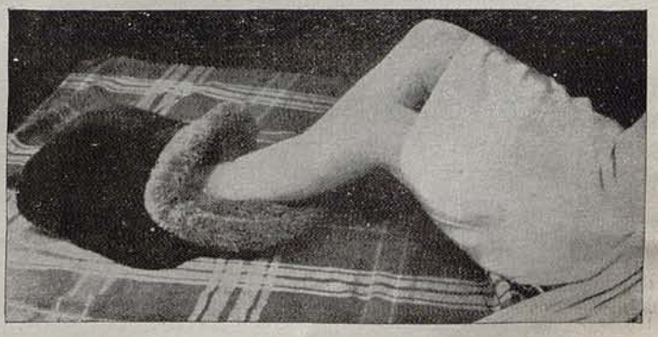
*Un doble abrigo defendido con pieles, permite resguardarse hasta de los grados bajo cero*

*Con el incremento del automovilismo, este sombrerito resulta muy bien para cualquiera choferesa joven*

*Una aviadora como ésta, bonita y graciosa, puede llevar esta tenida bien simpática y hasta confortable, en pieles y en cuero italiano*

*He aquí dos abrigos simpáticos, deliciosos, confortables, que hacen una silueta graciosa y llena de encanto*





*Para el frío, en el reposo de la casa, estos forros, son los mejores amigos del calor para los pies*

# La Greta Garbo Española

*Celia Escudero ha sido llamada la Greta Garbo española por su belleza singular y por la gracia con que ha encarnado diversos papeles en películas difíciles. Estas fotografías presentan a la bella artista española en todo el apogeo de su juventud actual.*

# Consultorio sentimental

Capitán Gigolett se permite acoger la solicitud de EVAINE. Cuenta 24 años, es trigueño y no mal parecido, educado y de familia honorable antofagastina. Su dirección es Correo Illapel.

---

Palito de Ray desea reanudar correspondencia con su antigua amiga Rosa de Fuego, que en diciembre de 1925 la inició desde la oficina Prosperidad. Su dirección, es el nombre verdadero que ella conoce. Correo Illapél.

---

Chelo H. R., se siente encantado con la oferta de MOROCHITA y se permite ofrecerle su dirección postal: Correo Illapel. Espera anhelante su respuesta.

---

Arturo H. R. sugestionado por la oferta de Germana, oferta su amistad. Es norteño, simpático, (cuarto año de humanidades y tres de comercio), profesional, carácter benévolo, alegre y confiado. Correo Illapel.

---

Triste Peregrino. Correo Illapel, desea mantener correspondencia con señorita de gustos refinados, alma noble, de 14 a 18 años, que no practique con demasiada expansión el deporte del pololeo.

---

J. A. O. Acepta correspondencia con señorita Hortensia. Reúne exactamente las condiciones por ella exigidas. Correo Angol.

---

Morochita chica, de 16 años desea pololear con joven de 20 a 25, más o menos de mi porte. Correo Central. A. A. A.

---

Joven de 21 años, sin más vicio que el de fumar, (marinero), atlético, educado y algo romántico, desea correspondencia con señorita de 17 a 20 años, romántica y sencilla. Contestar a Querien Gasllevi. Cuartel Silva Palma. Valparaíso.

---

Marga F. M. Correo N.o 3, desea correspondencia con joven educado. Ella es seria, culta y tiene 19 años.

---

Me ofrezco entre los candidatos de EVAINE. Tengo 20 años. Soy argentino y me gusta el baile, la música, amén de otros defectos de la juventud moderna. Leo Saunders. Autónoma II. Santiago.

---

El señor AUGUSTO ZEHNDER, Casilla 69. Santiago, ha escrito una carta a la señorita Chapalita Ruth. Por razones de espacio no podemos publicarla. La señorita Ruth puede enviar su dirección a este caballero para que él pueda escribirle directamente.

---

Nena es una chica de 16, que quiere correspondencia con algún lector de «PARA TODOS», no mayor de 19. Enviar dirección por medio de esta revista.

---

Uno de Tantos, se interesa por la viudita Kika y Ondina. Se ruega al joven en cuestión enviar su dirección a la viudita. No se pueden publicar las cartas en «PARA TODOS», por absoluta falta de espacio, dado el gran incremento que toma cada día este consultorio.

---

Dactilógrafa sentimental desea correspondencia con caballero de 30 años o más, alto, simpático, moreno o rubio, de galanas maneras. Adoro la amabilidad masculina y sé hacerme «ovillito» junto a un corazón. Carmincha.

---

Norma.—Sí, puede usted pedirle su retrato. Ello no significa sino una manifestación de amistad. No vemos el inconveniente.

---

Sonia H. desea cartearse con un joven que no sea de Talca. Ha de tener hasta 25 años. Ella tiene 17 y es bastante apetecible. Dirigirse al Correo de Talca.

---

Guillermo, de 21 años, educado, sólo, independiente, ruega a IVAINE y MOROCHITA que si alguna se interesa indique su dirección.

Fernando y Santiago se interesan por Ondina y Kika. Se ruega a estas personas dar su dirección.

Nota de la Redacción: Sólo durante dos números más publicaremos todas las cartas que se reciban. A partir de esa fecha, sólo se insertarán en el consultorio, las cartas que vengan con dirección, para que la revista no necesite ocuparse de las mismas personas durante varias veces. El consultorio crece de tal modo, que nos vemos en la obligación de obrar así para dar cabida a todas las cartas.

---

VIÑAMARINA.—No se publican cartas enfadadas.

---

Nina, muchachita triste.—No se preocupe, es lo mejor. Si la gente se da cuenta que usted se afecta con esos comentarios, comentará más. ¡Somos tan malos los humanos! Recuerde usted aquello del hombre es un lobo para el hombre! ¡Paciencia!

---

E. E. E. Correo Central, desea correspondencia con joven sin vicios. Ella tiene buenas condiciones.

---

Rubia y Morocha, de 18 y 19 años, desean mantener correspondencia con dos jóvenes de 20 a 25, para llegar a ser buenos amigos. Correo N.o 3. Valparaíso.

---

Señorita de 16, desea escribirse con señor extranjero, mayor de 20, rubio y de ojos azules. Dirigirse a Gloria Davis W. Correo Portal Edwards.

---

Viola desea hacerse amiga de un médico o dentista de 28 a 32. Ella es morena, simpática, de 22 años. Linares. Casilla 196.

---

Deseo correspondencia con señor inglés o alemán, de 30 a 35 años, que proyecte viaje a Europa, para ser su compañera. Para conocerse, puede empezar por dirigirse a Ena Alex. Casilla 196.

---

Y. C. O. y D. B. J. Casilla 32-D., desean correspondencia con dos chiquillas amigas, de 17 a 19 años.

Richard Dix. Melipilla, desea correspondencia con señorita de Santiago. Que no pase de 19 años. Yo no soy mal parecido y tengo un importante empleo. Correo Melipilla.

---

Ida Terry desea correspondencia con joven inglés de 25 a 32 años. Dirección. El Molino, 165. Santiago.

---

Amada Manni, desea correspondencia con joven de 25 a 28, de buena presencia y distinguidos modales. Dirección. El Molino, 165. Santiago.

---

Lily Sakaroff. Quilpué, de 16 años. desea correspondencia con joven de 18 a 25. Correo Quilpué.

---

Mujer fea, de 21 años sin más atractivos que su juventud, desea correspondencia con joven feo también, de 25 a 30. Correo Curicó.

---

Chica Parralina de 16 abriles, estudiante, desea correspondencia con joven de buena presencia, 25 años, estudiante, carácter alegre. Yo soy alta, morena, ojos pardos, interesantona. Dirigirse a M. E. X. Correo Parral.

---

Porteñita, tengo 15 años, simpática, rubia, extranjera, desea correspondencia con joven de 18 a 19, de Valparaíso. Nelly C. Correo N.o 3. Valparaíso.

---

Yo deseo tener correspondencia con joven de 19 a 20 años. Yo soy simpática, morenita. Dirigirse a Chela V. Correo N.o 3. Valparaíso.

---

E. E. G. Correo Principal de Valparaíso, está dispuesto a amar y servir a estilo medioeval, a la señorita Ondina.

---

A. M. O. Corro 7. Santiago, es una jovencita de 17 años, que desea correspondencia con joven de 22, que guste de la poesía y de la música, y que no sea de esta ciudad.

---

Joven porteño, de 17 años, se ofrece para servir a Luna de Plata. Es educado y sentimental. M. G. E. Correo 3. Valparaíso.

---

James Brown. Correo Central. Valparaíso, ofrece su corazón y sus servicios a CHAPALITA RUTH.

---

M. M. M. Correo 3. Valparaíso, jovencito buenmozo y amante a lo mosquetero ofrece su amistad a KIKA.

---

Rosaura Fierro. Concepción, desea correspondencia con Ignacio Castellón.

---

R. A. V., solicita la dirección de Claro de Luna.

---

A. R. Espinosa, de 18 años, desea correspondencia con joven de 20 a 30, simpático y ocupado. Ramírez, 471.

---

Noemy desesperada.—Resignación Cuando el amor se va, no hay fuerza humana capaz de detenerlo. Pero el olvido viene pronto, mucho más pronto que lo que suponen los cortos años y la más corta experiencia de usted.

---

Calle San Martín N.o 824. Tacna, desea entablar correspondencia con Meri.

---

Desgraciada. —Mucho más sufrirá usted si no se separa de él. Hay amores imposibles y el suyo es uno de ellos. Si es usted desgraciada dejándolo, muchísimo más será si no lo deja.

---

J. M. T. Correo Central, se ofrece para amar a la señorita Kika. Tiene 24 años, es moreno y feo, muy simpático y admirador de la buena música.

---

Joven de 25 años, nada de mal parecido, desea correspondencia con señorita de 18 a 20, educada, simpática, agradable, deportista y humorista. G. A. M. R. Oficina Mapocho. Huara. Iquique.

---

Andaluza, de 17 años, desea correspondencia con joven rubio, de 19 a 25 años. Ella es trigueña, bastante simpática. Ciruelos. Cahuil.

---

Joven de 21 años, con bigotes a lo Adolfo Menjou, desea correspondencia con chiquilla de 18 a 20 años, alta, de buena presencia y vivaracha. Contestar a M. V. Casilla 33. Valparaíso.

---

Chica de 16 años, ni bonita ni fea, blanca, regular estatura, y quiero correspondencia con joven moreno, que vive en Playa Ancha, calle San Pedro; viste terno azul o plomo. Sus iniciales son A. M. Elsa López V. Correo Campamento Nuevo. Chuquicamata.

---

Joven alto, estudiante, necesita chiquilla para la temporada de invierno. Tenorio Vacante.

Atenea, morenita, de 18 años, desea correspondencia con joven de 20 a 25, inteligente y correcto. Dirigirse a Atenea, Ciruelos a Cahuil.

---

Por un error del cajista se publicó E. A. B. siendo mis iniciales E. R. B. Casilla 2543, motivando esto una lamentable equivocación por parte de las personas que no reparten la correspondencia, quien devuelve las cartas llegadas a las anteriores iniciales. Yo pido disculpas a las personas, cuyas cartas hayan sido devueltas y les suplicaría volvieran a escribir.

---

Chica de 16, rubia, y de ojos verdes como el mar que cambian de color según las tempestades interiores, desea pololear con estudiante de arquitectura o ingeniero, (también le encantan los militares, fotogénico y simpático). De 17 a 20 años. Alicia P. Correo de Viña.

---

¡Me encanta un chico de medicina, amigo de Víctor P. Es rubio y de bigotitos! ¡Quién me lo presentará! Lulú.

---

Deseo correspondencia con joven de 22 a 30 años. Alto, trigueño, y de ojos verdes. Yo soy muy dije y gordita. Dirigirse a Mirto, de San Antonio a Barrancas.

---

Desearía ardientemente recibir dos palabras de un lindo chico que vive en Talca, en la calle 1 Norte entre 2 y 3 Oriente, y que actualmente estudia en Santiago. Sus iniciales son M. G. S. Conteste al Correo Talca. Berta Herrera.

---

Greta Garbo desea correspondencia con Nestor Marín O., que vive en Chile España, al llegar a Irarrázaval. Conteste a esta encantadora revista. Nota: la señorita Greta Garbo debió poner su dirección para que se le contestara directamente. No olvidarlo todos los interesados.

---

Chica de 20 años, cocina admirablemente, desea correspondencia con un huasito que aprecie estas cualidades. Correo 6. Valparaíso. Dolores Fuertes de Barriga.

---

Deseo conocer joven o señorita que me sirva a mí de amigo o de amiga, pues estoy desde hace poco en Santiago y no conozco a nadie. Soy persona honorable y de situación holgada. No me importa el físico, porque sólo deseo un amigo o amiga. Víctor Hugo.

---

P. Borreo Bertrán Cortes, 653-30. Barcelona España, advierte a la señorita Lucy H. de Talca, que en el mes de enero pedía correspondencia con joven desconocido, que hay una carta esperándola en correspondencia sobrante. Quiero saberlo y que me conteste para tener seguridad de que mis cartas no caen en el vacío.

---

M. S. W., quiere correspondencia con joven culto y distinguido, que sea y que no se crea. Soy acertada grafóloga y advierto que no se engañarán fácilmente. Casilla 969.

---

Raquel Torres, 18 años, desea correspondencia, con chiquillo super simpático, de 20 a 25. Correo 3.

---

Magily, Billie y Sally, con quince años cada una, quieren tres morrocotudos pololos. Ellas son muy simpáticas. Correo 2. Santiago.

---

Nané y Loly, T. B. Correo Central, de 17 a 18, desean correspondencia con dos muchachos, amigos o hermanos, cultos, sencillos, y de carácter serio.

---

Azucena del Valle. Valparaíso, desea correspondencia con joven de 30 a 45, optimista y de nobles sentimientos. Ella es una morenita insignificante, pero no hay fea sin gracia, y además es una mujercita muy hacendosa.

---

L. O. Obrien, desea correspondencia con Nena C. Correo Antofagasta. Es superlativamente simpático.

---

Aída. Correo 13, desea cartearse con muchacho condescendiente. Ella es alumna del Instituto Comercial.


INSTITUTO DE BELLEZA

UNICO EN SU GENERO EN SUD AMERICA Y DE FAMA MUNDIAL

Impuesta de que hay quien vende preparaciones diciendo que son de mi establecimiento, pongo en conocimiento del público que ni mi tratamiento Bizzornin para la extracción radical del vello ni ninguna de las preparaciones para el embellecimiento de la cara, busto y manos, se vende fuera de mi establecimiento, no tengo sucursal aquí, fuera de Santiago, ni en ninguna parte. Para garantía llevarán todas mis preparaciones mi retrato, que será la marca registrada de todos mis productos.

Todo pedido de fuera debe hacerse directamente a mi establecimiento e inmediatamente se envía.

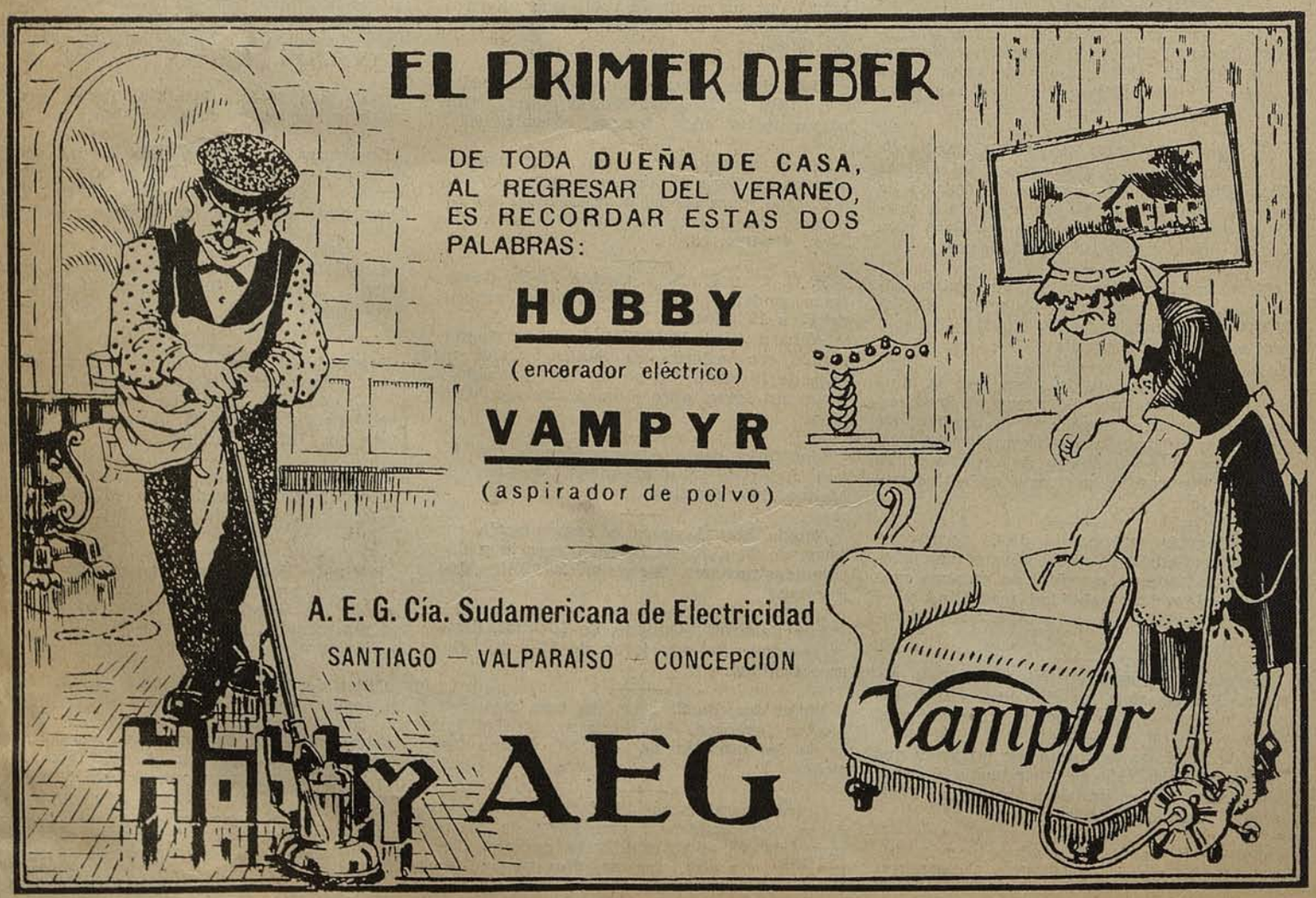
Pida prospecto gratis a

Dra. ELVA LARRAZAVAL DE TAGLE

SAN ANTONIO NUM. 265

CASILLA N.º 2165 — SANTIAGO





# PARA EL MENU DE LA CASA

Se cuecen con el caldo cuatro zanahorias, tres nabos, medio repollo, cuatro papas y un cuarto de kilo de arvejas frescas; se pasan por el colador y se vuelve a poner al fuego este mismo caldo, agregando más si es necesario. Se pone allí una cebolla frita, finamente cortada, nuez moscada, hoja de laurel, un gajito de tomillo y se deja hervir. Antes de servir se ponen en la sopera pedacitos de pan fritos; encima se vierte la sopa.

### NIÑOS ENVUELTOS

Se corta el lomo en bistéks muy delgados, que se adoban como de costumbre y se golpean. Se rellenan con pan mojado en leche y mezclado con cebolla frita y perejil; se enrollan y se sostiene la abertura con un escarbadientes. Se ponen en la sartén con manteca, cebolla y perejil y se dejan dorar. Se agrega una hoja de laurel, tomillo, una cucharada de harina dorada, una copita de vino, seco; se cubren con salsa de tomate y caldo y se deja cocer hasta que estén blandos.

### POLLO SALTADO CON JUGO DE UVAS

Se pela el pollo, se pasa por llama de alcohol, se parte como para guisar, se sazona con sal, pimienta y nuez moscada y se pone en una sartén con dos cucharadas de manteca, dos de aceite fino, dejándolo dorar perfectamente. Se agregan tres cucharadas de cebolla picada muy menuda, una de perejil, un diente de ajo, media hoja de laurel, una cucharada de harina, media cucharadita de azúcar derretida color caramelo y dos tomates maduros. Cinco minutos antes de servir se pone el jugo de uvas. Se sirve con salsa bien reducida y con la guarnición según el gusto; al último, se pueden poner trufas o «champiñones».

### HUEVOS A LA NIEVE

Se sirve un litro de leche con un pedacito de vainilla y se retira del fuego, dejándolo cerca de éste. Se baten bien cinco claras de huevos y se van poniendo por cucharadas en la leche hirviendo, sin revolver. Se arrima la cacerola al fuego, teniendo cuidado de que no se derrame la leche. Cuando estén firmes las claras, se las saca con una espumadera y se ponen otras, hasta terminar. Se cuela leche y se mezcla con 250 gramos de azúcar.

En una sopera se ponen cinco yemas, una cucharada de harina y una de manteca. Se mezcla la leche poco a poco a la vez; se vuelve a colar, se pone al fuego y se revuelve con una cuchara de madera hasta que se espese sin quemar; se retira y se deja enfriar. Se pone en una dulcera grande junto con las claras y se sirve.

### ROLLO DE TERNERA

Se elige un buen pedazo de pulpa de ternera, se aplana un poco con la mano del mortero y se extiende plano sobre la mesa. Se remoja en leche un pancito sin cortezas, se deshace bien y se mezcla con cincueta gramos de jamón picado; se le agrega un frito de cebolla, perejil crudo picado y algunas hierbas aromáticas en polvo. Se liga con un huevo y se sazona bien. Este relleno se extiende sobre la carne, dejando un poco con el que se harán unas pequeñas albóndigas para guarnición. Se enrolla la carne y se ata con un piolín. En la asadera se pone aceite, el rollo de ternera y las albóndigas alrededor. Se lleva al horno, rociándolo a menudo con el aceite. Una vez dorado se le quita el aceite, se agrega un poco de caldo y se deja un rato hasta que forme una salsa, que se vierte por encima del rollo y las albondiguillas al servir.

### BIZCOCHUELOS DE ALMENDRAS

Se pesan 200 gramos de almendras peladas al mortero, con 250 gramos de azúcar. Se pone esto en una sopera con ocho yemas de huevos y se bate veinte minutos con un batidor. Se mezcla con 100 gramos de fécula de papas y cinco claras bien batidas, y se cocina en el molde de bizcochuelo.

En lugar de almendras se puede poner la misma cantidad de avellanas, tostadas con cuidado.

### TORTA GENOVESA

Se toman 500 gramos de azúcar en polvo, 50 gramos de fécula de papas, 350 gramos de harina de trigo, 400 gramos de manteca, 12 yemas y 5 claras. Se baten las yemas con el azúcar durante 20 minutos; se mezclan la manteca tibia, las 2 harinas, las 6 claras bien batidas, que se van mezclando de poco a la vez con el tenedor, y se cocina en el molde de bizcochuelo.

### MASITAS SECAS

Se ponen sobre una tabla: 50 gramos de harina, 350 gramos de manteca en el centro, 150 gramos de azúcar, 100 gramos de almendras picadas, 4 yemas y 2 huevos. Se amasa bien y se hacen masitas a mano, que se ponen a cocer al horno.

**SEÑORA...**

Cuando necesite adquirir sus pieles a su entera satisfacción y obtener efectiva economía, recurra usted directamente al fabricante.

**ABRIGOS DE NUTRIA,** últimos modelos, con cuello y puños de fantasía, desde **$ 550.-**

**GRAN SURTIDO EN ABRIGOS** de Petit Gris Natural y color Vizón; Nutria Hudson de 1.a; Hamster Colinsky; Patas de Astrakán; Petchaniky; Mindel color Vizón.

**PRECIOS DE FABRICA**

**SELECTO SURTIDO EN ZORROS**

**HERMOSO Y SELECTO SURTIDO EN CUEROS PARA ADORNOS.**

FABRICA de PIELES y SOMBREROS

**LA ELITE**

**SAN DIEGO, 202, ESQ. TARAPACA**

TELEFONO AUTO. 5757

La Casa cuenta con talleres especiales para transformar, arreglar y limpiar toda clase de pieles, cuya confección esmerada y módicos precios le garantizan la atención y dirección de su propio dueño.

# LAS NOVIAS

*De terciopelo de un lindo tono granate se compone este sencillo traje muy ceñido de líneas.*

*Lindo traje de jovencita en tul rosa estriado de alforcitas sobre fondo de encaje rosa.*

*Traje de novia en terciopelo blanco drapeado bajo un grueso nudo.*



# Y SU CORTEJO

*Bonito traje de novia en crépe Georgette blanco*

*Muy elegante siempre el traje negro. Este es de tafetán, blusa ajustada y falda de Georgette.*

*Encantador para una jovencita es este traje de Georgette azul muy pálido que parece florecer en esa linda rosa.*

# LOS CAMBIOS DE LA MODA

### LOS ABRIGOS CORTOS DAN INTERES A LA SILUETA

Aparentemente son pocas las diferencias que la moda ha exigido en los últimos años, pero si hojeamos un cuaderno del año de 1926, se notan palpablemente cambios, que quizá al través del tiempo se vuelven a repetir, como ha sucedido con ciertos detalles de épocas pasadas.

Hasta hace poco tiempo, la moda exigía que el abrigo ocultara por completo el vestido, haciendo éste más corto obligadamente, y se consideraba de mal aspecto y hasta chocante el que las orillas del traje asomaran por debajo del abrigo.

Quizá debido a la dificultad de adaptar los abrigos a la forma irregular de la falda y al diferente largo de ésta, las envolturas cortas han tomado tanto auje en la temporada actual; porque aunque la falda asoma, suprime el mal aspecto, haciendo juego en los colores del abrigo y del traje, mostrando gran parte de la falda y la irregularidad de sus líneas.

### LAS COMBINACIONES DE COLORES DEL ABRIGO Y EL VESTIDO

Las combinaciones en los colores para los abrigos y los vestidos de noche, son más variadas y más frecuentes en esta temporada. Como la Primavera está ya tan próxima, se usan los trajes claros tan frecuentemente, que pudiéramos asegurar, sin ver el calendario, que finalizamos el mes de marzo y no el de febrero. Sin embargo, esto sólo pasa en este país de clima privilegiado, en donde el rigor del invierno es solamente notable en días y no en temporadas largas.

Al mismo tiempo que abundan las envolturas cortas la falda aumenta en largo, en orillas caprichosas e irregulares.

### LA IRREGULARIDAD EN LA ORILLA DEL ABRIGO

La gran demanda de abrigos cortos es demostración palpable de su amplia aceptación, sin embargo, el abrigo largo siguiendo la irregularidad del vestido sigue siendo elegante y de buen gusto,

sólo que para algunas, es poco práctico e incómodo, ya que aún con esta adaptación, la orilla de la falda debe asomar veinte centímetros cuando menos.

Las capas se prestan también a ocultar la irregularidad de la falda, cubriendo casi totalmente el vestido, y tienen también mucha aceptación; como se pueden llevar con casi todos los vestidos, son prácticas y pueden hacerse vistosas, en terciopelo negro, azul marino, rojo, etc., teniendo cuidado por supuesto que el color no desentone con el del vestido.

### UN "ENSEMBLE" DE NOCHE ES ACTUALMENTE UNA NECESIDAD

Ahora que la falda asoma por el abrigo, los colores entre éstos, deben armonizar.

Tiene sus dificultades escoger un abrigo lujoso, con la seguridad de que servirá para llevarse con varios vestidos, si al hacerlo no se toman en cuenta los colores de los trajes que va a cubrir, ya que los oculta solamente en parte. De otro modo, si abiertamente se desafía a la moda y se siguen llevando vestidos cortos por conveniencia, o porque asientan mejor al cuerpo, no hace falta el abrigo corto y será necesario entonces cuidar solamente de que los colores de la envoltura y el traje no desentonen.

Una envoltura práctica, por la facilidad de usarse con varios trajes, diseñada por una modista francesa de no muy conocida fama y que ha tenido gran aceptación, está hecha en forma de abrigo corto, ajustada a la cadera y con amplio cuello "chal" de pieles, en brocado metálico dorado o plateado, forrada con tela de seda opaca y gruesa, de color "natural".

La mujer que se considera lo suficientemente "económica" y que posee tres envolturas de noche, seguramente cuenta entre ellas un abrigo de armiño, con cuello de zorra blanca, para llevarse con trajes blancos, negros y otros muchos, sobre todo cuando la temperatura exige algo abrigador; otro de brocado en tela metálica, según descripción anterior, y otro de terciopelo negro en forma de capa, adornado con cuello de pieles.

# PARECIDOS

El asunto relativo al perecido de las personas ha sido siempre muy debatido y aun cuando es cierto que desde que el mundo es mundo no se ha encontrado dos personas que sean físicamente iguales, por lo menos hay innumerables casos en que el parecido es tan perfecto que se escapa a la simple observación cualquier rasgo diferencial en las fisonomías.

Generalmente esto sucede con hermanos gemelos de ambos sexos a los cuales es difícil distinguir para las personas que no sean de la familia siendo graciosos los casos de confusiones por los extraños, especialmente en los encuentros en las calles, reuniones o paseos en donde acontecen diálogos como este:

**El capitán de fragata en retiro don Agustín Prat, notable caso de sosias con el almirante inglés Beatty**

—¡Cómo te va, Guillermo! ¿Qué es de tu vida? Tanto tiempo que no te veía. Etc., etc.

El amigo (hermano mellizo) que está habituado a estas equivocaciones, ni siquiera hace finta de contraer los músculos de su cara, lo deja explayarse y que desenvuelva su rosario de preguntas y de afecciones y cuando ha terminado le espeta sencillamente la respuesta de siempre:

—Bueno, señor, yo no soy mi hermano. Yo soy el otro, el que usted no conoce.

—¡Pero, cómo! ¿no es usted Guillermo? ¡Caramba con la plancha!

Las excusas consiguientes, los saludos de estilo y las eternas expresiones de cariño y los recuerdos afectuosos para el otro, para el que no era...

Como en tratándose de hermanos gemelos este asunto es cotidiano, ellos han ideado la manera de divertirse con el pobre prójimo equivocado y entonces lo toman a tarea de hacer guasa de él.

Conozco dos amigos mellizos, que al andar de los años han ido perdiendo parte de los rasgos generales de su fisonomías y que ya el parecido es menor, dado que uno de ellos conserva la línea y el otro a fuerza de las andanzas, en las cuales es bastante ducho ha ido abultando la barriga en tal forma que ahora para distinguirlo de su hermano los amigos al referirse a uno u a otro, dicen sencillamente: ¿Cuál? ¿El flaco o el guatón? De modo que ya las confusiones sólo rezan para alguno que haya dejado de verles por algún tiempo, pero cuando los dos gallos eran mozos... ¡Había que ver!

Pues, precisamente, fuí testigo, hace varios años, de un caso graciosísimo que aconteció en Valparaíso, con Ezequiel, así se llamaba mi amigo, y el que no ha conservado la línea. Acompañaba yo a éste cuando en plena plaza de la Victoria, una tarde de verano, sale al encuentro una encantadora niña, la cual sin más preámbulos y creyendo encontrar la tabla de salvación para organizar un paseíto a bordo, le dice:

—¡Al fin te pillé! Ahora si que no te escapas y me tienes que cumplir lo prometido allá en Traiguén de llevarme a ver los buques.

Mi amigo, posesionado perfectamente de su papel, lo hizo a las mil maravillas y cerrándome un ojo con toda malicia, y sin más auto ni traslado, nos dirigimos al «Limarí», que estaba en la bahía; allá hicimos once muy a gusto en compañía de la amiga de Traiguén, alternando la conversación sobre generalidades y recuerdos del pasado. Mi amigo hasta se permitió en su carácter de anfitrión y antiguo pololo de la niña, ciertas liberalidades que ella aceptó sólo como reconciliación, de dulce reconciliación, que Ezequiel creyó conveniente sellar con un sonoro beso, el cual Rosita (así se llamaba) aceptó complacidísima.

En esto, y sin fijarme, naturalmente, le dije:

—Oye, Ezequiel, no estés contando plata delante de los pobres...

A lo cual, ella, irguiéndose con rapidez y sin darle tiempo para defenderse, le propinó una enérgica cachucha en plena cara, agregándole:

—¡Toma! por sinvergüenza para que no me vuelvas a hacer lesa pasándote por el simpático de Félix, bien me había parecido encontrarte algo raro cuando te reíste, pero me hice la desentendida hasta que te pillé bien pillado.

Fué mi inadvertencia la causa de este gracioso y cómico incidente, que mis dos amigos siempre recuerdan festivamente.

Otro caso interesante es el de dos hermanos que también conservaban el notable parecido hasta después de viejos, y éstos han sido famosos, son los hermanos Stevenson, Don Guillermo y don Santiago, de Antofagasta, ambos acaudalados vecinos de aquel puerto. Estos dos caballeros eran tan iguales que sacaron una fotografía juntos que tiene escrita esta indicación: ¿Which is Which? ¿Cuál es cuál?

Se cuenta que en una ocasión llegó a Antofagasta un vapor de la PSNC en su escala obligada para seguir después a Mejillones, puerto que dista sólo unas dos horas de navegación. Don Guillermo Stevenson subió a bordo a saludar al capitán de quien era muy amigo y después de charlar con él durante todo el tiempo que permaneció el transatlántico en el puerto y cuando ya iba a zarpar para Mejillones, en el momento de despedirse cruzó una apuesta con el marino inglés asegurándole que llegaría a Mejillones antes que el vapor tomando la ruta terrestre y a caballo, pues ya había salido el único tren que corría diariamente al través del desierto que une a ambos puertos. Como aquello era materialmente imposible, la apuesta se cruzó en presencia de todos los pasajeros que esperaron ansiosos el resultado. Este no tardó en producirse, pues al llegar el vapor a Mejillones se vió con la natural sorpresa de todos que tan pronto fondeó aquel en el puerto subió Mr. Stevenson a la cubierta y después de un efusivo, shake hands le dijo:

—He ganado, capitán.

Y éste se apresuró a pagar la apuesta ante los aplausos de todos los pasajeros.

Lo que había pasado, sencillamente, fué que Mr. Stevenson aprovechándose del notable parecido con su hermano Santiago, avisó a éste por teléfono de que se presentase al llegar al barco a Mejillones vestido con traje blanco, igual al que él llevaba en el momento de cruzar la apuesta e hiciese como que acababa de llegar por tierra, ardid que salió, como se ve, a la perfección y del

**El almirante Beatty**

cual nadie se habría dado cuenta a no ser porque el propio don Guillermo, en el momento de levar anclas el vapor, se lo hizo saber ante la hilaridad de todos los presentes, que celebraron tan simpática ocurrencia.

Otros amigos míos, también gemelos, y de un parecido notable, tienen sus historietas divertidas, uno de ellos dice, por ejemplo, que cuando pololeaba a la que es su mujer y no podía ir a rondar a la ventana de la novia, muchas veces se vió obligado a pedirle a su hermano que lo hiciese por él, para lo cual, como es de imaginarlo, el cachazudo pretendiente, se presentaba con la misma indumentaria del mandante, con lo cual la Dulcinea no podía notar el ardid, dado que las señales y convenciones inspiradas por Cupido correspondían plenamente a las pactadas.

Y como serían de graciosos y ocurrentes estos hermanos que cuando el primero contrajo matrimonio con la novia y se disponían a partir en luna de miel el flamante y amoroso consorte le dijo a su compañera:

—Oiga, hijita, ¿usted cree que se casó con su novio? No, está equivocada Usted casó con el hermano.

Broma que costó no pocas lágrimas a la desposada, la que en realidad parece que en un instante llegó a creer que aquello era efectivo.

SARA PINTTSUG

# EL SOMBRERO

## Por Germaine Acremant

Puesto que Guy adora a Colette, ese débil ser, frívolo y delicioso, es muy natural que haga lo imposible por contentarla.

Hoy ella le dice:

—Querido, te aseguro que esta tarde, tomando el té en casa de la señora Rambois, estaré grotesca con mi fieltro marrón. Esa idea me atormenta mucho.

—No quiero que pases pena — responde enseguida Guy. — Aquí tienes ciento cincuenta francos; procura encontrar con ellos otra cosa más bonita.

—¡No te has fijado ,amor mío! Ciento cincuenta francos era el precio de mi fieltro marrón. ¿Cómo quieres que por el mismo precio encuentre un sombrero adornado?

—Yo creía que todos tus sombreros valían ciento cincuenta francos. Por los míos siempre pago lo mismo: setenta y cinco francos.

—Sí, pero es diferente cuando se trata de sombreros de señora. Los nuestros tienen adornos.

—Vamos, eres una embaucadorcilla: aquí tienes cien francos más.

Colette fué a acurrucarse más cerca de su marido.

—¿Y crees tú que hay suficiente con doscientos cincuenta francos, mi tesoro adorado? La modista se me reiría en las narices si por ese precio le pidiese un sombrero adornado con *aigrettes*.

—¿Cómo? Tú no me habías dicho que hubiese de estar adornado con *aigrettes* tu sombrero. Hay sombreros encantadores sin esos adornos tan caros.

Colette acarició los cabellos de Guy, y apoyando sus frases con besos, le explicó:

—Ponte en mi lugar, bienamado mío. Arlette y Micheline, las dos llevan *aigrettes*. Tú no querrás que yo a su lado parezca una miserable. Es por ti por quien lo hago, adorado mío. Me apenaría mucho que pudieran decir que tú eras un avaro con tu mujercita...

—¿Y crees tú que pensarían eso esas tontas de Micheline y Arlette?

—¡Oh! Estoy segura, las conozco bien ...Y figúrate que he visto una monada de sombrero que lleva a un lado dos plumeritos de *aigrettes* admirables.

—¿Y te estaría bien?

—¡Oh!... Perfectamente... Ya me lo he probado.

—¿Y cuál es el precio de esa famosa monada?...

Colette saltó a las rodillas de su marido, y mientras lo besaba para aturdirlo le dijo a media voz:

—Quinientos cincuenta francos, mi amor. ¡Ya ves que siendo tan lindo resulta baratísimo! Guy se rindió, pero reprochándose en el fondo su debilidad.

—¡Bueno, tómalos!... Sin embargo, este mes vamos a ir mal.

—¡Bah! No te inquietes por tan poca cosa... Siempre dices lo mismo y aún no nos hemos muerto de hambre.

Inmediatamente después de haberse empolvado la naricita, que lo necesitaba, Colette telefoneó a la modista para que le enviase el sombrero en seguida.

Pocos minutos después la joven estaba en posesión de su precioso sombrero. Primero, Colette se lo puso sobre el puño y lo volvió en todos los sentidos para admirarlo.

—Pruébatelo—le dijo Guy.

Colette se puso ante el espejo de tres lunas y se miró por todos lados, haciendo lindas muecas.

Guy, sentado en un sillón admiraba aquella preciosa cabecita femenina, embellecida aún más por la alegría que brillaba en sus ojos.

—¿No es verdad que me sienta muy bien?

—Maravillosamente.

—La forma es bonita y, además, tiende una dulce sombra sobre los ojos... Las aigrettes son finísimas. Reconozco, querido mío, que es un enorme gasto. Pero unas aigrettes como éstas pueden volver a servir. Esto será para mí una reserva de guardarropa.

—Espero que puedan volver a ser utilizadas — respondió Guy, haciendo un gesto de incredulidad. — Pero ahora lo importante es que tú te sientas dichosa.

—Sí, estoy encantada. Hace muchísimo tiempo que deseaba un sombrero con *aigrettes*. ¡Ya lo deseaba cuando soltera, pero entonces no era posible! No se puede llevar eso más que cuando se está casada. Desde el día de nuestro matrimoio venía haciéndome la ilusión de que me regalarías uno. Ya comprenderás cómo se acrecentaría mi deseo al ver a mis amigas Micheline y Arlette con el sombrero que yo deseaba... En fin, ya está mi ensueño realizado. ¡Gracias, gracias, gracias, amor mío!...

Y la joven se arrojó al cuello de su marido en un arranque de reconocimiento.

Guy la contuvo un instante, temeroso de estropear las famosas *aigrettes*, origen de sus efusiones.

—Quítate el sombrero, querida mía, y podrás agradecérmelo mejor.

Colette puso el sombrero sobre un sillón y dió rienda suelta a sus efusiones.

—¡Gracias, gracias, Guy! ¡Eres un encanto de marido!...

¿Qué ocurrió? Colette, al tratar de rodear con sus brazos el cuello de su marido, le dió un empujón y éste perdió el equilibrio. Y he aquí a los dos en el sillón sobre el cual estaba el sombrero.

¡Pobre ensueño!... El sombrero ya no es más que un harapo con *aigrettes* aplastadas, chafadas por el doble peso de la generosidad de un joven esposo y del reconocimiento de una esposa joven.

**El sombrero ya no es más que un harapo...**

## EL AUTOMOVIL Y LA PROSPERIDAD DE LOS PUEBLOS

"Varias naciones europeas se proponen enviar a los Estados Unidos comisiones integradas por hombres de negocios, para estudiar el sistema contributivo aplicado a los automóviles en aquella nación, donde es norma administrativa, aceptada generalmente, que al país y al particular beneficia el uso generalizado del automóvil, y, por tal razón se mantienen estos impuestos intencionadamente bajos, por las innumerables ventajas derivadas de la abundancia de aquéllos.

Aducen, asimismo, en los Estados Unidos que el producto de esas contribuciones debe invertirse en la construcción de nuevos caminos, carreteras y puentes, en la conservación y mejora de los ya existentes, en el estudio y construcción de cruces subterráneos de caminos, y en otras obras análogas. Ese dinero se invierte de la manera más provechosa para el automovilista, porque no estiman justo imponerle contribuciones para el sostenimiento de, por ejemplo, escuelas u otras instituciones públicas que deben sufragarse con rentas de otra clase.

Cuando dichas comisiones visiten los Estados Unidos podrán darse cuenta que el bienestar económico de dicha nación se debe principalmente al automóvil, que ha descongestionado los grandes centros de población y alentado el desenvolvimiento de los suburbios y los distritos rurales, con la natural influencia beneficiosa en la valoración de las fincas urbanas y rústicas.

El automovilismo ha facilitado también al pequeño comercio y a la agricultura un desenvolvimiento asombroso de sus mercados, con la utilidad consiguiente, tanto para ellos como para los consumidores.

Es de esperar que cuando dichas comisiones terminen sus estudios e informen a sus respectivos Gobiernos, logren influirlos en favor de la mayor difusión del automovilismo, porque la nación que mejora y amplia sus medios de transporte favorece su progreso económico, y, después de todo, el automóvil y el camión son, sencillamente, medios de transporte."

# TRAJES SASTRE PARA EL INVIERNO

*1. Encantador traje sastre en jersey azul porcelana. La falda lleva adelante un grupo de pliegues. El vestón recto con pequeños bolsillos se abriga con una banda de cordero gris que baja hasta el ruedo y lo ciñe por las caderas. En cordero gris también los puños y el cuello cerrado con un nudo de cinta. Metraje: 3 m. 40 en 0 m. 90.*

*2. Elegante traje sastre en terciopelo rojo obscuro. La falda lleva graciosos godets. El vestón recto lleva una gruesa banda de liebre gris. El cuello, también de liebre gris se continúa por delante con una banda abotonada. Metraje: 4 m. 10 en 1 m.*

*3. Sencillo traje en kasha pergamino. La falda recta lleva pliegues detenidos con abejas. El vestón recto con alforzas y abejas está guarnecido de un cuello de piel negro que baja por delante y rodea los bordes del mismo. Metraje: 2 m. 30 en 1 m. 40.*

*4. Traje sastre en cheviot gris. La falda lleva pliegues cruzados. La chaqueta cerrada con tres botones. Un lindo adorno lo constituye una corbata de piel, anudada al cuello. Metraje: 2 m. 80 en 1 m. 40.*

# PARA NUESTROS HIJOS

1. Traje en sarga azul. La blusa recta está adornada de un pequeño cuello bordeado de crépe de China azul oscuro y se continúa por delante con una pata de crépe de China, guarnecida con pequeños botones. La falda lleva dos grupos de pliegues que parten de los bolsillos, adornados con vivos de crépe de China, como también lo bajo de las mangas. Cinturón de cuero azul oscuro. Metraje para diez años: sarga azul claro, 1 m. 30, en 1 m. 40. Crépe de China, 0 m. 40, en 1 m.

2. Trajecito de kasha natural, adornado con vivos y patas color verde almendra, en la parte delantera de la blusa y sobre la falda en las partes trasera y delantera. Cinturón de kasha verde. Metraje para 12 años: kasha natural, 1 m. 25, en 1 m. 40; kasha verde almendra, 0 m. 50, en 1 m. 40.

3. Traje en crépe de China gris plata. La falda va plisada enteramente. La casaca va guarnecida de incrustaciones encuadradas con pequeños vivos de crépe de China. Cuello de crépe de China, cerrado con un nudo de lo mismo. Metraje: para 14 años, 2 m. 05, en 1 m.

4. Traje de sarga azul marino. La blusa está recortada en bolero por delante, más larga sobre los costados. El cinturón, de sarga, está cerrado con una hebilla de metal y esmalte. Cuello anudado en crépe de China. Para 8 años, 1 m. 30, en 1 m. 40.

5. Trajecito en terciopelo de algodón, azul pastel. La parte alta lleva pequeños fruncidos bajo patas en los hombros. Soutaches mordorés, ciñen la falda y forman adelante un par de graciosos motivos. Cuello blanco de batista y corbata de cinta mordoré. Para 6 años, 1 m. 40, en 0 m. 90.

6. Traje práctico en lanilla. La falda es toda con pliegues cruzados. La blusa recta va guarnecida de incrustaciones en punta, atravesados con alforcitas. El mismo adorno, en la parte baja de las mangas. Cinturón de la misma tela. Cuello de batista. Metraje para 15 años, 1 m. 85, en 1 m. 40.

# ¿Le gustan a usted las pyjamas?

WORTH

*Redingote largo. Pantalón de terciopelo rosa. Blusa rosa en Crépe de China.*

*Tusor beige impreso rosa. La blusa es toda recta, sin mangas. Lleva un bolsillo al lado.*

*En crépe de China gris-blanco. Blusa recta, sin mangas. Incrustaciones de crépe azul vivo. Escote cuadrado.*

*Raso orquídea. Festón de la misma tela. Cinturón de raso anudado a la cintura.*

WORTH

*En seda azul marina impresa. Estrecho cinturón marca la cintura.*

# MODELOS DE MARLIAC

*Traje de raso negro cuyos volantes en forma anudan por detrás.*

*Traje en crêpe georgette rojo rubi guarnecido de pespuntes.*

# L I N D O S M O D E L O S D E J E A N

*1. Traje de tafetán negro.*

*2. Traje de crépe satín blanco con cinturón de strass.*

*3. Traje de tafetán drapeado azul turquesa.*

# SOMBREROS DE AGNES

I

II

III

1.—*Toca, toda hecha con cintas de raso negro.*

2.—*Gracioso sombrero en taupé color cobre.*

3.—*Modelo de fieltro en color marrón.*

# LOS ADORNOS DE PIEL

1.—Abrigo en terciopelo de lana gris, forrado en seda impresa, clara y roja. Bolsillos abotonados a los lados. Adornos de piel que suben en punta hacia el codo. Metraje: terciopelo de lana, 3 m. 10, en 1 m. 40. Seda impresa: 4 m. en 1 m.

2.—Traje haciendo juego en la misma seda impresa, que constituye el forro del abrigo. La blusa lisa, va cubierta por un chaleco abotonado por delante, de terciopelo rojo oscuro. La falda, con pliegues cruzados, está bordeada con una gruesa banda de terciopelo rojo oscuro. Metraje: seda impresa, 2 m. 50, en 1 m. Terciopelo, 1 m. 70, en 1 m.

2.—Abrigo en Duvetina roja seca. Las alforzas vienen de la espalda hacia adelante y adornan el ruedo hasta la altura de las caderas. Una gruesa banda de piel beige, adorna el ruedo. El cuello y los puños llevan la misma piel. Metraje: 2 m. 60, en 1 m. 40.

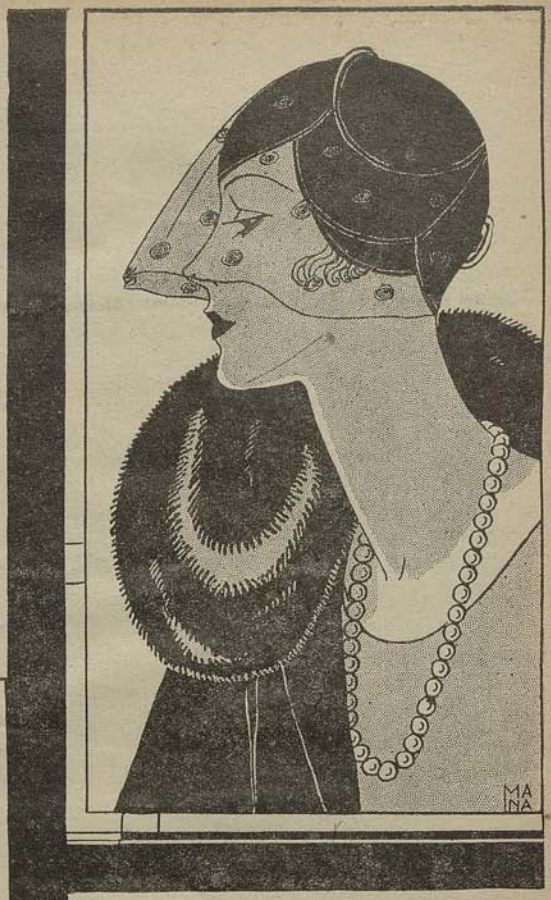
3.—Elegante abrigo en paño beige. La delantera, cruzada, va adornada de alforzas. Un cinturón alforzado que pasa por un aro de fantasía, completa el conjunto. La parte baja del abrigo, a partir de los bolsillos, va recubierta con astrakán marrón. Cuello y puños de astrakán. Metraje: 2 m. 60, en 1 m. 40.

4.—Abrigo de terciopelo de lana azulino. El cuerpo del abrigo está casi enteramente hecho con cortes en forma de puntas. Una banda de breitschwantz, en el ruedo, sigue el mismo movimiento. Metraje: 2 m. 60, en 1 m. 40.

6.—Traje de jersey color rosa viejo. Cinturón y adornos de jersey azul marino. Metraje: jersey rosa, 4 m. 10, en 0 m. 90. Jersey azul marino, 0 m. 70, en 0 m. 90.

# SOMBREROS

*2. Toca en fieltro negro con diminuto velo, adornado con pastillas y sujeto atrás con un disco de cristal.*



*1. Delicioso sombrero en fieltro y cinta de tricot de oro.*

**TENER EXITO**

Tener éxito en la lucha diaria es el deseo de todo hombre moderno. Se necesitan para eso fuerzas juveniles y una salud perfecta. Ayude a su organismo, tomando Nutrisal "18", que es una sal laxante y eliminadora de sustancias venenosas, de efecto vigorizante sobre todo el organismo y muy económica.

Base: Fosf. de calcio, sílice, fluoruro de calcio, yoduro potasio.

M. R.

Cachantun

Agua Mineral

Deliciosa

y

Saludable

SILUV

ESTA MARCA
PROTEGE

los buenos artículos de librería, garantizando que han sido

HECHOS EN CHILE POR

UNIVERSO
SOCIEDAD IMPRENTA Y LITOGRAFIA

SANTIAGO — VALPARAISO — CONCEPCION

# Las peleas de grillos en China

Los chinos tienen la costumbre de coleccionar grillos que conservan en jaulas especiales. Estos insectos alcanzan un alto precio por su canto y por sus cualidades de peleadores. Las jaulas están hechas en su mayor parte de calabazas que se preparan especialmente para tal fin. La flor de esta planta se introduce en unos moldes ad hoc y al crecer la ruta toma la forma del molde. Al prepararse para el uso a que se la reserva, suelen tallar en las calabazas primorosamente el dragón tradicional u otro cualquier dibujo convencional. En algunos casos se las deja lisas. La principal habilidad en la ornamentación de las jaulas de grillos, está en la talla de la tapa, que en invierno se hacen con dibujos calados para dejar entrar el aire. Estas tapas o cubiertas suelen ser exquisitamente talladas en jade, marfil, sándalo o ébano, algunas chatas y algunas con figuras levantadas. En verano, por su frescura, se prefieren pequeños recipientes de cerámica, con las paredes gruesas.

La cría de grillos ha sido objeto de especial estudio en China, por muchos cientos de años. Se las estima, primero, por su alegre canto o zumbido, y segundo por sus condiciones de peleadores. Muchos miembros de las clases más pudientes de China, estiman tanto sus colecciones de grillos y las cuidan con tanto interés como un sportman inglés o americano a sus caballos de carrera.

Los grillos dan a los chinos todas las emociones que sacan los occidentales de las peleas de gallos. Los citados insectos son peleadores natos. Esto suele explicarse en parte, porque los tales insectos viven en agujeros, cada uno en el suyo. Con bastante frecuencia sucede que un grillo invade los dominios de otro y cuando el ocupante original regresa a su agujero, no se resuelve por cierto la cuestión de posesión por métodos pacíficos. Antes al contrario, el asunto termina en una feroz riña a muerte. En casi todos los casos, un sólo grillo queda con vida y, además, el vencedor se apresura a devorar al vencido. Estos vencedores son altamente estimados y nutridos cuidadosamente y, sin duda alguna, una victoria inspira al belicoso animalito con una confianza en sí mismo que lo lleva a veces demasiado lejos en sus futuras contiendas. A estos peleadores se les conoce con el nombre de «ganorales» y se les reconoce, según los expertos en la materia, por su agudo chirrido, su cabeza y su cuello y espaldas anchos.

*Una jaula de grillos de las que se usan en China para guardar a estos estimados insectos. Está hecha de una calabaza crecida dentro de un molde que le da la forma que se desea*

La riña tiene lugar en un cuadrado abierto o en salones especiales para el caso.

Los contendientes tienen que ser siempre iguales en tamaño, peso y color.

Se les coloca en una fuente y un referee dirige la lucha.

Este individuo utiliza una leve varilla para espolear a los combatientes, porque cuando se enfrentan se inclinan más bien a abandonar el campo.

Cuando se disponen a reñir, saltan uno a la cabeza del otro y sus armas principales son las antenas.

A medida que procede la lucha, los beligerantes se hacen más crueles.

Arráncanse patas y antenas y, finalmente, el más fuerte da un zarpazo al más débil y acaba la contienda de un golpe final.

Estas peleas de grillos han alcanzado tal furor en China, que a veces las apuestas se han elevado a cientos de miles.

Cuéntanse muchas historias de las proezas de los insectos y los propietarios, atienden con excesivo cuidado a sus favoritos cantantes y peleadores.

Desde hace muchos siglos, los chinos enjaulan grillos para gozar de sus conciertos.

En otoño las damas del palacio real, solían guardar numerosos de esos insectos en jaulas de oro y tenerlos a la cabecera de su cama para solazarse con su chirrido durante la noche.

CONTRA LA
MALA CIRCULACION
DE LA SANGRE
y sus consecuencias:

VÁRICES, HEMMORROIDES,
VÉRTIGOS, CONGESTIONES,
ENTORPECIMIENTOS, REGLAS
IRREGULARES O DOLOROSAS

Nada vale tanto como
los Comprimidos de
TOT'HAMELIS
M. R.
El mejor de los remedios
contra los accidentes de la
Edad crítica

Seis comprimidos por día
DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
Concesionario para Chile: Am. FERRARIS, Casilla 29 D, Santiago
HAMAMELIS TOTAL — Citrato de sosa.

El desinfectante que toda mujer debe usar diariamente para su higiene íntima

NEOLIDES
M. R.

antiseptico vaginal
ni cáustico - ni tóxico

Comprimidos bactericidas, cicatrizantes, astringentes, ligeramente perfumados, desodorizantes.

*Previenen y alivian demuchas tolencias femeninas*

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

# Con los Fichús del Año pasado

*Los fichús que tan de moda estuvieron el verano pasado, pueden adaptarse ahora a distintos usos. En un trajecito de niño puede colocarse el fichú en panneau triangular. El resto del traje será de tela lisa. Se puede hacer también con ellos un cojín triangular bordado de una banda de terciopelo liso, o el ángulo de un cojín cuadrado, empleando para el ángulo opuesto una tela lisa haciendo juego. El todo, debe ir encuadrado también en una tela lisa de acuerdo. Para el sobre que guarda nuestra ropa de noche, también quedaría muy bien un trozo de fichú. Un delantal, quedará igualmente gracioso con este adorno. Para un traje, también se puede emplear este viejo pañuelo. Le dará amplitud a la falda formando godets.*

(Continuación de la pág. 12)

## HISTORIA DE MING-Y

Luego ya no se separaron sus labios... La noche pasó y ellos no se dieron cuenta.

Los pajarillos se despertaban, las flores abrían sus corolas al sol naciente, y Ming-Y se vió obligado a despedirse de su deliciosa amada. Sie lo acompañó hasta la escalinata, lo besó largamente y dijo:

—Querido mío, ven tan a menudo como puedas..., tan a menudo como tu corazón te impulse a venir. Ya sé yo que tú no eres de esos que carecen de honor y discreción y son capaces de revelar los secretos, pero siendo tan joven podías a veces cometer una ligereza; por eso te ruego que no olvides que únicamente las estrellas han sido testigos de nuestro amor. No hables de él a nadie, querido mío, y llévate este pequeño recuerdo de nuestra noche feliz.

Y le ofreció, envuelto en un papel, un objeto exquisito que representaba un león echado, tallado en una piedra jade amarilla como el fabricado por un arco iris en honor de Confucio. El muchacho besó con ternura el regalo y la linda mano que se lo presentaba.

—¡Que los espíritus me castiguen—murmuró él—si conscientemente te doy alguna vez motivo de reproche, dulce corazón!

Y se separaron con mutuas promesas de amor y fidelidad.

Aquella mañana, al regresar a casa del señor Tchang, Ming-Y dijo la primera mentira que manchó sus labios.

Afirmó que su madre le había pedido que en lo sucesivo pasara las noches en su casa ahora que el tiempo era tan bueno, y como, aunque la distancia más bien era larga, se trataba de un muchacho fuerte y activo que necesitaba aire y mucho ejercicio, Tchag creyó cuanto Ming-Y le dijo y no puso ninguna objeción.

Así, pues, el mozo se encontró en condiciones de pasar todas las noches en casa de la hermosa Sie. Y todas ellas fueron dedicadas por los amantes a los mismos placeres que habían hecho su primera entrevista tan deliciosa; cantaban y charlaban a ratos, otros jugaban al ajedrez—el sabio juego inventado por Wu-Wang, que es una imitación de la guerra—componían versos de admirables rimas sobre las flores, los árboles, las nubes, los ríos, los pájaros, las abejas...

Pero en todo Sie aventajaba a su amante. Cuantas veces jugaban al ajedrez, el rey de Ming-Y resultaba siempre vencido; cuando componían versos, los poemas de Sie eran siempre superiores a los de él en la harmonía de las palabras, en la elegancia de la forma, en la clásica elevación de pensamiento.

Y los temas que elegían eran siempre los más difíciles..., los de los poetas de la dinastía de Tchang; los cantos que cantaban eran también los de hacía quinientos años..., los cantos de Yuen-tchin, de Thumu, de Kao-pien sobre todo, gran poeta y gobernador de la provincia de Sze-tchuen.

Así fué llegando y pasando el verano sobre su amor, y vino el luminoso otoño, con sus vapores de fantasmas de oro, con sus sombras de mágica púrpura.

Sucedió por entonces que un cierto día el padre de Ming-Y se encontró inesperadamente con el patrono de su hijo en Tching-tu, el cual le preguntó:

¿Por qué quiere usted que su hijo vaya todas las noches a la ciudad, ahora que ya se aproxima el invierno? El camino es largo, y cuando vuelve, por la mañana, le encuentro el aspecto fatigado. ¿Por qué no le permite dormir en mi casa durante la época de las nieves?

Y el padre de Ming-Y, muy sorprendido, respondió:

—Señor, mi hijo no ha visitado la ciudad ni ha estado en casa durante todo el verano. Me temo que haya adquirido malos hábitos y que pase las noches en malas compañías..., quizá jugando o bebiendo con las mujeres de los barcos floridos.

Pero el alto comisario replicó:

—¡No! No hay que pensar nada de eso en él. No he descubierto jamás nada reprochable en el muchacho, y no hay por aquí tabernas, ni barcos floridos, ni lugares de disipación en nuestra comarca. Lo más seguro es que Ming-Y haya encontrado algún otro muchacho de su edad con quien pase las noches, y si me ha dicho una mentira será por temor de que

*La fuente de la eterna belleza*

y de la alegría de vivir es el sueño sano y reparador.

Una pena es más fácil de sobrellevar cuando nos cobijamos bajo el manto protector del sueño que hace olvidar más de prisa los dolores y miserias de la vida.

¡No vacilad! ¡No temais el desvelo nocturno! Un par de tabletas „Bayer" de Adalina proporcionarán tranquilidad a vuestros nervios y provocarán un sueño sano y profundo.

Tabletas Bayer de Adalina

BAYER M. R.

M. R.: a base de Bromodiciliacetilurea.

"Este es el talco que me gusta"

*"No te extrañe, mamita, que llore cuando me pones otro talco. Quiero darte a entender que me gusta más el de la latita azul y blanca. Si supieras lo cómodo y contento que me siento, no usarías ningún otro."*

Las madres cuidadosas deben tener presente que la selección de un talco para el nene es asunto de vital importancia. Los talcos impuros, arcillosos o cáusticos y los fuertemente perfumados constituyen una amenaza para el bienestar y aún para la salud misma del nene. Bien vale la pena insistir en obtener el Talco Boratado Mennen. Las buenas tiendas lo tienen.

*Pedir Mennen es pedir lo mejor*

TALCO BORATADO MENNEN

yo le prohiba que trasnoche. Le ruego que no le diga nada hasta que yo trate de descubrir el misterio, y esta misma noche enviaré a mi criado para que le siga y vea dónde va.

Pelú accedió en seguida a esta proposición y prometió visitar a Tchang a la mañana siguiente; luego se dirigió a su casa.

Por la noche, cuando Ming-Y salió de casa de Tchang, un criado le siguió a distancia y sin que él lo viera.

Pero al llegar al punto más obscuro del camino, el joven desapareció de su vista tal y como si la tierra se lo hubiese tragado. En vano estuvo mirando a un lado y a otro, hasta que rendido a la evidencia emprendió el criado el camino de regreso, lleno de confusión y relató a su amo lo que había acontecido. Tchang envió inmediatamente un mensajero a Pelú.

En el entretanto Ming-Y entraba en la habitación de su amada y su sorpresa no tuvo límites al encontrarla profundamente apenada y anegada en llanto.

—Querido mío—sollozó, abrazándose a su cuello—estamos a punto de ser separados por razones que no puedo decirte. Desde el primer momento yo sabía que esto había de ocurrir, y sin embargo, me ha parecido en el instante preciso tan cruelmente repentina la pérdida, tan inesperada la desventura, que no he podido contener el llanto. Después de esta noche ya no nos volveremos a ver nunca, y yo sé que tú no podrás olvidarme mientras vivas; pero sé también que llegarás a ser un gran literato y que los honores y riquezas lloverán sobre ti, y que una bella y enamorada muchacha te consolará de mi pérdida. Y ahora no hablemos más de nuestra pena; pasemos esta última noche alegremente, para que mi memoria no sea penosa para ti y puedas recordar mi risa mejor que mis lágrimas.

Se las secó, trajo vino y música y el melodioso *kin* de siete cuerdas de seda, y no quiso consentir que Ming-Y hablase de su próxima separación ni un sólo momento.

Y le cantó una antigua canción referente a la calma de los lagos en verano, que reflejan el azul del cielo únicamente, y la calma del corazón también antes que las nubes de preocupaciones y pesares y fatigas obscurezcan su pequeño mundo.

No tardaron en olvidar su dolor en la alegría del canto y del vino, y estas últimas horas parecieron a Ming-Y más celestiales que aquellas otras de su primera felicidad.

Pero cuando la amarillenta belleza de la mañana vino, su tristeza volvió y los dos lloraron. Una vez más Sie acompañó a su amado hasta a escalinata, y al darle el beso de despedida le puso en las manos un regalo postrero..., una cajita de ágata, para pinceles, maravillosamente cincelada y digna de la mesa de un gran poeta.

Y se separaron para siempre, derramando muchas lágrimas.

Sin embargo, Ming-Y no podía creer que fuese una separación eterna.

—¡No!—pensaba.—La volveré a ver mañana, porque no puedo vivir sin ella, y estoy seguro de que no se negará a recibirme.

Tales eran los pensamientos que ocupaban su mente cuando llegó a casa de Tchang, y se encontró con que su padre y su patrono le estaban esperando en el pórtico.

Antes de que pudiese decir una palabra, Pelú le preguntó:

—Hijo mío, ¿dónde has pasado la noche?

Viendo que su falsedad había sido descubierta, Ming-Y no contestó y permaneció con la cabeza inclinada y silencioso en presencia de su padre.

Entonces Pelú, golpeando violentamente al muchacho con su báculo, le ordenó que revelase su secreto, y por fin, en parte por miedo a su padre, en parte por miedo a la ley, que ordena que «el hijo que se niega a obedecer a su padre será castigado con cien golpes de bambú», Ming-Y descubrió la historia de su amor.

Tchang palideció al oír el relato del muchacho.

—Joven—exclamó el alto comisario—yo no tengo parentesco con nadie que se llame Ping, ni he oído hablar de la mujer que tú describes, ni tampoco de la casa de que hablas. Pero también sé que tú no puedes mentirle a tu respetable padre Pelú; en todo este asunto hay alguna extraña alucinación.

Entonces Ming-Y mostró los regalos que Sie le había hecho: el león de jade amarillo, la cajita de pinceles de ágata y también alguna canción original de la propia bella dama.

El asombro de Tchang no era mayor que el de Pelú. Ambos observaban que la cajita de cepillos de ágata y el león de jade tenían la apariencia de objetos que hubiesen estado enterrados durante siglos, y eran de tal factura que resultaba imposible imitarlos a ningún hombre vivo: en cuanto a las composiciones, probaban que eran verdaderas obras maestras de la poesía, escritas en el estilo de los poetas de la dinastía de Tchang.

—Amigo Pelú—exclamó el alto comisario—vamos a acompañar inmediatamente al muchacho al lugar donde ha obtenido esas cosas admirables y recurriremos al testimonio de nuestros sentidos para cerciorarnos de este misterio; no cabe duda de que el muchacho dice la verdad, pero su relato es para mí incomprensible.

Agentes Generales: Droguería del Pacífico S. A.
Sue. de Daube y Cía.

Y los tres juntos se dirigieron al lugar donde Sie tenía su morada.

Pero así que llegaron al punto más sombreado del camino donde los perfumes eran más suaves y el musgo más verde y los frutos del melocotonero silvestre más rosados, Ming-Y, que miraba a través de los campos, dejó escapar un grito de angustia.

Donde el tejado azul se elevaba hacia el cielo no existía al presente nada más que el vacío; donde había estado la fachada verde y dorada sólo se veían estremecerse las hojas de los árboles en la luz de oro del otoño, y donde la amplia escalinata se tendía, lo único que se veía era una ruina..., una tumba tan antigua, tan profundamente roída por el musgo, que el nombre grabado sobre ella no era fácil descifrarlo. La casa de Sie había desaparecido.

De pronto el alto comisario se dió una palmada en la frente, y dirigiéndose a Pelú recitó el verso tan conocido del antiguo poeta Tching-Ku:

«Seguramente las flores del melocotonero
se abrirán sobre la tumba de Sie-Thao.»

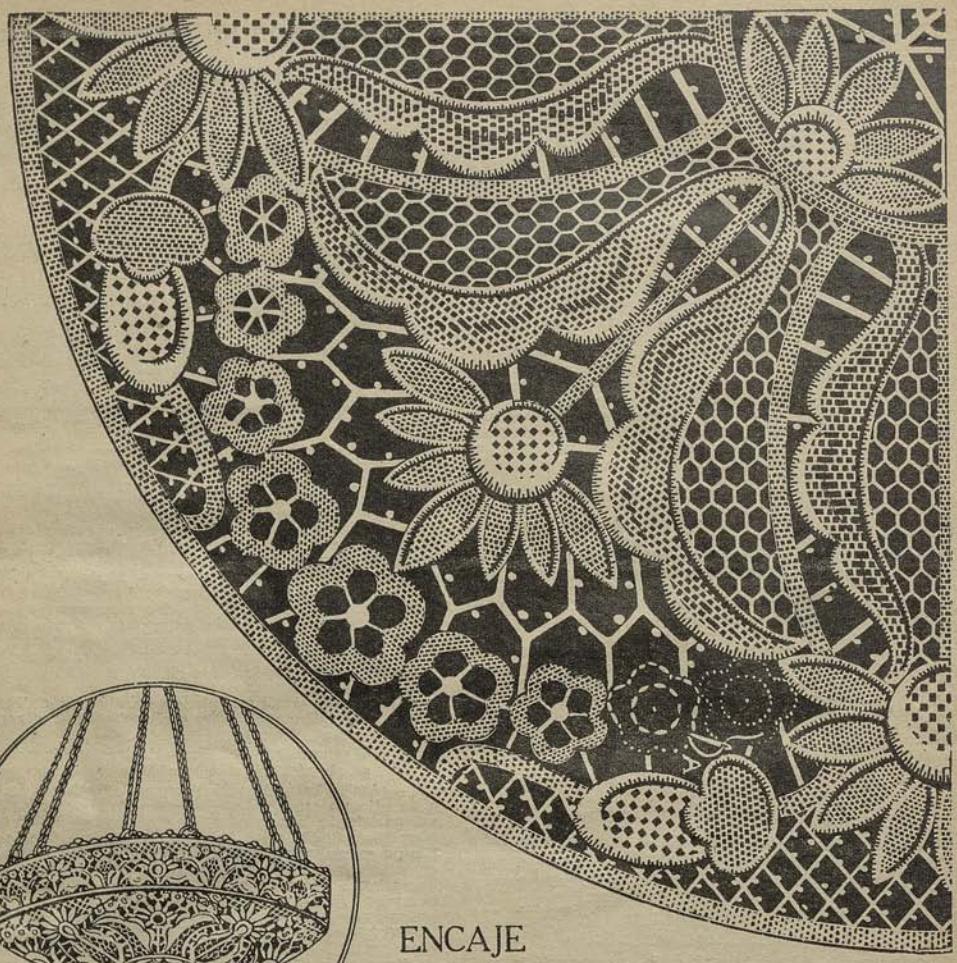
—¡Amigo Pelú—añadió Tchang—la belleza que hechizaba a su hijo no era otra que aquella cuya tumba está aquí en ruinas delante de nosotros! ¿No dijo que había sido casada con Ping Khang? No existe familia de este nombre, pero Ping Khang es realmente el nombre de una amplia avenida en la ciudad vecina. Existe un obscuro enigma en todo lo que ella ha dicho. Se llamaba a sí misma Sie de Mun-Hiao; no hay nadie que se llame así ni existe calle con este nombre, pero los caracteres chinos *Mun* y *Hiao*, colocados juntos, forman "Kiao". ¡Atienda! La avenida Ping-Khang, situada en la calle Kiao, era el lugar donde habitaban los grandes cortesanos de la dinastía de Tchang. ¿Y sobre el estuche de pinceles y en el papel que dió a su hijo no hay caracteres en que se lee: "Puros objetos de arte perteneeientes a Kao, de la ciudad de Fo-hai"? Esta ciudad hace tiempo que no existe, pero el recuerdo de Kao-pien perdura, porque era gobernador de la provincia de Sze-tchuen y un gran poeta. Y cuando vivió en el campo de Chu, ¿no era su favorita la bella y lasciva Sie—Sie-Thao—sin igual entre todas las mujeres de su tiempo? El fué quien le hizo el regalo de esos manuscritos de sus cantos; él fué quien le dió esos objetos de raro arte. Sie-Thao murió, pero no como mueren otras mujeres. Sus huesos se habrán convertdo en polvo, pero algo de ella vive aún en este profundo bosque, su sombra ronda todavía por estos umbríos lugares.

Tchang cesó de hablar. Un vago temor sobrecogió a los tres. La ligera neblina de la mañana enturbió las perspectivas a cierta distancia e hizo más profunda la espiritual belleza de los bosques.

Una brisa suave estremecía las hojas, dejando un rastro de perfume de flores—un postrer olor de flores muertas—tenue como el que se desprende de la seda de un vestido olvidado, y mientras pasaba, los tres pareció que murmuraron en medio del silencio: *"Sie-Thao"*.

Temiendo por su hijo grandemente, Pelú envió al muchacho a la ciudad de Kuang-Tchau-fu. Y allí, en algunos años, Ming-Y alcanzó elevadas dignidades y honores, debido a sus talentos y a su saber, y se casó con la hija de una ilustre casa, de la que tuvo hijos e hijas famosos por sus virtudes y otros méritos.

Nunca pudo olvidar a Sie-Thao; pero se dice que jamás habló de ella... ni aún a sus hijos cuando éstos le pedían que les contase la historia de los dos bellos objetos que siempre tuvo sobre su mesa de escribir: un león de jade y un estuche de pinceles de ágata de las cavernas.



# ENCAJE A LA AGUJA PARA PLAFONNIER

*El encaje a la aguja es siempre muy apreciado, por su aspecto rico y la variedad de sus dibujos tan fáciles y al mismo tiempo tan interesantes de ejecutar. Este modelo, que representa un cuarto de la parte redonda y un motivo del entredós, es preciosísimo y recomendamos su confección a las lectoras hacendosas, que todavía gustan de los encantos de la aguja, dulce instrumento femenino, caído ya por desgracia en cierto abandono a causa de las actividades nuevas a que se dedican las mujeres cada día con más devoción, por necesidad o por gusto.*

*(Continuación de la página 1)*

## PARA QUE RESPONDA A SU NOMBRE

miento viniera a ser ocupada, Ramonín, un día que cruzaba el jardín un gato, lo esperó pacientemente con un palo y lo mató. Y la fosa tuvo su empleo. Y la tierra que la bordeaba la rellenó.

Ramonín, locamente regocijado, llamó a su madre.

—¡Máma! ¡Mamá! He matado al gato rubio de un solo golpe.

La señora no pudo eludir un espanto.

—¡Que lo has matado!

—Sí. Lo he matado porque había hecho un cementerio. ¿Y qué cementerio es el que no tiene dentro algo muerto?

La mamá le riñó, le amenazó con decírselo a papá.

Ramonín, sin intimidarse, llegó a gritar:

—Papá me dará la razón.

Y era tal su convencimiento, que el observador de la ventana forastera se decidió a intervenir.

* *

—Señora, vengo por su hijo.

—¿Por mi hijo?

—Por su hijo. Por Ramonín.

La señora miraba al observador, como si se tratase de un loco, y estuvo a punto de llamar a su marido. Ramonín se refugió asustado en las faldas de su madre. El observador prosiguió imperturbable:

—Señora; su hijo ha construído una casa para un perro. Y ha traído después el perro. ¿Qué casa es la que no tiene dentro algo vivo?

Ramonín, pese a su temor, sonrió a las palabras del observador, asintiendo. Y el observador continuó:

—Señora; su hijo ha hecho un cementerio y después una fosa y luego ha matado al gato rubio para enterrarlo en ella. ¿Qué cementerio es el que no tiene algo muerto?

Y Ramonín volvió a asentir y su madre a mirar al observador como si no lo comprendiera. Y el observador terminó:

—Yo he hecho una prisión. Una magnífica prisión. Una prisión nueva con grandes cadenas y fuertes cerrojos que rechinan infundiendo pavor. Me he acordado de su hijo, y vengo por él. Porque ¿qué cárcel será la mía si no tiene dentro un preso? ¿Comprende usted?

La mamá de Ramonín, apreciando el alcance del interrogante, contestó sencillamente:

—Lléveselo.

El observador cogió a Ramonín de la mano. Ramonín lloró. Y el observador, dirigiéndose a él cariñosamente, le preguntó:

—¿Ves las consecuencias de construir cementerios y cárceles previamente?

Por entre sus lágrimas el niño musitó:

—Yo lo hacía para que respondiera a su nombre.

—Y yo también; pero es que todo lo que se construye en la vida debe responder a un nombre de vida. O a un nombre de libertad. Quédate con tu mamá y no reincidas.

El observador saludó y se retiró. Y Ramonín quedó silencioso, absorto más que asustado, como si lo apabullase el peso de una gran doctrina o de una lógica más que el de una pena.

## MURILLO EN EL ARTE CRISTIANO

Sintetiza Murillo el verdadero arte cristiano en la pintura. Acaso lo más portentoso que se ha realizado en este arte es la **concepción** de sus **Concepciones**; la Iglesia Católica ha declarado que comprende la exteriorización de la Concepción de la Virgen, tal como lo expresó Murillo.

Sus Vírgenes tienen algo de hálito divino dentro de sus cuerpos delicados y hermosos, en que se refleja el carácter de la raza y palpita la pasión y la vida de las mujeres del Mediodía.

Murillo es un verdadero artista: el modelo era para él un medio para realizar en molde humano una idea, y no el fin, como lo es para la escuela de copiadores que usurpan el nombre de naturalistas. Creyente y piadoso, su pincel llegó al más alto punto del arte. Colorista enérgico y claroscurista atrevidísimo, Murillo hizo brotar de las atmósferas gloriosas de sus cuadros torrentes de caliginosa luz que dora las cabezas inimitables de sus ángeles y hace destacar las nobles facciones de sus santos.

Sus Vírgenes, envueltas en mantos inverosímiles, que tienen algo de flotante bandera y nube a la vez, suben empujadas por bellísimos ángeles, hundiendo sus rostros, que arroba el amor a la belleza ideal, a Dios, en los dorados rompientes de nubes que dejan entrever el cielo. Adolescentes apenas, se indica en sus figuras la línea ondulante femenina como un vago y dulce presentimiento de la maternidad, y sus ojos, de mirada franca, perdida en el espacio, y sus bocas frescas y entreabiertas, tienen algo de la candorosa expresión del niño, acentuada por la intensa afectuosidad de la mujer.

Murillo nació el primer día del año 1618 y murió el 3 de abril de 1682. Fué el fundador de la escuela sevillana, que en sus obras se caracteriza y determina con carácter propio. Su genio llega al pueblo, y es el pintor más popular de los españoles, porque expresa en sus obras los afectos más puros de la humanidad.

SIN TEMOR AL MAS INTENSO FRIO

Antes, un paisaje de invierno le producía a usted la impresión de algo magnífico, pero sin que pudiese aspirar acercarse: el temor al frío y a las ascensiones difíciles, constituían para usted una barrera infranqueable.

Hoy desafía al más intenso frío, goza usted la maravilla de las cumbres y tonifica sus pulmones con aire purísimo, porque los fortaleció a tiempo con el admirable y gran emedio de las vías respiratorias:

JARABE Resyl M. R.

Fórmula: Ester glicero-guayacólico soluble.

Calma y cura TOS, GRIPPE, ASMA BRONQUITIS, CATARRO y todas las dolencias de Bronquios y Pulmones

EN TODAS LAS FARMACIAS

Se presenta también en comprimidos forma muy práctica para las personas ocupadas.

la Siroline "ROCHE" M.R.

es el regenerador de los pulmones

*cura radicalmente*

*Catarros*
*Resfriados*
*Bronquitis*
*Tos*
*Asma*

*Precave la Tuberculosis.*

DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS

Fórmula: Thiocol-Codeína.

## EL PRETENDIENTE

*(Continuación de la página 8)*

sa, abatió al suelo la mirada y aceleró el paso.

Se indignó consigo misma, se dirigió toda clase de reproches, pero no por eso levantó del suelo la mirada ni refrenó el paso hasta que se halló en el portal de la casa de su tía.

Durante la media hora que estuvo con la enferma no dió punto de reposo a su imaginación. Si antes se había hecho reproches, ahora se insultaba despiadadamente.

Cuando se despidió de tía Consuelo para emprender el retorno había tomado una determinación de la que nada ni nadie podría hacerla desistir. Antes de pisar la acera se detuvo en el portal y miró a un lado y a otro de la calle. En la esquina por la que ella había de pasar, estaba el pretendiente.

—Está bien — se dijo. — Ahora, Pepita, habrás de pasar por su lado y con la cabeza alta.

Así lo hizo. Y como era de esperar, el pretendiente, tras un cortés saludo, se colocó a su lado.

—¿Me permite usted que me presente?

Pepita respondió con distinguida sencillez:

—Permitido.

—Muchas gracias.

E hizo su presentación, nombrando algunos de los conocidos de su familia, seres todos de vida limpia y ejemplar.

Tenía una voz dulce, discreta y persuasiva. En su encantadora charla se mezclaban la cortesía y el aplomo. Pepita, cada vez más animosa, se dijo que hombres como aquél había pocos en la presente época de corrupción y grosería.

—Señorita — confesó de pronto el joven: — estoy en un gran conflicto... y sólo usted puede ayudarme a salir de él.

Pepita tuvo un gesto de fingido asombro. Pero el pretendiente, sin darle importancia, pues en aquel momento sólo parecía interesante su problema, prosiguió:

—Hace seis días tuve no sé si la feliz o la desdichada ocurrencia de ir al mismo cinematógrafo que ustedes. La visión fué fugaz, pues entré cuando las luces se encendieron por última vez, y en seguida se apagaron. Pero este instante de contemplación fué suficiente para que yo me sintiera inclinado a ocupar un asiento que estuviera lo más próximo posible al de ustedes. Después, cuando las esperé en la "hall" para verlas durante un nuevo segundo, lo que presenciaron mis ojos es algo que no podré olvidar nunca. Tan honda fué la impresión recibida, que no exagero si le digo que de entonces acá sólo he vivido para aquel recuerdo. Señorita: la inquietud me consume. Necesito saber qué ha sido de aquellos ojos incomparables que entrevi un momento sobre el alto embozo de una piel obscura.

Pepita comprendió rápidamente. Con movimiento instintivo se llevó las manos al blanco cuello del abrigo de Alma.

Transcurrido el instante de aturdimiento inmediato al golpe, dedicó un amargo recuerdo a su querida piel, a su amado abrigo gris, y se rindió a su infortunio.

Entretanto, el pretendiente insistía sin piedad.

—Era una piel amplia y magnífica que sólo dejaba al descubierto esos ojos que desde entonces atormentaban mi pensamiento y mi corazón. Creo que llevaba también un abrigo gris. ¿No era su hermana aquella joven? ¿Está enferma acaso?

Pepita dirigió al portal de su casa una mirada llena de avidez. De no estar ya tan cerca, habríale sido imposible llegar. Mediante un esfuerzo sobrehumano, repuso que, en efecto, aquella joven era su hermana y que no estaba enferma, sino de viaje. Cualquier cosa. La cuestión era salir del paso.

—¿Cuándo volverá? — demandó el joven ansiosamente.

—La semana próxima.

—¿Y cree usted?...

Pepita le tendía ya la mano, y él, discretamente, acató la orden que ello representaba. Se alejó el joven tristemente y Pepita subió como pudo las escaleras.

Cuando Alma, que desde el balcón la había visto llegar, fué a abrirle la puerta, y le abrió después los brazos en señal de felicitación, ella la rechazó con un gesto, echó a andar hacia el gabinete, y, una vez en él y después de cerciorarse de que sólo Alma podía oírla, dijo con voz ahogada:

—¡Venía por mí!

Los sollozos coronaron este grito de angustia...

---

Pero Alma — ya lo hemos dicho — poseía un ingenio fértil e inagotable. Después de hacer que Pepita le contara detalladamente todo lo ocurrido, le dió la significativa palmadita en el hombro y pronunció las palabras prometedoras.

—¡Ya está!

A la siguiente semana, cuando el pretendiente hizo su reaparición, Alma volvió a vestir a Pepita con lo mejor de su guardarropa, y poniéndole finalmente su abriguito gris y embozándola con su piel obscura, de modo que de su rostro sólo quedaron al descubierto los ojos y la frente, la empujó hacia la puerta mientras le hacía esta recomendación:

—Antes de darte a conocer, que él se convenza de que eres la misma que vió aquella noche en el cine. Después le cuentas sinceramente lo ocurrido.

Todo se hizo como Alma ordenó y tuvo el fin que Alma y Pepita habían anhelado. Esta vez el gabinetito de las confidencias fué testigo de palabras entrecortadas por la alegría y de lágrimas de felicidad.

## LA PRIMERA MENTIRA

Como es bien sabido, Hollywood es una inmensa fábrica de mentiras. Todo el mundo conoce el engaño fundamental de la industria cinematográfica, de la fotografía y del maquillaje, con que se consuma aquella general falsificación.

Cuando un público cinematográfico observa, por ejemplo, a Lon Chaney evolucionando por entre los altorrelieves de la "Catedral de Nuestra Señora de París", en la cinta "Quasimodo", lo que menos se imagina la mayoría de los espectadores es que la famosa "catedral" no es la de la Ciudad Luz, sino una reproducción de la misma, hecha con pastiche en los estudios de la compañía.

Lo que menos se imaginan los espectadores de "El príncipe estudiante", es que aquel cerro cubierto de tupidos pinedos, en cuya cumbre se alza un enorme palacio, no es sino un artificio que no pasa de tres metros de altura ni se extiende mucho más en su amplitud horizontal.

Pero, claro, es que estos engaños constituyen la sal de las películas, que perderían su emoción si en el momento álgido se viera la realidad.


**Asmáticos Catarrosos**

**¡Tienen un peso encima del pecho!**

Miren a aquel hombre, y díganse bien que es su propia imagen de Uds ¡ bronquitosos desdichados, pobres catarrosos, tristes asmáticos¡

Sin embargo¡ con cuánta facilidad verían desaparecer todas esas miserias que entristecen su vida¡

El remedio que puede aliviar a Uds. es el **Jarabe de los Vosgos Cazé** y toda la gente les dirá que realiza maravillas precisamente en su caso.

Cuántos desdichados volverían a encontrar une vida normal si siguiesen el ejemplo del Sr. Enrique Beneteau, Oficina de la Aduana, en Lengelsheim, por Bitche (Mosela), quien desde mucho tiempo sufría un verdadero martirio y que nos escribe :

« *Les doy toda facultad para que empleen mi carta para su propaganda y yo, por mi parte, la hago en cuanto me es posible, pues su Jarabe de los Vosgos Cazé es verdaderamente el mejor remedio que yo he usado. Todavía no estoy restablecido completamente, pero estoy en el buen camino de la curación completa. Los accesos de los ahora se espacian y hasta podría decir que se ponen escasísimos.*

« *Siempre voy siguiendo con su tratamiento y cada vez más siento sus efectos maravillosos.* »

¡ Pues bien! si es que Ud. padece de Catarro, Bronquitis crónica, Asma penosa con sofocación y silbido de los Bronquios. Tos incesante con esputos numerosos, tome **Jarabe de los Vosgos Cazé** que devolverá a Ud. la alegría del ir y venir como toda la gente.

**Jarabe de los Vosgos CAZÉ** M. R.

**A base de Drosera y Acónito**

**De venta en todas las Farmacias y donde el depositario R. COLLIERE.—Casilla, 2285.—Rosas, 1352.—Santiago, al precio de $ 14 el frasco. Para provincias, agregar $ 3 para gastos de encomienda.**

## CHARLANDO CON CHAPLIN (Continuación de la página 3)

rodaban lentamente por las calles umbrosas y perfumadas en la noche de invierno californiano, que es como nuestra primavera de aromado y transparente; cualquiera de esos coches que llevaban el amor triunfante y feliz, y que se perdían en la sombra junto con la última nota y la última palabra de una alegre canción, podía ser un símbolo para quien, lleno de gloria y de tristeza, hablaba de la felicidad perdida o de la dicha no alcanzada. Y miraba sin que se alterara su hablar sencillo ni su sonrisa tan amable y cordial, aquello que acaso perfilaba en su interior dolorido el melancólico reverso de una gloria.

—Creo que podremos comer en mi casa antes de que usted se vaya. Tal vez el sábado. Ahora no puedo comprometerme a nada, tengo un mundo de cosas que organizar en mi mente para mi nueva película. Quiero superar todo lo hecho. Drama, comedia, poesía, lirismo, miles de pequeños detalles ya pensados y madurados, pero que hay que organizar y reproducir. Y lleve mis saludos a sus compatriotas.

Yo sabía que no podría realizarse la invitación de Carlitos y que ya quién sabe cuándo volvería a escucharlo otra vez. Hubiera querido darle un abrazo en aquella esquina en que subió a su coche, un abrazo en vez del largo apretón de manos.

Qué alegre, qué gran muchacho alegre, nos decían dos o tres días después varios amigos, tras de un almuerzo en Montmartre, mientras mirábamos a Chaplin que, seguido por Harry Crocker y Harry D'Arrass, gambeteaba los automóviles en pleno Hollywood Boulevard, con gran contento de los transeúntes, que se detenían para mirarlo. Carlitos reía y, con su extraordinaria agilidad, le había dado por divertirse gambeteando automóviles. Y estuvo hasta que se hizo el gusto y luego se alejó con sus amigos, riendo y accionando.

Sí, qué gran muchacho alegre es Mr. Charles Chaplin...

## ¿CUANTO LLUEVE EN EL MUNDO AL CABO DE UN AÑO?

"Hay en el mundo más de 30.000 observatorios meteorológicos, en los que se mide todos los días la lluvia que cae, con un aparato que se llama pluviómetro, con el cual se han podido hacer curiosas estadísticas.

El agua que cae se mide en milímetros, si bien los ingleses y los yanquis se empeñan en medirla por pulgadas. Estas medidas se refieren a la profundidad del agua si ella permaneciese en donde caía. ¿Cuánta agua puede caer en una lluvia torrencial?

Es fácil adivinarlo si donde cae el aguacero hay un pluviómetro.

En la India, donde las lluvias preocupan grandemente, hay cientos de pluviómetros, uno de los cuales nos hizo saber que en un solo chaparrón, en 1880, cayeron más de diez mil toneladas de agua en una superficie de diez millas cuadradas.

Inglaterra posee más pluviómetros que ningún otro país europeo, y se miden las lluvias con gran exactitud.

Podemos, pues, aceptar con entera confianza la afirmación de los meteorólogos ingleses de que en un solo día, en el año 1912, cayeron 670.720.000 toneladas de agua solamente en el condado de Norfolk, es decir, más de dos veces el volumen contenido por el mayor lago de Inglaterra.

Las regiones más lluviosas del mundo se encuentran en las faldas de las montañas expuestas a los vientos húmedos del Océano.

Durante mucho tiempo la aldehuela de Cherrapunji, en las montañas Kasi de Assam, se consideró como el punto del globo donde más llovía. Según los datos oficiales, caían en el citado punto 9.372 milímetros de agua al año.

Recientemente otras observaciones han quitado la primacía a la aldehuela de Assam. Este punto, más lluvioso que Cherrapunji, es la solitaria y casi inaccesible cima del monte Waialeale, en las islas Hawai, en donde, con grandes trabajos, se ha podido instalar el pluviómetro más grande que se ha construído en el mundo.

Hasta ahora se había metido muy imperfectamente y daba un caudal de agua anual de 450 pulgadas, pero se supone que es más, y con el nuevo pluviómetro se sabrá la medida exacta. El chaparrón más corto, pero más abundante en agua fué el ocurrido el 1.o de mayo de 1808 en puerto Bello, itsmo de Panamá.

En aquella ocasión cayó en tres minutos aproximadamente tanta agua como cae en veinticuatro horas en una buena lluvia en las costas norteamericanas del Atlántico.

Las grandes tormentas ocurren principalmente en las regiones montañosas, en donde sus efectos parecen mayores por los torrentes de agua que se ven correr por todas partes y convierten los arroyos en torrentes impetuosos.

Hay varias regiones donde rarísima vez llueve: donde pasan seis y siete años, sin que caiga una sola gota de agua, pero es raro el país donde en absoluto no llueva, como no sea en un desierto.

La caída media de agua en todo el globo se calcula en 1320 milímetros al año.

Mientras en algunas regiones la lluvia es excesiva, en otras es tan limitada, que el terreno se considera árido y semiárido."

## LA MUJER LE ESTA HACIENDO ABIERTA COMPETENCIA AL HOMBRE
(Continuación de la Pág. 5)

rís no se sabe aún de grandes damas que comanditen, como algunas de Londres, talleres de planchado, son no pocas las casas de té y las "tiendas de arte" que se han abierto y cuyas propietarias tuvieron armas parlantes en su blasón, y no pocos también los talleres en los que se han construído modelos que combinaron mujeres de artistas cotizados.

¿Durará mucho tan plausible celo? No estoy muy segura de ello, como tampoco lo estoy de que convenga desearlo. En el trabajo han descubierto ciertas neófitas lo que otras descubrieron en el shimmy; una ocasión más de ir de acá para allá, de moverse, pero nada más. Son menos las vocaciones determinadas por la disminución de las rentas que ha despertado el deseo de exhibirse, de mostrar de lo que se es capaz. Un feminismo inconsciente ha impulsado a las mujeres a invadir todas las profesiones. La "afición" se prodiga, y ello no facilita en modo alguno la tarea de las profesionales, sea cual fuere el dominio en que ésta se ejerce. Entre las recién llegadas son por otra parte muchas las que han mostrado su valía, y de lo que son capaces en punto a audacia. Herminia de Saussure y Marta Oude fletaron no hace mucho "la Perlette", y atravesando con algunas amigas el Océano sin el concurso de la mano de obra masculina, probaron que no faltan las mujeres que, ganosas de aventuras, tienen la habilidad y la audacia que precisan para ponerlas buen término.

En la Escuela de Artes y Oficios la señorita París profesa un curso de mujeres ingenieros; una joven perteneciente a la mejor burguesía, la señorita Huguette de Paniagua, ha ganado con brillantez este año su diploma en la Escuela de Ciencias Políticas. Y en el foro son incontables las abogadas, como lo son las profesoras auxiliares en la Sorbona. También el periodismo femenino se ha hecho un puesto en casi todos los grandes diarios. Como se ve, no se trata de profesionales "improvisadas", pero sí de mujeres que han seguido una carrera que a veces hace necesarios prolongados estudios y en las que los galones se ganan poco a poco. Pero esto no es lo que generalmente tienta a las mujeres de mundo. Para estas últimas no se ha hecho preciso hasta el presente esa continuidad en el esfuerzo indispensable para abrirse paso. No es precisamente seguir una senda trillada lo que ellas quieren, sino obtener, gracias a su talento, a la casualidad o a sus dotes naturales, la notoriedad, o aumentar sencillamente su presupuesto de ingresos. ¿Será esta mentalidad la de las generaciones venideras? ¿Apreciarán las madres, en lo que de nuevo tienen, los beneficios del trabajo? Puede ocurrir que den las hijas mayor aprecio a los encantos del ocio.

HUGUETTE GARNIER

# LOS OJOS QUE SE ABREN

Por HENRI BORDEAUX

Isabel, naturalmente, se acordó de Alberto, a quien hubiera divertido aquella reflexión. Era halagüeña cual ninguna la crítica, para un historiador, de tantos viajeros como recorren la tierra sin ver nada, sino las apariencias; sin conocer nada, sino las formas más o menos pintorescas. En cuanto a Felipe, prefería el diablo que construyó las murallas en una sola noche, y a quien engañaron como a un chino.

Una vez abierta de nuevo la biblioteca, Isabel adquirió la costumbre de hacer indagaciones en ella. Después de atender a sus hijos se ocupó de sí misma. Volvió a leer ciertas obras de su esposo que había leído antes a la ligera y por obligación, y en ello encontró placer. Luego se interesó con preferencia por las biografías, por las Memorias, que por su contacto inmediato con la vida se avenían mejor con su temperamento, antes realista que imaginativo. Poco a poco, sin darse aún cuenta del lento trabajo que en ella se cumplía, comprendió mejor la huella de humanidad que llevan impresa nuestros países de vieja civilización, y la importancia del pasado, de los grandes hombres, de los monumentos y de las obras de arte. Por un singular retorno encontróse con que iba adquiriendo los gustos de su esposo cuando estaba separada de él—para siempre, sin duda—. La influencia de la actividad intelectual, que él no había ejercido sobre ella en ocho años de casamiento, la ejercía a distancia, y no sabría nunca nada de ello.

Mejor provista para la conversación, con nuevas ideas propias acerca del mundo, solía suceder que dejaba pasar la hora acostumbrada para retirarse, charlando con su madre política, cuyo elevado espíritu conocía al fin, sobre temas que en otro tiempo no le hubieran interesado un solo instante. Luego, al mirar el reloj, una de ellas observaba:

—¡Qué tarde es ya!

E Isabel, fatigada, se dormía muy pronto, en vez de seguir el hilo de sus pensamientos con más libertad, pero con más dolor, en la obscuridad de la noche, según su peligrosa costumbre de otro tiempo.

Entre los métodos de instrucción que ambas señoras, ayudándose mutuamente, aplicaban a los niños, ella se había reservado el de la música, esforzándose por inspirarles amor a ella, mientras les cantaba aires populares, fáciles de retener, y hacía que los repitieran. La casa, algunos días, estaba llena de cantos, y los niños de la aldea se detenían ante la verja para escuchar. El pequeño Felipe lanzaba, a través de las notas, su estruendosa voz, semejante a un revuelo de campanas, y las notas se quebraban en un gran estrépito. Su hermana se enojaba, y las disputas acababan en risas.

Ese júbilo parecióle un indicio a un viejo campesino llamado Claudio Terrag, que pasaba con su carro por la carretera, y, viendo del otro lado de la verja de hierro a la señora de Derize, madre, ocupada en el jardín, se creyó con derecho, por las antiguas relaciones de vecindad, a preguntarle:

—Cómo, señora, ha vuelto el señor?

Contestó ella dominándose:

—Todavía no, Claudio.

—¿Pero va a volver?

—Pronto, amigo mío. Le esperamos.

—¡Oh! Me alegro. Hace falta un hombre en una casa. Un hombre para el trabajo, una mujer para poner mesa, y ambos para mantener a los chicuelos.

Y tras de aquella información, aguijoneó su yunta de bueyes y siguió su camino.

Aquéllos eran los días buenos. Había también de los malos. Isabel, más refinada y sensible, se había hecho más nerviosa, más irritable, y por la menor causa tomaba disgustos profundos, o bien recaía en su antigua molicie. Conocía las rebeldías que quebrantan el ánimo cuando luchamos vanamente contra la indiferencia del destino, y esas desesperanzas que nos acometen cuando vemos que nuestro corazón da en el vacío. En esos instantes, hubiera querido que le anunciasen la muerte de Alberto por no sufrir más tantos celos. Con discreto tacto, sin palabras, sin alusiones, semejante a esas enfermeras que no se sienten en un aposento y que, sin embargo, nunca descansan, la señora de Derize curaba sus heridas.

Los calores del mes de julio restituyeron a la pequeña estación de Uriage su animación mundana. Pero los Molay-Norrois desistieron de pretender imponerle una norma a Isabel. Mientras ellos volvieron a instalarse en la villa de los Alerces, en la vertiente que conduce al castillo de San Ferriol, los Passerat se mudaron y alquilaron una villa en el fondo del valle, del lado de Vaulnaveys. Seguían viéndose, visitándose, pero con alguna menos frecuencia. Por medio de los Vimelle, los Passerat anudaron relaciones aristocráticas. El señor Molay-Norrois, sujeto a un régimen severo desde que padeció el último ataque de gota, tenía que reconocer ahora que no se sentía bien más que en su casa; lo que agradaba a su esposa. La preocupación de la salud había sustituido a toda otra en su corazón. Se cuidaba con la solicitud y el arte refinado que ponía antes en agradar, y se brindaba a sí mismo consultas médicas y drogas, como en otro tiempo secretos placeres amorosos. Sin duda que no había renunciado al mundo; pero lo supeditaba a su estado y sólo usaba de él con moderación. El, que antes invertía horas enteras en su *toilette* y lanzaba modas, hallaba un leve encanto de abandono íntimo al calzarse las zapatillas y fumarse una pipa después de cenar, mientras comprobaba con satisfacción que la digestión se hacía sin dificultad. La señora de Molay-Norrois, mientras se entregaba al nuevo trabajo de vigilar sus sopas y purés, se hacía de nuevo a la esperanza y no anhelaba una curación demasiado pronta ni demasiado radical. Sus dos hijos, Oliverio y Víctor, que fueron sucesivamente con licencia, daban pruebas a Isabel de un afecto protector que no era de su completo agrado. Pero no sacrificaron por ella ningún placer, y ni el uno ni el otro habían soñado en reducir su tren de vida; con lo cual quizá hubieran podido sus padres terminar el arreglo de su dote, que ella, reducida por propia voluntad a sus únicos recursos, no había aún reclamado.

Las jiras en automóvil comenzaron de nuevo. A ellas invitaron a los Derize. Isabel, para evitar que sus hijos se acostumbraran al lujo, rehusó a tomar parte, alegando las recomendaciones del médico, que le aconsejaba pasear a pie. Como bajaba de San Martín con bastante frecuencia para visitar a sus padres, se encontró un día, en el camino sombreado por castaños, a los dos jóvenes que el año anterior la habían reconocido y elogiado con ruidoso entusiasmo. Vestía ella un traje de franela blanca que, con su tejido flojo, favorecía a su juventud. Llevaba a Felipe de la mano, mientras María Luisa, que había notado en el musgo unos arándanos y escalaba el declive por cogerlos, se encontraba unos pasos detrás de ella. Los jóvenes la miraron de hito en hito con esa indiferencia a la cortesía en que nuestras costumbres han cesado de ver la prueba de una mala educación. A pesar suyo, acudió la sangre a su rostro. Quiso apresurarse y, nada hábilmente, volvióse a llamar a su hija. Ellos también se habían vuelto y aflojaban el paso, María Luisa se unió a ella a la carrera, pero fué para anunciarle:

—Ya sabes, mamá, que estás más hermosa que el año pasado.

—Nena, en vez de decir tonterías, sería mejor que otra vez no te separaras de mí.

Pero la niña quería seguir el hilo de su idea.

—Eso no es una tontuna. Son aquellos señores que están allí quienes lo dicen.

—¿Por qué los has escuchado?

—Porque hablaban de ti.

—Eso no es razón.

La pequeña no se cortó:

—Había uno negro y otro amarillo. El negro dijo así: "Ha perdido; está más delgada".—¿Qué es lo que has perdido?—Y el amarillo le contestó: "¿Está más guapa?"

—Calla: no me gustan las niñas que escuchan las conversaciones de los transeúntes.

Más de diez y seis meses hacía que vivía separada de su esposo. En efecto; había cambiado mucho y no se daba cuenta sino por las modificaciones que había tenido que hacer en los trajes viejos, que aun quería aprovechar como medida económica. Más esbelta, más delgada, parecía afilada como esos tallos que, por su arranque, prestan más gracia a la flor. Sus piernas, algo largas en relación al busto, habían adquirido con la costumbre de andar, mayor soltura y unos movimientos menos automáticos. El cuello, largo y blanquísimo, que generalmente dejaba sin oprimir, sostenía mejor la cabeza. Se hubiera dicho que había dejado caer como una prenda de vestir aquella ligera corpulencia que entorpecía y reblandecía su cuerpo. Los amigos de los Molay-Norrois, en su mayoría, lo lamentaban, estimando que enflaquecía; lo que era una lástima para una mujer tan bonita. El aire libre y su buena salud natural la defendían felizmente del lento trabajo de la pena moral que la minaba. Pero no pudieron impedir que ésta cincelara su rostro en plena juventud. A cada lado de la diminuta boca se habían grabado dos arrugas. El óvalo de la cara se había afinado. Entre las cejas marcábase una ligera arruga. Los ojos, negros, sobre todo, más grandes por el cerco azulado que los circundaba, reflejaban una vida más profunda. Ora lánguidos, ora ardientes, su expresión, para aquellos que sabían mirar, revelaba siempre un poco de espanto y de nostalgia, parecidos a aquella mirada tierna de las ciervas amansadas que, mientras comen en nuestras manos, temen ser maltratadas y se acuerdan de sus libres selvas natales. La sangre afluía y desaparecía también con mayor presteza, casi en el mismo instante. Finalmente, su misma voz había adquirido inflexiones más graves, estaba como rebajada un tono. Transformada de este modo, con sus vestidos flojos y sus grandes sombreros de estío, se parecía cada día más a esos cuadros ingleses que prestan a las mujeres tanto encanto y dignidad a un tiempo mismo. Pero hubiese sido uno de aquellos retratos que se vuelven expresamente a ver porque no está uno seguro de haber apurado, de una vez, el sentido de su belleza.

La nueva paz que hallaba en la villa de los Alerces la llenaba de alegría, por su madre. Pero no le gustaba escuchar el eco de las habladurías, que circulaban por Uriage lo mismo que en toda ciudad balnearia. ¿Qué le importaba saber que la señora de Vimelle no podía ya seriamente ignorar los desvaneos de su marido, o que la de Passerat había ascendido al magistrado Premereux al grado de intendente de sus cocinas? Un día le anunciaron el futuro casamiento de Felipe Lagier, que se había instalado desde hacía poco en el hotel del Parque.

—¿Con quién? — se informó ella, interesada.

—Con la señorita Berta Riviére.

Se acordó de la joven que jugaba al *tennis* con unos ademanes cuya armonía brindaba a los espectadores. Antes de subir otra vez a San Martín, dió un rodeo para llegar hasta el juego de *tennis*. La señorita Riviére lanzaba la pelota entre gorjeos de risa que cantaban el placer de vivir, mientras que su compañero, Felipe Lagier en guisa de enamorado caballero, la devoraba con los ojos, sin respeto.

—¡Suya! — le gritaron.

Pero perdió la pelota. Y la joven, segura de su poder, consintió en perder la partida sin murmurar.

—¡Tan pronto! — pensaba Isabel, mientras seguía el camino de castaños que la volvía a conducir a su soledad.

¡Qué pronto se olvidan de una! ¡Qué mentira son las palabras de amor! Basta una sonrisa que descubra unos dientes relucientes, una tez fresca, un movimiento de caderas, para que suceda un nuevo deseo al más exaltado sentimiento. Pero quizá no fuera ella de las que inspiran pasiones duraderas. Quizá no dejará más que una pasajera impresión, que pronto se disipa, como había oído decir alguna vez de ciertas mujeres de facciones puras e inmóviles. Agregó aquella pequeña herida de amor propio a esa otra que padecía y que no cerraba.

Unos días después, invitada a cenar en la villa de los Alerces con otros cuantos amigos, encontróse sentada en un extremo de la mesa circular, junto a Felipe Lagier, que tenía por vecina a la señorita Riviére. ¿Hizo ella algún esfuerzo? El abogado se volvió hacia ella y, para detener su atención, desplegó todos los recursos de su ingenio ducho en agradar. Era maravillosamente hábil en aquellos floreos de conversación que lanzan sobre todos los temas colorido pintoresco y que parecen indicar, en el fondo, una simpatía halagadora. El brillo de las luces, los vestidos claros, los hombros descubiertos, el aire caluroso, pero saludable, que entraba por la ventana abierta componían uno de esos cuadros donde la vida se dilata en una atmósfera de júbilo. Escuchaba a Felipe, cuyas facciones inteligentes no carecían de seducción más que cuando estaban en reposo. Ya no pensaba más, junto a él, en la escena que los había distanciado. Arrullada, olvidaba su pena; feliz, saboreaba su triunfo. De pronto, al levantar la cabeza, sorprendió fija en ella la mirada de la señorita Riviére, a quien podía ver a causa de la forma de la mesa. Era una mirada angustiosa, cargada no de odio, sino de desesperanza y de admiración. Significaba tan claramente: "Eres demasiado bella; sé bien que contra ti no puedo luchar. ¡Ten piedad!", que se sentía turbada a causa del retorno que hizo sobre sí. Así, pues, durante algunos momentos había gozado plenamente de su poderío sobre un hombre en quien había tratado, por amor propio, de renovar la pasión extinguida o entibiada, y, al mismo tiempo, se había sentido esclavizada por la conversación de aquel hombre de cuya significación indirecta no podía dudar. Por añadidura, había corrido el peligro de romper, sin escrúpulos, otro corazón. Se avergonzó de su vanidad y, sobre todo, de su temor ante su flaqueza, que se reprochaba como una traición. Desviándose de Felipe, lo abandonó a la señorita Riviére; pero él había perdido su inspiración. Terminada la velada, se negó a aceptar que la acompañara a San Martín.

En el camino, cuando pasó en la obscuridad cerca del lugar donde el año anterior se hubo rebelado con tal violencia, su nueva conducta parecíale incomprensible, y la humillación que sufrió en su propia estima le infundió, una vez más, indulgencia para las faltas de los demás, así como la resolución de una vigilancia más atenta.

## V

### UN ESPECTRO

Las primeras lluvias otoñales dispersaron a los bañistas de Uriage. El señor Molay-Norrois no había aguardado el final de septiembre para hacer sus maletas y levantar el campo.

—¿No sientes la humedad?—le preguntaba veinte veces al día a su esposa, y eso que el tiempo era seco, aunque menos caluroso.—Se hace más intensa en este valle estrecho. Volvámonos a la ciudad, donde podamos cerrar bien puertas y ventanas.

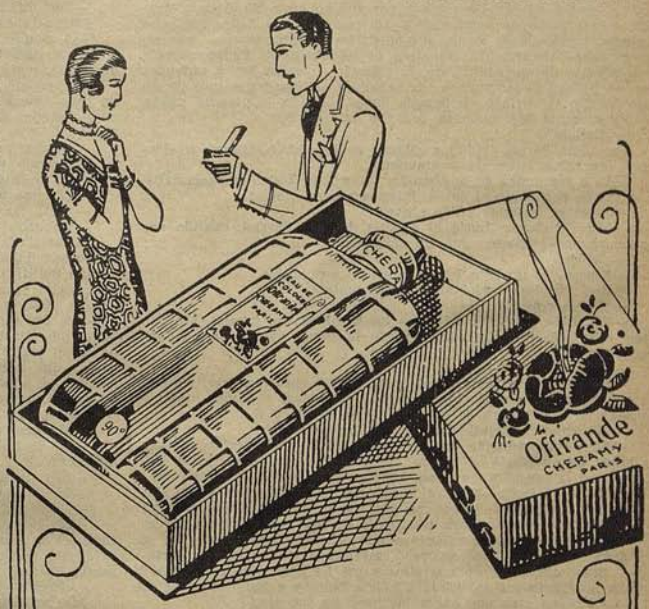
Después de resistirse un poco, la señora de Molay-Norrois cedió. Sin duda, tenía afán por estar cerca de su hija y de sus nietos, pero era mayor su empeño de contentar al enfermo. Muy pronto volvió a encontrarse Isabel en San Martín en aquel aislamiento que tanto le había complacido el año anterior.

La señora de Derize, madre, que era algo reumática y no querría ser una carga para su nuera en aquella aldea sin recursos, había bajado a Grenoble a principios de octubre.

—Ven pronto a unirte conmigo—le había aconsejado al irse.—A tu edad no es la soledad buena consejera.

Pero los niños estaban muy bien de salud en aquel retiro e Isabel se entregaba a aquella inercia que los últimos soles de otoño y la pérfida dulzura de la Naturaleza le infundían. En aquella época, el panorama de bosques más profundos le hacía sentir una emoción más viva, una amargura que no estaba exenta de placer. Reconocía su flaqueza, asustábase de ella y se esforzaba por combatirla.

Con el fin de no volver a someterse tan pronto a la tiranía de la ciudad, invitó a Blanca Vernier a que pasara ocho o quince días en San Martín de Uriage, acompañada de sus hijos. Estos, que eran cuatro, aceptaron al punto el yugo de María Luisa y de Felipe, que los superaban en sutileza y en ingenio. Isabel se distrajo unos días con la alegría ingenua que su amiga experimentaba contemplando las labores del campo, que nunca había visto, y caminando por aquellas sendas perdidas, pues casi exclusivamente acostumbrada


Regalad
un frasco de perfume
Offrande

La creación recientisima de Ché ramy el perfumista parisino. Offrande es más que un perfume; es un don: don de gracia que enriquece la atmosfera de la mujer y que trastorna deliciosamente a los que la rodean. Regalar "Offrande" es seguramente agradar.

Perfume
Polvos
Talco
Loción
Agua de Colonia
Jabón

CHERAMY
PARIS
M. R.
7560

R. COLLIERE, Representante. Casilla, 2285. Rosas, 1352.—Santiago de Chile.

a las ciudades, encontraba en ello un doble encanto. Más no tardó en cansarse de sus exclamaciones de asombro, de su locuacidad, de su finura misma, que era un poco vulgar. Cansóse de ello, porque desamparada y en pleno abandono como estaba, era más sencible y más irritable en aquella época del año, que hacía más intensa su congoja.

Solía sucederle, cada vez con más frecuencia, encomendar a Blanca aquella caterva de criaturas y quedarse sola para distraer su tristeza en la música que interpretaba, para empezar y no concluír la lectura de libros, cuya contagiosa melancolía le era conocida, y, lo que era todavía más vano, para soñar, sin fin, sin esperanza, sin límites, nada más que por el placer de hacerse el mayor daño posible. Y cuando salía de aquel estado de languidez se confesaba a sí misma que era preciso no eternizarse en aquellos campos.

Un día que se hubo quedado así en casa, comprendió, por la actitud de los niños al regreso y por el semblante de Blanca Vernier, que algo había acontecido en el paseo. María Luisa, un poco turbada, hacía alarde de un aire misterioso y circunspecto que no podía pasar inadvertido, mientras el regordete de Felipe parecía ir a estallar de puro hinchado. Los demás querían dar a entender que se habían encontrado a un caballero — fenómeno notable en San Martín de Uriage en aquella época del año—; pero la niñita les interrumpió, bruscamente, con voz autoritaria:

—¡Callaos!

Por cima de las apiñadas cabezas de los chicos, Blanca se deshacía en señas enérgicas y ambiguas.

—Id a merendar en el comedor — ordenó Isabel impacientada, y, una vez despejado el salón, interrogó a su amiga:

—¿Qué ha pasado? ¿Algo grave?

—Mira: bajamos hacia el castillo de San Ferriol, cuando nos cruzamos en el camino con un caballero...

—¿Quién?

—Espera...; un caballero a quien yo no conocía.

Isabel, nerviosa, redoblaba las preguntas:

—¿Cómo era?

—Ya sabes que para mí todos los hombres son iguales. Me pareció alto, más bien delgado, pero de facciones acentuadas, de aspecto marcial...

—Continúa.

—Nos miró atentamente al pasar; luego, bruscamente, cuando ya nos habíamos alejado algunos pasos, se volvió y llamó: "¡María Luisa!" Tu hija levantó la cabeza y luego corrió a él.

—¿Y cómo la dejaste hablar con un extraño?

—Bien comprenderás que no era aquél un desconocido. Yo me lo había figurado así, al pronto, naturalmente; y llamó, y me detuve. Pero la pequeña no hacía ningún caso de mis palabras. Hacía señas a su hermano para que fuera donde estaban ellos. Entonces me adelanté — lo que no deja de tener un mérito, pues ya conoces mi timidez — para intervenir de una manera más directa: "Estos niños están confiados a mi vigilancia, caballero." "Ya se los dejo, señora — me respondió, saludándome con mucha cortesía—. Estoy emparentado con ellos y me he permitido detenerlos." Estaba muy emocionado. Tenía a María Luisa y a Felipe cogidos de la mano. Hasta creo que había lágrimas en sus ojos.

—¿No estás segura de ello?

—Soy un poco miope y siempre temo ser indiscreta mirando. Lo que puedo decir es que besó a los pequeños apasionadamente, casi con frenesí. Yo sentía lástima: lloré también. ¡Lloro con tanta facilidad! "Ven con nosotros" — le dijo María Luisa. "No puedo". "Pero mamá no te ha visto". "Tengo que irme". "¿Ya?" Esto no es una visita. ¿Volverás?" "Sí". Se desvió rápidamente. Creí que había desaparecido detrás de los castaños; pero cuando me volví, pude observar que nos seguía con la mirada.

—¿Eso es todo?

—Sí, todo.

—Yo te confié mis niños. Tú no debiste abandonarlos.

—¿Abandonarlos?

—Sí, aunque sólo fuese un minuto.

El reproche era, a todas luces, injusto. A falta de perspicacia, Blanca Vernier poseía aquel instinto del corazón que penetra la causa obscura de nuestros actos o de nuestros sentimientos. Adivinando la emoción de su amiga, soportó aquella absurda acusación sin defenderse. Ante la idea de que ella hubiese podido encontrarse con su esposo, temblábale a Isabel todo su cuerpo, no sabiendo ya en su agitación si lamentaba o temía mucho aquel encuentro.

—Escucha — dijo con tono más suave—. Ve con los niños y envíame a María Luisa.

Unos instantes después entró la pequeña, no con la nariz respingoncilla, el rostro radiante y aquel paso de danza que gustaba adoptar dentro de la casa y que hacía temblar sus rubios bucles sino con el paso tímido y la vista baja. Avidamente, como celosa, la atrajo su madre hacia ella y la cogió por los brazos:

—Mírame.

Como vacilara la niña, turbada, Isabel, nerviosa, se enfadó de pronto:

—Pero mírame. ¿A quién has encontrado en el camino?

María Luisa, que apenas sabía mentir, contestó sin embargo:

—A nadie.

—¿A nadie? ¿Cómo te atreves a engañar a tu madre? Está muy mal, pero muy mal.

La pequeña, que hubiera seguido fingiendo, sin inmutarse, por un tono amenazador, ante aquel desahogo de tristeza no tuvo valor para sostener su mentira. Y, además, ¿cómo callar aquel gran noticón?

—Bueno; pues, ¡sí!, nos hemos encontrado a papá.

—Cuando volviste, ¿por qué no me lo has dicho?

—No sé, mamá.

—¿Es que te había aconsejado el silencio?

—¡Oh!, no.

—No debe uno tener secretos para con su madre.

La criatura rompió a llorar y fué preciso consolarla. Aquel silencio que había guardado, que no podía explicar, era la secreta intuición del divorcio de sus padres, a quien debía querer por separado, a cada uno a hurtadillas del otro por temor de apenarlos. Tener un padre y una madre juntos, como los demás niños, sus compañeros, era un sueño imposible. Y ambos, sin embargo, vivían. Las dudas que ella había concebido algunas veces acerca de la existencia de aquel padre a quien nunca veía, y de quien hasta había oído contar que había muerto para ella, habíanse disipado con el encuentro de aquella tarde. Pero esas complicaciones la ponían en un estado de inquietud harto penoso a su poca edad.

Isabel, con más ternura esta vez, continuó su interrogatorio:

—¿Le has reconocido en seguida?

—No le había visto cuando pasó junto a nosotros. Pero luego me llamó él....

—¿Te llamó?

—Sí. Entonces sí que le conocí.

—Cuéntame, vida.

—Me llamó: "¡María Luisa!" Levanté la cabeza y corrí hacia él. Cuando ya estuve a su lado di un grito: "¡Papá!" Me besó con tanta fuerza que casi me ahogaba. Y me mojaba los carrillos porque estaba llorando. ¿Por qué, mamá?

—Sería la emoción de verte después de tanto tiempo.

María Luisa pareció reflexionar:

—¿Por qué no ha vuelto más pronto? Me preguntó: "¿Y Felipe?" Entonces grité: "¡Felipe!" Y Felipe vino, pero preguntó: "¿Quién es?" Yo dije: "Es papá". Entonces llegó también Blanca y se pusieron mala cara.

—¿Se pusieron mala cara?

—No, no mala cara; pero se miraron de reojo. Entonces papá se alejó...

Isabel triunfó de sus vacilaciones y preguntó aún:

—¿No te encargó nada para mí?


¡OJO!

Si usted no quiere sufrir desengaños, al comprar tintura para el pelo, exija siempre la

TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

M. R.

la única que desde veinte años sigue elaborada con los mismos procedimientos.

Devuelve al pelo o barba el color primitivo de la juventud, sea en negro, castaño obscuro, castaño y castaño claro.

La única legítima es la que lleva el retrato del inventor.

De venta en todas las farmacias.

Autorizada por la Dirección General de Sanidad, Decreto N.o 2505.



PARA blanquear y embellecer el rostro, el cuello y los brazos, en un momento dado, no hay nada como la

Crema de Perlas de BARRY

Al aplicarla queda el cutis terso y blanco, sin la más mínima imperfección

No se nota ni se cae

M R

Agentes Generales: Droguería del Pacífico S. A. Suc. de Daube y Cía.

—Yo le dije: "Ven a ver a mamá."
—¡Ah! ¿Y qué te respondió?
—No respondió nada; sólo dijo : "Volveré".
—¿Eso fué todo?
—Sí. ¿Por qué lloras, mamá?
—No lloro.

Estrechó a su hija apasionadamente contra su corazón y cubrió de besos aquel rostro que Alberto había acariciado. En un imperioso anhelo de cariño murmuró al oído de la criatura:

—¿Me amas?
—¡Oh querida mamá!
—¿Y a tu padre?
—A papá también; pero no tanto como a ti.
¿Por qué?
—Nunca está aquí. ¿Sabes que parece triste?...
—¿De veras parece triste? ¿Estás bien segura?
— Sí. ¿Pero te alegras de eso?
—¡Oh, monina!...
—Prometió que volvería. ¿Tú sí quieres que vuelva, verdad?
—Por ti, por Felipe, sí; quizá. Algún día, dentro de mucho tiempo.
—No; ahora mismo.

Fortalecida pooc a poco, Isabel mandó nuevamente a María Luisa, que era ya demasiado impresionable, a que fuera a reunirse con sus compañeros de juegos. Ella misma, sin poder recobrar enteramente su calma, iba y venía en la casa. Por fin, se asomó al umbral de la puerta. Desde allí, inmóvil, pronta a entrar, sondeó el camino, y hasta los árboles. Alberto quizá vagase todavía por los alrededores sin decidirse a huir de aquellos lugares, que debían traerle a la memoria su infancia y tantos inolvidables recuerdos. ¿Tantos recuerdos? No; había visto a los niños; ninguna otra cosa más podía interesarle. Había vuelto a irse, sin duda. Sin embargo, había parecido estar triste. María Luisa lo había notado. Si surgiera de repente en el camino, allí, delante de ella, en aquella revuelta, ¿qué haría? No lo sabía; estaba indecisa, y el tiempo pasaba.

Llegó el atardecer, un atardecer de otoño brusco y casi glacial. Fué a buscar un chal con que cubrir sus hombros, y continuó mirando ávidamente, como si llamase antes que terminase el día el peligro que tanto parecía temer. Las sombras que llenaban ya el valle trepaban por la montaña, apresurándose a unirse con el bosque de negros pinos apretados que anticipaban la noche. Al ponerse el sol, sus tonos rojos rayaban horizontalmente el cielo. Por encima de los Cuatro Caballeros mostróse la primera estrella.

Isabel no se decidía a entrar. El cambio de luz prestaba una apariencia de movilidad a los zarzales, a los árboles del camino. A cada instante veía a alguien venir, y, temblando, permanecía inmóvil, los pies clavados en el umbral. Después de muchas equivocaciones hubo de reconocer una figura que avanzaba por el camino. Las rodillas se le doblaron de miedo. No, no era él; era una mujer encorvada, delgada, lenta. Era la madre de Alberto. Se arrastraba dolorosamente, el hálito jadeante, las piernas temblorosas, rendida de cansancio. Isabel, tranquilizada, se repuso, y haciendo un gran esfuerzo corrió hacia ella, y reparando en su cansancio, le dió el brazo, la hizo entrar y la acomodó junto al fuego.

—¿Por qué no me ha avisado usted, mamá? Hubiese mandado al cortijero para que la esperase a usted en su coche a la bajada del tranvía. Ya no hay carruajes en Uriage y habrá usted tenido que subir a pie.

La señora de Derize se sonrió con una sonrisa que quería decir

—¡Tantas veces he tenido que prescindir del coche!...

Pero no había contado con su edad ni con sus pocas fuerzas, y estaba tan fatigada que no acababa de recobrar aliento.

María Luisa, Felipe y los niños de Blanca, que la rodeaban, la contemplaban con esa expresión de sorpresa que tienen siempre los niños para la vejez y la enfermedad. Isabel rogó a su amiga Blanca que se los llevase.

Ya sola con su madre política, para quien preparaba una taza de té hirviendo con un poco de ron, la vió reanimarse poco a poco, incorporarse y mostrar en el rostro los signos de aquella calma tan serena, tan noble, aunque ligeramente matizada de tristeza, con que aceptaba todas las circunstancias de la vida. Entonces se preguntó cuál sería la razón de aquella venida desde Grenoble, y si esa visita inesperada no estaría relacionada con la llegada de Alberto. La señora de Derize no le hizo esperar la explicación, que a ella misma le urgía darle:

—Isabel, mi hijo ha pasado tres días en mi casa. Ha cambiado mucho. Está atormentado, inquieto, nervioso. No es feliz.

Isabel, atenta, llena de ansiedad, calló.

—Volvió a irse esta mañana — continuó la anciana.
—Estuvo aquí hace poco.
—¿Aquí? ¿Le has visto?

Y la madre de Alberto se inclinó hacia su nuera, los pómulos bruscamente encendidos por una afluencia de sangre que contrastaba con la palidez de sus mejillas, los ojos fijos y brillantes de fiebre, en un estado de exaltación poco frecuente en ella.

—No; yo, no. Pero le han visto los niños.

Isabel relató la breve entrevista que María Luisa y Felipe tuvieron con su padre. La señora de Derize, reclinada en su sillón mientras la escuchaba, iba perdiendo su sooreexcitación anormal.

—Hace un instante — dijo ella — pensé que él estaba aquí, que os habías reconciliado, que no había podido volver a irse. Me sentía feliz..., tan feliz...
—¡Oh, mamá! ¿Podía usted esperar eso?
—Lo espero siempre. Tú también, ¿no es verdad?
—No sé ya. ¡Estoy tan cansada de sufrir! Y luego, ¿cómo perdonarle, cómo olvidar? Ha ido a unirse con ella.

La anciana cogió la mano de Isabel y la detuvo:

—Hija mía, si rogaras a Dios, como yo hago, tu esperanza se afianzaría. Las pasiones ilegítimas no pueden dar la dicha. La felicidad quiere decir la paz del corazón. Son incapaces de procurarla.
—Procuran una vida más intensa. No sé Eso basta para que duren, para que se las desee aunque nos den la muerte.
—Si hubieses podido verle, oírle, no hablarías así. Seguramente no ha venido a Grenoble por mí. Pensaba encontrarse ahí con los pequeños. No sospechaba que tú prolongases tanto tu estancia en la montaña. Y esta mañana, en vez de partir para Italia, en su anhelo de ver otra vez a sus hijos, subió hasta aquí, sin pararse a reflexionar. No los ha olvidado.
—¡Oh, mamá! ¿Y a mí?
—¿A ti, Isabel? Pero si hasta ahora no ha reclamado él nunca a sus hijos, ¿y no has comprendido que lo hacía por ti?
—Nunca ha solicitado verlos. Si hubiese manifestado ese deseo no lo habría negado. No puede, sin embargo, tenerlos en París.
—Escucha, Isabel. Todos estos días me ha abrumado con preguntas acerca de ellos. Está obsesionado por su recuerdo.

Y no les ha dado una señal de vida.

—Porque no quería turbar tu existencia, imponerte obligaciones penosas, recordarte un lazo que creía te era doloroso.

Añadió con tono suplicante, como para proteger a su hijo:

—Al menos, así es como me lo explico; sobre todo después de su promesa.
—¿Qué promesa?
—Ayer le pedí que no pusiera ningún obstáculo definitivo entre él y tú.
—¿Definitivo?
—Sí, que no llegase al divorcio.

Más quedo añadió:

—No hubiera sobrevivido a ese disgusto.
—¿Qué contestó él? — preguntó Isabel, llena de ansiedad.
—Respondió, tras de pensarlo un poco: "Se lo prometo. Además, ese derecho corresponde a Isabel". Hija mía creo que vuelve otra vez a nosotros. ¿No le alentarás?

Isabel se desvió y, con aquella expresión asustada que le era habitual, dijo:

—¿Qué quiere usted que yo haga, mamá? No puedo disputárselo a aquella mujer. No acertaría.
—No; pero prométeme tú que si volviera algún día le recibirías; le recibirías a pesar de lo pasado.
—No volverá.
—¿Y si?...
—¿Y si... yo fuese a buscarle?
—Isabel volvió a decir con desesperación.
—No volverá.
—¿Y si?...
—Madre mía, ¿qué tiene usted?
—¿Y si yo cayese enferma? No tendría más remedio que volver, que verte de nuevo.

La señora de Derize estaba tan pálida, tan consumida, que aquella hipótesis parecía una realidad. Isabel, inquieta, viendo que su malestar iba en aumento, hizo que se acostara y le prodigó sus cuidados. Durante la noche, la anciana, que tenía fibre, puso su mano sobre la cabeza inclinada de su solícita enfermera y dijo:

—Le he asegurado...
¿Qué, mamá?
—Que tú eras mi hija.

## VI

### LA SEÑORA DE DERIZE

Al cabo de diez y ocho meses, Isabel esperaba a su marido. El acontecimiento doloroso que iba a reunirlos traía su origen de aquella tarde en que la madre de Alberto subió con demasiada precipitación a San Martín. Tras de una noche angustiosa, presintiendo el peligro y adoptando por instinto la más sabia determinación, Isabel había telegrafiado a sus padres y a su médico de Grenoble. Pedíales un socorro inmediato, y, previendo que sería preciso abandonar al punto, mientras aún fuese posible, una aldea tan desprovista de toda clase de recursos, reclamaba el medio de transporte más cómodo para trasladar a la enferma. El señor Molay-Norrois — y su esposa no hizo ninguna objeción — advirtió en seguida a la señora de Passerat lo útil que sería en semejante caso su automóvil; y ella, con las dotes organizadoras y la rapidez en la ejecución de que tantas pruebas había dado en las fiestas mundanas, equipó su "cuarenta-caballos", transformándolo en coche de ambulancia, y con un médico y un botiquín enviólo a la montaña de Uriage.

—Será la primera vez que viaje en "auto" — murmuró sonriente la enferma cuando la trasladaron al lecho preparado dentro del automóvil.

Al caer la tarde la dejaron en su casa del bulevar de las Despedidas, y su hija política instalóse a la cabecera de su cama. Al día siguiente bajó a su vez Blanca Vernier con los niños, que se había brindado a tomar a su cargo. La enfermedad fué calificada de congestión pulmonar, y hasta el quinto día no se agravó. Isabel, en el momento de llegar a Grenoble, había rogado a Felipe Lagier que telegrafiase a la señas de Alberto, en París. Como no llegara ninguna contestación, envió nuevos telegramas, que le fueron devueltos con la indicación "Ausente". La enferma, interrogada, no

pudo dar indicaciones precisas. Su hijo, al separarse de ella, le había hablado de un viaje rápido al Piamonte, con regreso a París por el Simplón.

—Te escribiré en el curso de mi viaje — había añadido él.

Llegó una carta postal que llevaba el nombre de una aldea italiana desconocida. Consultando en una mapa detallado pudo averiguarse que estaba en la vencidad de Ivrée. Siguiendo su sistema, el viajero recorría los campos, buscando en ellos informes para su libro. Un nuevo telegrama, dirigido allí al acaso, llegó tarde. Por fin escribió desde Aosta, y en la carta anunciaba que pasaría allí una semana. Avisado, en seguida telegrafió que se ponía en camino a toda prisa. Era el octavo día, y su madre había muerto la noche anterior. Así se lo dieron a entender, sin decírselo claramente.

Sin duda, hubiese resistido a una enfermedad cuyos síntomas no inspiraron al principio gran cuidado, a no ser por su avanzada edad, y sobre todo por la fatiga que producen a la larga, las inquietudes materiales, las tristezas y las preocupaciones de índole moral. Después del fallecimiento de su esposo había conocido los sinsabores de la ruina, la necesidad de aplicarse al trabajo con todas las exigencias de la más noble ambición material. Aquel hijo, cuyo amor le había dado fuerzas para rehacer su vida destrozada, cuyo desarrollo había preparado y cuyos triunfos había seguido con tanta alegría y fe, habíala también colmado de dolor al abandonar ese deber que ella consideraba el más sagrado la tarea que, con su innata conciencia de la raza, estimaba ella la más importante: la de continuar y afianzar las tradiciones familiares. Se había reprochado amargamente el exceso de delicadeza que le impidió servir de intermediaria entre Alberto e Isabel — cuya virtud oculta debía haber adivinado, y que poco a poco se había ido poniendo de relieve en aquella crisis moral—. Aquella separación había socavado y debilitado su salud lentamente. Se había consumido de orar, e ingenua creyente en la utilidad de los sacrificios, se ofrecía en holocausto, para conseguir de Dios el retorno de aquel a quien ella llamaba, quedo, el hijo pródigo. Con la mayor premura se había dirigido a San Martín, después de la última visita de su hijo para avivar la esperanza desfalleciente de Isabel. En el camino había tenido que soportar el cansancio que le quebraba las piernas, deteniéndose frecuentemente para recobrar el aliento, sostenida por la idea de llevar a la abandonada un poco de consuelo. Un instante pensó que Alberto se le había adelantado. Había estado por allí, sí; pero de paso. Entonces tuvo aquel pensamiento de extraña exaltación, que con su muerte consumía quizá lo que en vida no había podido conseguir.

Si no desde el primer momento, al menos desde el segundo día ya comprendió bien claro que aquello era el fin, y para él se preparó. La enfermedad la envolvía sin estrecharla, se apoderaba de ella sin esa violencia que suprime la reflexión y aniquila las facultades intelectuales en el último combate que libra un cuerpo inérte. Se iba del mundo con el cerebro intacto y el corazón sereno. Su calma era sorprendente, casi espantosa, para los que la rodeaban. Pidió los auxilios de la religión y los recibió con una piedad que era como la respiración natural de su alma.

—¡Juan! — exclamaba unas veces.

Era el nombre de su marido, que nadie, desde mucho tiempo, le había oído pronunciar. Poseía el pudor de sus sentimientos íntimos. Aquel nombre, apaciblemente invocado, probaba la persistencia de un amor inmaterial cuyos anhelos había de colmar la eternidad. O bien preguntaba:

—¿Llega?

Se refería ahora a su hijo. Y esa pregunta, que con frecuencia hacía, era la única que alcanzaba a empañar sus ojos tan límpidos, sus facciones ya inmóviles, y como congelados en una serenidad precursora de la muerte. Empezó el tercer día, no obstante los pronósticos tranquilizadores, a dar algunas disposiciones acerca de lo que habían de hacer cuando cerrase los ojos. A la anciana Fanchette, que protestaba, le indicó sosegadamente donde había de buscar las sábanas y las ropas para la mortaja. Exigió que le hicieran un entierro modesto, sin flores ni coronas. Fijó la vista, haciendo por sonreír a María Luisa y a Felipe, y suplicó que se los llevaran.

Isabel, secundada con la mejor buena voluntad por la señora de Molay-Norrois, no la dejaba ni de día ni de noche, encontrando en sí misma para cuidar y velarla aquella resistencia física, casi inexplicable, de las mujeres a la cabecera de los enfermos. Cuando se acercaba a ella sentía una especie de terror al verla tan tranquila y desmadejada. Una vez que no pudo oír las recomendaciones, que ésta le hacía con voz decaída, rompió en sollozos:

—No me abandone usted, mamá — suplicó—. ¿Qué haría yo sin usted? Usted es algo de Alberto todavía.

—No te abandonaré — dijo la moribunda con certeza. Y con ternura infinita volvió a decir, débilmente:

—Hija mía. Algunas veces he lamentado no tener una hija. ¡Qué prisa se da una en quejarse!

Luego pareció cobrar nuevamente alguna poca energía, que hubiérase dicho contagiosa, para preguntar:

—Isabel, él volverá algún día, estoy segura. ¿Me prometes ese día perdonarle, perdonarle sin restricción?

¿Cómo hubiese podido rehusar Isabel?

—Se lo prometo — dijo gravemente.

—Está bien — volvió a decir la señora de Derize—. Si hubiese estado aquí no hubiera podido resistir al impulso de unir vuestras manos. Sin duda no ha llegado todavía ese momento. No, no ha llegado aún.

El quinto día pareció renunciar al regreso de su hijo. Era aquella su postrera renunciación. Mostró deseos de recibir a Felipe Lagier, que venía diariamente a informarse de su estado. La entrevista, sin testigos, fué muy breve, porque ya se fatigaba hablando. Le encargó que informara a su amigo de la fidelidad de Isabel y del cambio que se había cumplido en ella. ¿No era él el indicado para aquella misión, y cómo hubiera ella adivinado, ella, dotada de un corazón tan puro, la turbación que él había experimentado y que él mismo hubiese creído impropia en un hombre que está en vísperas de casarse? Añadió, finalmente, haciéndose violencia e intercalando frecuentes pausas, aquella singular confidencia que revelaba hasta qué punto había tratado ella de abrir todos los caminos a una reconciliación.

—En la última visita de Alberto, hace pocos días, comprendí que no era feliz. Lo esperaba. La dicha duradera sólo se encuentra en la virtud. Entonces pensé ir yo misma a París; ir a verla...

—¿A verla? — repitió Felipe, que creía no haber comprendido.

—Sí; a ella. Lo he pensado mucho. Alberto no ha podido romper tantos lazos por un amor cualquiera. Sé que es incapaz de una villanía, así como es apasionado y orgulloso. Ahora no podrá realizarse ese proyecto.

—Cuando esté usted restablecida...

—No me he de poner buena. Acérquese. Quiero que oiga usted lo que le hubiera yo dicho... a ella... a ella sola. De por sí, Alberto no la dejaría. Lo adivino: ha sustituído el deber que abandonó por otro, cuyas cadenas, cada vez más pesadas, ha forjado él mismo. Hágase lo que se quiera, nunca puede eludirse en esta vida el yugo del deber. Y hubiera dicho a esa mujer: Por mucho amor que usted le tenga, él no es feliz. Usted lo ha advertido antes que yo. Usted es culpable de haberle amado cuando no era libre. Si su amor es como yo me lo imagino, debe llegar hasta el sacrificio, hasta el sacrificio secreto. Sea usted capaz de esa generosidad. Yo la bendeciré y...

Un ahogo la detuvo y no pudo terminar aquella confidencia, que revelaba tanto ingenio y tanta fe en el heroísmo. Felipe volvió un poco más tarde, pero el estado de la enferma se había agravado.

Intentó, una vez más, explicarle algo que él no pudo entender bien, porque ya pronunciaba indistintamente muchas palabras... ¿Quería encargarle de cumplir por ella esa extraña misión? Al día siguiente, que había de ser el de la muerte, pareció como transfigurada, como indiferente a lo que pasaba en torno suyo.

Anticipadamente descansaba en paz. Sus labios, que aún se movían, dejaban adivinar que oraba. No prestó atención a la carta de Alberto, que Isabel le leyó. Sin embargo, volvía su mirada hacia ésta, cuyo dolor conmovía; intentó pasar su mano sobre su cabeza inclinada, pero volvió a dejarla caer con un gesto indeciso. Cómo no se estremecía más, recitaron por ella las oraciones para los agonizantes. Y al terminar el último versículo exhalaba la enferma su último suspiro.

Isabel, rendida de cansancio, excitados los nervios, la llamaba a grandes voces, como si al perderla perdiese por segunda vez su amor, que en adelante quedaba sin defensa. Sus padres, que ya habían juzgado exagerada una devoción filial de que su yerno había hecho poco caso, según las habladurías de la ciudad, insistieron en llevársela.

—Ahora—le dijo la señora de Molay-Norrois, alarmada por su estado y anhelosa de calmar su excitación excesiva—, ahora quédate con nosotros. Has cumplido tu deber con creces. Es preciso que cuides de tu salud, por tus hijos, por ti misma.

¿Pero quién estaría allí cuando llegase Alberto, con el corazón desgarrado? ¿Quién le recibiría, quién le explicaría la enfermedad y le contaría los últimos instantes de la muerta, quién repetiría sus últimas palabras, y quién le ofrecería esa consolación, la más propia de las almas fuertes, que consiste en apurar con ellas todas las crueldades del dolor? No, no; no había terminado su papel. Por derecho, si no por hecho, era la esposa de Alberto. Estaría allí para suavizar el primer choque, para restituir al hijo fielmente el cúmulo de palabras y de recomendaciones que había recibido de la madre. La acusarían de falta de dignidad. ¿Qué más daba? La señora de Derize estaría contenta de ella.

Había calculado que llegaría en el tren de la mañana, el de las ocho. Antes de esa hora ya estaba en el bulevar de las Despedidas. A pesar de todo, su corazón latía, estaba temblorosa, tenía miedo; pero se quedó. Felipe, que había ido a la estación, trajo a Alberto, a quien había participado la fatal noticia.

Durante el recorrido en coche, casi únicamente habló él. Cuando tocó el timbre, Fanchette, arrastrando los pies, fué a abrir la puerta.

—¡Mi pobre Fanchette! — dijo Alberto, abrazándola. Fué su primera palabra de emoción.

Secó la anciana sus lágrimas y señaló al salón:

—La señora está allí.

Creyó él que se refería a su madre y pasó adentro. Se encontró frente a Isabel, que se había puesto en pie y le salía al encuentro, e hizo un gesto involuntario de sorpresa, como si no la hubiese reconocido. No era ya la Isabel que había abandonado diez y ocho meses antes, con su belleza algo pesada y sosona, su cara llena y sin expresión, sino una Isabel nueva, más esbelta, más afinada y alargada por la negrura del vestido, marchita la tez por el insomnio, cercados los ojos de sombra, y como socavadas las facciones, llenas de una patética animación que compensaba los estragos del sufrimiento. Felipe Lagier, que la había seguido, no la hubiese creído con bastante valor para encontrarse allí. Y, más dueño de sí mismo, aunque también un poco turbado, observó que experimentó Isabel un temblor tan intenso que tuvo que sostenerse en un mueble. Luego, de pronto, todo pareció allanársele.

**(Continuará).**

# El Nuevo FAETON Ford

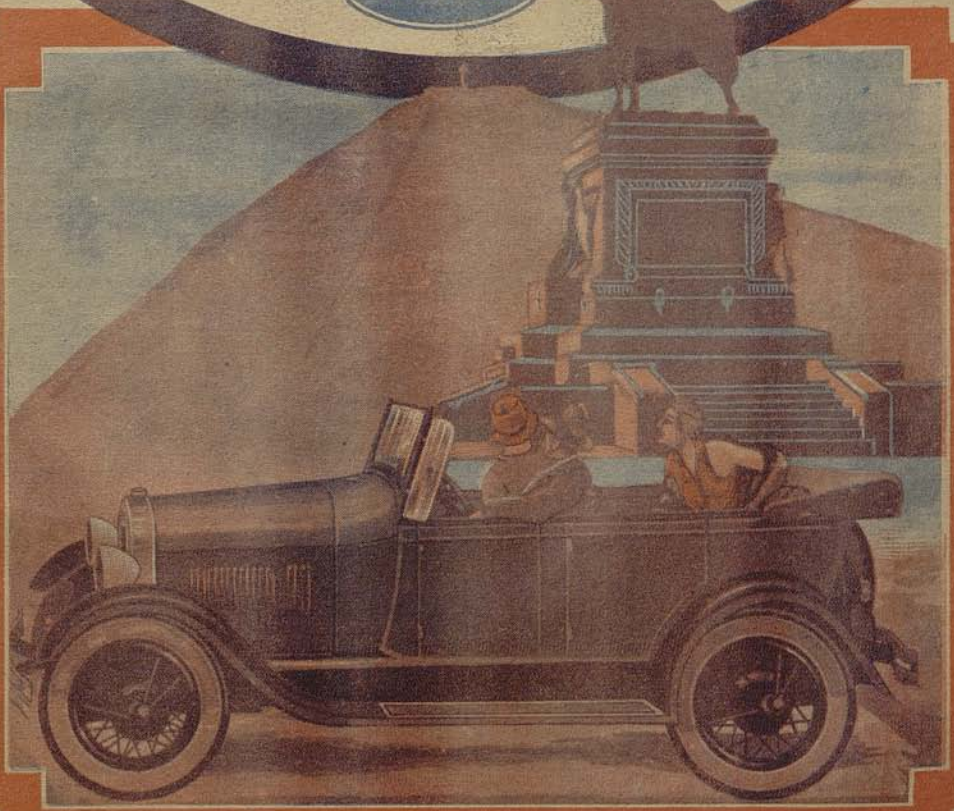
El Nuevo Faeton Ford se destaca por la hermosura de su fina carrocería, que realza vivos y armoniosos colores combinados con exquisito gusto y por la perfección de su motor que le da rápida aceleración y funcionamiento seguro.

El Nuevo Ford es un exponente del grado de adelanto que ha alcanzado la industria automovilística.

SIRVASE SOLICITAR UNA DEMOSTRACION AL AGENTE FORD MAS CERCANO.

## FORD MOTOR COMPANY

SANTIAGO DE CHILE



M. R.